

¿SE BUSCA NOVIA!

PARA MI EX



#1 AUTORA BESTSELLER INTERNACIONAL

KRIS BUENDIA

¿SE BUSCA NOVIA!

PARA MI EX



#1 AUTORA BESTSELLER INTERNACIONAL

KRIS BUENDIA

Copyright © 2017 Kris Buendia.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición, Septiembre 2017.

¡Se busca novia! Para mi ex!

Title ID: 7496206

ISBN-13: 978-1975718190

Diseño y Portada: EDICIONES K.

Maquetación y Corrección: EDICIONES K.



*No hay encanto igual a la ternura de corazón.
Del pasado no tiene usted que recordar más que lo placentero.*

Jane Austen.

Gabriel Wylde: Rico, filántropo, guapo y encantador... para su mala suerte, soltero. Ahora que se ha divorciado no podrá tomar el mando de la empresa de construcción de su padre.

La única solución es casarse de nuevo.

Paige Rayven: Ha abierto una empresa matrimonial a causa de un doloroso divorcio. Todo en su vida marcha bien hasta que Gabriel Wylde se convierte en su nuevo cliente con una propuesta irresistible. El único problema es que Gabriel es su ex esposo y tiene que buscarle una novia.

La propuesta está sobre la mesa y lo único que tienen que hacer es fingir hasta que su contrato llegue a su fin... Pero a veces los contratos vienen con cláusulas muy pequeñas que son difíciles de cumplir...



1



—Tienes que estar bromeando... ¿Casarme de nuevo? —. Dijo Gabriel al ver una de las cláusulas que apuntaba para ser el nuevo propietario de la constructora de su padre.

—De ninguna jodida manera pasaré por eso de nuevo. Mi padre claramente quiere provocarme un ataque cardiaco.

Gabriel no podía pasar por ello. Hacía cuatro años que se había divorciado de la que había sido su esposa por dos años. Bastante loco aquello. Pues se casaron porque estaban enamorados. Aunque algunos amores traen fecha de caducidad. Es lo que había pasado con Gabriel Wylde. El rico hombre de veintiocho años, inteligente y guapo. Heredero de una constructora a nivel internacional.

Gabriel conocía el mundo de la ingeniería. Pues era eso, un ingeniero a su corta edad era reconocido internacionalmente y por fin, su padre le estaba dando el rango que se merecía. Ser CEO^[1] en vez de un segundo gerente. Algo que para Gabriel fue una falta de respeto desde el primer plano.

—¿Casarte de nuevo? — Le preguntó su mejor amigo. Max, quien conoció esa parte de la vida de su amigo y supo que nada de ello fue fácil. Él fue prácticamente su niñera cuando Paige, su ex esposa. Le rompió el corazón. ¿O fue él a ella?

Ya ni sabía.

—*Clausula primera: Es importante que el nuevo propietario de Rocco Altria, mi hijo Gabriel Wylde, esté felizmente casado...*—Hizo una breve pausa frunciendo el cejo y Max también—Esto parece tener la voz de mi padre en él, ni siquiera tiene sentido en su contexto. ¿Quién demonios usa la palabra felizmente casado en un contrato de trabajo?

Max echó a reír. Una gran carcajada dirigida a su amigo. Era cierto. Aquello sonaba demasiado divertido para ser un papel legal, él mismo lo había redactado conforme el gran Wylde le iba diciendo. Por otro lado, sabía que más allá de su broma, su padre, el gran Patrick Wylde; hablaba en serio.

Se lo había dicho hacía una semana mientras estaba en reunión con sus otros socios. Él ya no llevaría el mando de Rocco, sería el mayor de sus tres hijos, Gabriel.

—¿Y ahora qué haré? —Preguntó Gabriel, más para sí mismo que para su amigo—¿Dónde conseguiré una esposa? Porque de ninguna manera me casaré con Bella. Ella no es material para esto.

Isabella Fears, una diseñadora de modas, la mujer perfecta de pies a cabeza si de belleza se trataba, aún estaban por descubrir sus otros atributos como mujer, en la cama todo marchaba de maravilla, por lo que era lo único que le importaba a Gabriel. No llegar a nada más. Su relación era casi de un año, lo suficiente para no comprometerte con otra.

Y eso estaba por verse.

—¿Y acaso tú sí? —Bufó Max. Sabía que las relaciones de Gabriel eran extrañas y no lo culpaba, ya había fracasado una vez en el amor. E Isabella era todo, menos un *amor*.

Gabriel le dedicó una mirada de enfado. Si alguien podía ponerlo en su lugar, era Max quien lo conocía a la perfección. Haberse divorciado lo había devastado. Pero todavía no sabía qué había pasado en realidad para que su matrimonio con Paige acabase.

—¿Estás pensando en ella? —Le preguntó Gabriel—En Paige, estás pensando en ella. Desde aquí puedo escuchar tus pensamientos. Deja de pensar en mi ex mujer y mejor ayúdame a buscar una esposa. Para dentro de dos semanas tengo que ponerme al día con la dirección de Rocco. No quiero defraudar a mi padre.

Max asintió con la cabeza. Hablaba en serio. Defraudar a un Wylde era como ganarse un ticket directo al infierno. Lo sabía él, que tenía toda una vida trabajando como apoderado legal de los Wylde.

—Te casarás, amigo —Se levantó de su silla y caminó hasta el mini bar de su oficina para servirle un trago a Gabriel. —Te casarás.

Ahora no sabía qué hacer primero, si darle la noticia a Isabella Fears, romper con ella aunque no sabía el qué, su relación de cama era menos que eso. Y estaba seguro que Isabella definitivamente jamás sería una Wylde, ni en un millón de años.

Por otro lado, Paige Rayven terminaba su segundo café del día. Cabello negro azabache por naturaleza, pero ahora que era soltera, le gustaba jugar con el nuevo castaño rubio en él. A diferencia de Bella, Paige era el doble de su talla, una mujer con curvas, con labios carnosos, ojos verdes y buen sentido del

humor.

Belleza única y estilo envidiable.

"...ISH"^[2] su empresa de arreglos matrimoniales, o *casamentera* como le gustaba que la llamasen, era un éxito después de haber sido el cupido de muchos artistas famosos. Era de esperarse que la cartera de clientes era eficiente, extensa como importante.

Personas desde banqueros, modelos, empresarios y príncipes estaban inscritos en su programa, esperando a la candidata o candidato indicado.

—¿Estás bien, Paige? —Le preguntó su mejor amigo y además asistente. La había notado un poco pensativa desde que llegó esa mañana, y no solo eso, Paige no tomaba café y llevaba dos tazas esa mañana.

—Estoy bien, Sam. No te preocupes.

—¿Cuál es el problema? Llevas horas navegando en internet.

Estaba a punto de estallar. Estaba en todos lados. El nombre de su ex esposo, Gabriel Wylde y el de su suegro.

"EL DISTINGUIDO INGENIERO PATRICK WYLDE DE ROCCO ALTRIA SE JUBILA, DEJANDO A CARGO A SU HIJO GABRIEL WYLDE..."

—Que mi ex parece que seguirá disfrutando de la Gloria un buen tiempo. Ahora resulta que será el nuevo propietario de la empresa de su padre.

—¿El maldito de Gabriel? —Sam sabía quién era y quién fue Gabriel para Paige—Es un maldito con suerte, claro, no te tiene. Así que no tiene ni una puta suerte el maldito.

Paige sonrió. Sam sabía cómo animarla. Pero de todas maneras, esto sonaba mal para Paige. En una ocasión el gran Patrick le confesó que de la única forma que Gabriel podría tomar los mandos de la empresa, era casado. En ese tiempo estaban casados, pero a punto de divorciarse. Paige estuvo lamentándose por mucho tiempo. Pero después reflexionó y es que de ninguna manera iba a estar casada con un hombre el cual la había dejado de amar, y ella no merecía salvarle el trasero para un bien empresario.

—Tierra llamando a Paige —Se burló Sam.

Patrick había sido un buen hombre con ella. Incluso su suegra, Haydi Wylde se había convertido en una gran amiga. De hecho después del divorcio, todavía quedaban de vez en cuando por un café. Solamente que eso nadie lo sabía, solo Sam.

—No puede manejar Rocco Altria sin estar casado. Su padre me lo dijo una vez. —Replicó Paige en voz alta.

—Quizá ya se casó.

—De ninguna manera. —Paige era una loca de las noticias, sabía que si Gabriel estaba casado, lo sabría ella. Y no lo estaba. Solo tenía una lista larga de sus conquistas—que fueron muchas—después del divorcio. Hacía de eso ya cuatro años. Se habían enamorado a la edad de veintidós, ambos se conocieron en sociedad y recién se habían graduado de la universidad. Se casaron ese mismo año, y cuando tenían veinticuatro, se divorciaron. Fue duro, muy duro para Paige, pero lo que ella no sabía era que para Gabriel tampoco había sido fácil. Pero tenía demasiado orgullo para intentarlo de nuevo.

Ahora era un hombre diferente. No creía en el amor, lo había intentado, pero nadie era como Paige, en el fondo de su corazón lo sabía. Y Paige, estuvo a punto de enamorarse de nuevo y ésa era otra historia. Pero aquella noticia la dejaba por un voladero. Precisamente ahora él, su ex esposo llegaba a ponerle su mundo de cabeza.

«*De ninguna jodida manera*» pensó Paige. Cerró la página en la que navegaba en la web y continuó trabajando. Necesitaba encontrar esposa para un Jeque, así que necesitaba salir a dar un paseo y visitar alguna de sus chicas.

—Me voy Sam.

—Cuídate, cielo.

Gabriel estaba viendo las fotos de sus ex novias desde que se divorció. Cada vez que veía el rostro de ellas, recordaba por qué nunca las volvió a llamar o salir con ellas.

Interesadas.

Huecas.

Celosas.

Caza fortunas. Y la lista seguía. Quería una mujer hermosa en toda la palabra, inteligente, trabajadora, luchadora, con buen sentido del humor, buena amante en la cama, buena cocinera, que sus padres se enamoraran de ella como él. No importaba que fuese celosa, sabía que, si él llegaba a quererla, no iba a importar esas cosas en una relación. Al final el amor vence ¿O no?

Paige Rayven vino a su mente. Tenía todas esas cualidades, pero fallaba en una. Paige nunca fue celosa con Gabriel, de hecho, se había convertido en una mujer fría, ambos se fueron distanciando a pesar de dormir en la misma cama. No hubo engaños y lo que más amaba de ella era su seguridad. No era una mujer de complejos por su figura, ella no se acomodaba a su ropa, la ropa se debía

acomodar a ella.

Recordarla en sus trajes de encaje que usaba por la noche, hizo que su miembro se pusiera duro como el fierro.

—Esto es nuevo —Dijo para sí mismo y miró hacia abajo—¿Así que ahora te hace falta? —Le preguntó a su amigo. Quería fingir que a él no. A diferencia de su pene, él sí tenía boca y podía hablar.

Pero, él no sabía nada de ella. Fue una promesa envuelta con orgullo. No saber de ella. Aunque ella sí sabía mucho, hasta demasiado de él.

Al llegar la hora de la comida, ambos ex decidieron comer fuera de sus oficinas, y lejos de los pensamientos de su mente. Lo que sea, para no recordar su pasado y no escarbar en él.

—Bienvenido, señor Wylde —Lo escoltó la anfitriona del restaurante “Oxo” al que le gustaba ir de vez en cuando a comer. Desde luego que no iba solo, y ese día a la hora del almuerzo no era la excepción.

—No esperaba verte hoy, Gabriel —. Le susurró Bella al oído mientras él le ayudaba a sentarse. Gabriel estaba un poco nervioso. Pues su almuerzo era menos que una cita. Era para darle la noticia o más bien romper con ella.

Y entrando por la puerta principal donde hace unos segundos lo hicieron ellos, la anfitriona también escoltaba a alguien. A diferencia de que era una sola persona.

—No puede ser—Dijo Gabriel en voz alta y llamó la atención de su acompañante.

—¿Qué sucede, *Gab*?

Gab, le revolvió el estómago, eso pasaba cada vez que ella lo llamaba de esa forma. No podía decirle que la persona que acababa de ver entrar era Paige, su ex esposa.

—Nada, ¿Ordenamos?

Asintió pidiendo lo mismo de siempre. Una ensalada griega. Y lo mismo para Gabriel, no tenía apetito, pero quería ser cortés de todas maneras.

Cabello castaño.

Vestido negro ceñido, haciendo resaltar sus perfectas y marcadas curvas. Se le notaba que había bajado de peso y cuidaba mejor de sí misma. Lo que sea que estuviese haciendo le favorecía. Paige Rayven se veía mejor que nunca.

—...Y entonces George me pidió que modelara para él. ¿Puedes creerlo? Después de tantos años, me pregunto si tiene que ver con mi nuevo comercial de Hugo Boss. ¿Tú que piensas, *Gab*?

Sus manos eran hermosas. Usaba un anillo, pero no en la mano prohibida

que ya había marcado él en el pasado. Por alguna razón sintió alivio. Paige revisaba el menú. Estaba sentada sola, se preguntaba Gabriel si estaba esperando por alguien.

Pero la realidad era otra. Paige estaba ahí sola. Solo quería un almuerzo tranquilo fuera de la oficina y por qué no, romper un poco la dieta con un vino rojo.

«*Siempre tan seria y pensativa*» Pensó Gabriel.

—¿Gabriel? —La voz chillona de Isabella hizo que regresara la mirada a la única persona que tenía que ver. Su novia aunque pronto una ex, o quizá una amiga.

—Disculpa, Bella. Estaba pensando.

—¿En qué piensas? —Sintió el roce de su pierna por debajo de la mesa y eso decepcionó a Gabriel. Le recordó por qué estaban ahí.

—Seré el CEO de Rocco Altria.

Los ojos de Bella se iluminaron, casi se podía ver oro en sus ojos. A ella le gustaban los hombres poderosos. Entre más poderosos eran, mejor. Gabriel ya lo era, pero que fuera ahora todavía más, eso significaba que quizá podría ser la futura señora Wylde.

—No me mal entiendas, Gabriel, pero pensé que ya lo eras.

—Llevaba el mando junto a mi padre. Sabía que algún día heredaría su empresa, pero no pensé que estando vivo. Ha decidido jubilarse y solo seré yo.

Tomo un sorbo de agua de su copa. Faltaba todavía lo peor de una noticia maravillosa y no sabía cómo decírselo. Era la primera vez que tenía que terminar con alguien. Ni siquiera fue él quien puso fin a su matrimonio y por eso era mejor para él que las mujeres lo terminasen. Aunque se trataba de Gabriel Wylde, nadie en realidad lo hacía. Por lo que las mujeres pasaron a ser objetos para él muchas veces sin poder darse cuenta.

Las cosas con Isabella funcionaban de alguna manera porque siempre pasaba de viaje en pasarelas y presentaciones de su marca. Sus encuentros eran casuales como exclusivos.

—Pues entonces felicidades, Gab te lo mereces ¡Hay que celebrar!

Isabella iba a ponerse de pie cuando los ojos de verdes de Paige se cruzaron con los de Gabriel.

Se quedaron viendo más de la cuenta.

Tanto tiempo. Tan cerca.

Cabello negro.

Ojos azules.

Su traje perfecto.

«No puedo creer que aún conserve esa corbata, fue un regalo de mi parte»
Paige no quitaba sus ojos de él. Se veía mejor en persona que en fotos. Y no le extrañó que estuviese acompañado de una mujer como Bella.

—Bella, hay algo que debo decirte —Pronunció sin quitar sus ojos de Paige. Ahí estaba su ex mujer, casi podía escuchar su conversación o eso era lo que creía. La forma en que podía leer los labios de Gabriel era impresionante y se odiaba por ello. O era que había descubierto algo nuevo de ella.

—Dime, Gab ¿Qué quieres decirme?

La mesera llegó con sus platos, al igual que el mesero de Paige. Sintió vergüenza al ver que ellos almorzaban ensalada y ella una perfecta carne al punto con ensalada y además vino rojo a esa hora del día.

—¿Disculpe? —La voz de Bella lo interrumpió de nuevo—Yo no ordené esto, la ensalada que le pedí era Griega sin queso, sin gluten, esto me hará engordar mil kilos.

—Lo siento mucho, señorita —Dijo la mesera, tomando de nuevo su plato.
—¿Desea cambiar la suya señor Wylde?

El plato de Paige se veía mejor. Más que perfecto. Una comida de verdad.

—De hecho sí —A diferencia de Bella, él se lo entregó amablemente—
Quisiera lo que está comiendo la señorita de allá—La señaló con la mirada y Paige se puso roja como un tomate.

—Enseguida, señor Wylde.

Bella abrió sus ojos como platos al ver a la mujer detrás de ella. Bastante elegante y hermosa, pero no era lo suficiente delgada como ella para preocuparse. No tenía idea de quién era ella. Era un secreto de miradas entre Paige y Gabriel.

—No puedo creerlo, Gabriel ¿Cómo puedes querer comer *eso*? pediré que despidan a la mesera es una incompetente.

—Si a *eso* te refieres a una comida de verdad, no has vivido, Isabella Fears.

Ella puso los ojos en blanco y lo ignoró. La forma en cómo había tratado aquella mesera y cómo le había dedicado una mirada a Paige fue lo que necesitó para terminar las cosas de una vez por todas.

Sí, jamás sería material de novia y mucho menos esposa. Se preguntaba qué había estado haciendo ahí con ella. Y por qué necesitó ver a Paige ese día. Pensaba que la odiaba, o más bien quería odiarla.

Sabía que ella sí lo odiaba a él. Pero él jamás esperó que se viera así,

hermosa y perfecta mujer ante sus ojos.

—No es mi culpa ¿Acaso quieres que luzca con tres tallas más encima?

Se sintió ofendida solo con preguntarlo. Ni en un millón de años. Trabajaba duro para verse así, era la imagen del año para Hugo Boss y su propia marca.

—Te verías mejor con cuatro tallas de más, Bella. No entiendo las mujeres como tú cómo pueden morir de hambre por verse de esa forma.

Bella abrió los ojos como platos.

—Estoy seguro que éstas—Se tocó disimuladamente sus pequeños y firmes pechos—Se verían igual hoy y dentro de diez años, a diferencia de esos—Señaló hacia Paige—Que necesitan una grúa para verse así.

—Isabella —Pronunció viéndola a los ojos.

—¿Sí, Gab?

—Hemos terminado.

2



—Hemos terminado.

Tan claro como el agua cristalina. Él estaba rompiendo con ella. Lo escuchó y no supo hacer otra cosa más que salir de ahí. Ahora no podía ni disfrutar de su almuerzo sin tener que ser fulminada por la novia de su ex. No podría creerlo. En cuatro años. Jamás se volvieron a ver. Paige hacía todo lo posible por lo frecuentar los lugares que a Gabriel le gustaban y Gabriel estúpidamente hacia lo mismo. Entonces varios lugares se habían quedado sin sus dos miembros por pensar igual.

Precisamente ese día.

En ese restaurante.

¿Había terminado con ella? Tan típico de Gabriel.

«*Seguramente tiene otra novia esperando en la fila*» gruñó en sus pensamientos. Pero la realidad era otra. Ella no lo sabía y tampoco Gabriel.

Pero su padre quien estaba en casa tenía algo preparado junto con su mejor amigo Max.

—¿Estás seguro que esto es legal? —Preguntó Patrick a Max. Estaba viendo el folleto, le había echado un vistazo a la página web pero no podía creerlo. Escuchó de ese lugar, pero no tenía idea de que iba ni quién era el dueño. ¿A quién se le ocurría crear una empresa como ésa? Definitivamente a alguien que le había ido mal en el amor.

—No estás leyendo lo más importante —. Indagó más, señalando el nombre de gerente en jefe y propietaria de la empresa.

Patrick abrió los ojos como platos cuando miró el nombre y además una foto como toda una detective. Sonrió para sus adentros. Era la misma—pero más hermosa— su ex nuera.

—No lo puedo creer.

—Será mejor que lo pienses bien o cambies tu cláusula. —Le aconsejó como abogado—Es la única empresa en Londres apta para lo que quieres para Gabriel. Lo único malo es que su ex esposa será quien le busque novia.

Sonrió para sus adentros. No estaba seguro si era buena idea pues Paige lo quería mucho y él también a ella. Había sido una gran nuera, una gran mujer y sabía que seguía siendo amiga de su esposa a escondidas de él y su hijo. No había nada oculto para el gran Patrick, pero decidió callar.

Imaginar a su hijo llegar a la empresa de su ex, lo terminaría de convencer que haberse divorciado había sido una pésima idea. Pero ya estaba hecho, no había nada que pudiese hacer, ¿O no?

—¿Qué estás tramando, Patrick? —Preguntó Max. Conocía al padre de su mejor amigo lo suficiente para darse cuenta que cuando se quedaba callado, el silencio lo delataba lo suficiente.

—Quiero que lleves a Gabriel a este lugar y te asegures que sea Paige quien se encargue de buscarle novia.

—Eso es jodidamente cruel.

—Más cruel es dejar ir a la mujer indicada.

Dejó eso en el aire. En la vida de Max no había mujer indicada, lo indicado para él era pasar la noche con una mujer distinta, típico cliché.

—Entendido, señor.

Paige actualizaba su cartera de prospectas damas. A cada una de ellas con su respectiva investigación. Estatus civiles, nacionalidad vigente, antecedentes penales y civiles, entre otras cosas que a cualquier novio le pudiese alarmar.

Sus chicas estaban limpias, y sus hombres también. Importantes profesionales de diferentes nacionalidades, era increíble las peticiones y requisitos de cada uno. Sus damas no se quedaban atrás, así como preferían a un hombre no tan adinerado, así habían otras que no les importaba la edad. Todo siempre en el margen natural y legal. No había ningún enfermo o pervertido, así como ninguna oportunista con complejo de princesa hasta al momento.

—Cielo, te he traído helado —Le dijo Sam, trayendo consigo el yogurt de kiwi preferido de Paige, después del almuerzo, había notado que había regresado molesta, triste y un poco nerviosa que de costumbre. Paige no estaba preparada para decirle a su mejor amigo que había visto a Gabriel, y no solo eso, terminó con una chica a escasos centímetros de ella.

Además de haberla llamado prácticamente *gorda*.

—Gracias, Sam.

Se sentaron ambos en el cómodo sofá de la pequeña sala de su oficina. A pesar de ser una empresa, no contaban con miles de empleados. Casi todos ellos

eran trabajadores de campo, investigadores. Los que se encargaban de entrevistar a los clientes, era la misma Paige y Sam. Y de recibirlos, Tillie la chica de recepción.

Paige saboreaba su helado de yogurt recordando aquella barba incipiente de su ex, su traje perfectamente planchado y a la medida de diseñador, sus ojos fulminantes, pero no era la forma de tratar aquella modelo lo que la dejó pensativa, era la forma de verla a ella. Casi y recordó cuando se conocieron la primera vez, su cara de bobo enamorado en pocas palabras.

«Él no podría sentir algo por mí más que lástima. ¿Verdad?»

Por más que intentaba descifrar la forma en cómo la veía y cómo el comentario de Bella lo llevó a romper con ella de una forma cruel y fría, la había dejado desconcertada. Nunca necesitó que la protegiera o defendiera. Tampoco le importaba que la llamasen «Gorda» era una chica con curvas, y él había navegado por ellas y jamás se quejó. Pero pensar que su divorcio había sido consecuencia a como se veía una chica con curvas con un Adonis como él, le rompía el corazón.

Su autoestima era bastante alta. Pero cuando se trataba de Gabriel, nunca pudo preguntarle si estaba gusto con su peso o la forma en cómo se miraban juntos. Nunca tuvo el valor suficiente para hacerlo.

—¿Qué tienes? —Dijo Sam, tocando su rostro, una lágrima se había escapado, dejando a la luz que algo andaba mal.

No pudo seguir en silencio.

—He visto a Gabriel Wylde.

Sam abrió sus ojos como platos. ¿Habían tenido una cita? ¿Se estaban viendo?

—Explícate antes de que me dé un infarto— Tocó su pecho, haciendo un drama.

—Estaba almorzando en el Oxo, disfrutaba de mi comida cuando lo vi... acompañado.

—No—Pronunció Sam.

—Sí. Acompañado de su novia que automáticamente a los pocos minutos se convirtió en su ex.

Aquello era noticia de último momento. Exclusivo.

—¿Y él te vió?

Ella hubiera querido que no. Pero la había visto. Se habían visto, más de lo que una mirada pueda significar.

—Estoy en trance todavía, Sam. La modelo pelirubia de piernas larga lo

notó, así que ya te imaginarás.

—Si me dices que ella hizo algún tipo de comentario fuera de lugar y voy a...

—Algo así, pero es mejor no recordarlo. ¿Sabías que salía con Isabella Fears?

Asintió con la cabeza.

—La perra Fears querrás decir. Nadie la soporta y claramente Gabriel tampoco. Dime que ese idiota hizo algo y voy a...

—Él la terminó—Lo cayó de nuevo. Sam estaba un poco intenso pero lo entendía. Ella también sacaba las garras cuando de defender a su amigo se trataba. —Creo que se enfadó con ella por haberme dedicado una mirada de repudio.

Sam cerró sus ojos, ya se podía imaginar lo que alguien como Fears podía decir sobre chicas que tuvieran más carne en los huesos que ella. Era una idiota pelirubia. Fin de la historia.

—Cielo, lo lamento tanto.

—Estoy bien—Mintió un poco—Me tomó por sorpresa verlo.

Sam entrecerró los ojos. Conocía esa mirada, casi y podría decir que le había gustado verlo. Ya no se mostraba enfadada después de haber leído aquella noticia. Más bien, curiosa.

—Es un idiota él también.

—Coincido.

Siguieron disfrutando de lo que quedaba de su ahora helado de yogurt derretido. Paige miraba su copa y por poco se sintió que ella podría derretirse de la misma manera si volvía a ver ahora a un soltero y cambiado Gabriel Wylde.

Esa misma noche, Gabriel se reunía con Max en la casa de su madre. No estaba de ánimos de nada y mucho menos ver a su padre después de leer semejante cosa en el nuevo contrato como CEO. Pero sabía que al final de todo, no tenía donde ir. Ir al club a tomarse unos tragos y llevar una mujer a casa no estaba mal, pero hasta eso había sido aburrido esa noche. Por lo que no dudó en reunirse con ellos.

—Hola, mamá—La abrazó al ser la primera en ver cuando llegó a su casa.

—Gabriel, hijo.

Estaba muy serio. Ya de por sí su semblante de hombre de negocios, con cabello castaño y ojos azules, mirada penetrante y además sexy, su seriedad le daba crédito, pero no cuando estaba realmente enfadado. Ahí sí daba miedo.

—¿Estarás en la reunión?

Su madre sabía que entre padre e hijo era territorio prohibido. No debía meterse y más si era de negocios, eran tan para cual. Pero si debía ser mediadora para que sus dos hombres no se mataran, lo haría. No estaba al tanto de aquella loca cláusula de su marido, pero hoy se enteraría.

—Sabes que no me gusta verte discutir con tu padre y mucho menos cuando se trata de la empresa. Somos una familia primero que todo.

Sí, pero su padre todavía no lo entendía del todo. Tener que casarse en contra de su voluntad no es lo que una familia hacía. Pero de no ser así, todos sus sueños se vendrían abajo y todos los años que había dedicado a su carrera y a su empresa habría valido nada. Le daba igual casarse, se divorciará en cuanto tomara las riendas de la empresa, no tenía nada que perder.

Su futura esposa no tendría idea del porqué de su matrimonio, un arranque loco quizá y sus largas horas laborales serían suficiente motivo para no querer estar con un hombre como Gabriel. Nadie lo sabría y volvería a ser el mismo soltero de siempre. Pero se trataba de Gabriel, ninguna mujer lo quería dejar ir pese a sus defectos... al menos una sí lo había podido hacer.

De pronto en su mente recordó la mirada de su ex esposa.

«En verdad está hermosa... no es que antes no lo era»

Arrojó ese pensamiento lejos cuando su madre le tomó del brazo y lo acompañó hasta el despacho que se encontraba al final de la gran sala principal de la casa.

—Hermano —Su hermana menor, Bárbara o *Barbie* como le gustaba que la llamasen desde muy chica, corrió hacia él para saludarle. Tenía diecisiete años y ese verano iría a la universidad, pero no se alejaría de su familia. Y mucho menos de su hermano mayor, lo admiraba demasiado. Al contrario de su hermano Drew de veintidós años, la oveja negra de la familia, no le gustaban los negocios y pasaba de gira con su banda de rock. Eran una familia bastante inusual, y al que le había tocado madurar a temprana edad antes de ir a la universidad, había sido a Gabriel, él también tenía sueños. Una familia y dedicarse también a su empresa familiar, pero no se dio cuenta cuando sus sueños se convirtieron en los de su padre. Con un divorcio doloroso y ser la sombra de él.

—Barbie, pensé que ya estarías en la universidad para esta fecha.

Ella hizo mala cara.

—No quiero ir, me extrañarás demasiado.

—De eso nada señorita—La reprendió y luego la abrazó— y sí, te

extrañaremos, pero no demasiado.

Su madre sonrió al verlos así, siempre Gabriel se había preocupado por sus hermanos pequeños, y en muchas ocasiones él debía ser quien daba la cara cuando su padre no lo hacía. Gabriel podía ser todo, menos una persona egoísta.

—Escuché que papá se retira. ¿Eso quiere decir que ahora tú mandarás?

—No, eso quiere decir que tienes que respetarme más.

No siguió hablando con ella al respecto. Era demasiado chica y no tenía que preocuparse de esas cosas. Es por eso que se despidió de ella. Barbie continuó leyendo su revista y Gabriel llegó al despacho de su padre donde lo esperaba.

Al entrar, la cara que tenía Max era sospechosa, estaba sonriendo demasiado.

—Haydi déjanos solos, cariño —Le pidió.

—Compórtense, niños— Les hizo una advertencia y salió del despacho.

Gabriel no podía hacer otra cosa más que evitar ver a la cara a su padre. Estaba enfadado y se sentía traicionado. De todos sus hijos al que nunca lo dejó tomar decisiones por él mismo, siempre fue a él, no importaba qué. Drew podía irse de gira y Barbie elegir una escuela de modas. Pero Gabriel tenía que ser el arquitecto, el empresario con muchos máster para un día convertirse en el CEO de Rocco Altria.

—¿Cómo estás, Gabriel? —Preguntó su padre.

¿Y cómo iba a estar? Entre la espada y la pared, además cansado.

—Pues rompí con Isabella. Ya te imaginarás por qué.

Patrick hizo lo que mejor sabía hacer y que todos odiaban, hacer caso omiso cuando se trataba de la vida privada de sus hijos.

—Pues lo siento mucho, pero las reglas han cambiado, sabía que Isabella no era un prospecto de esposa para ti desde un principio, ni siquiera sé lo que hacías con ella todo este tiempo.

—Yo sí sé —Dijo Max.

—¿De verdad vas a hablarme de la vida sexual de mi hijo, Max? —Patrick lo fulminó con la mirada.

—No señor.

Gabriel se sirvió un trago del mini bar de su padre, escuchar a su padre hablar por los siguientes minutos iban a ser dolorosos, así que necesitaba un trago, como si eso serviría de algo.

—Que sepas que tu cláusula no me intimida en absoluto, pero no tenía idea que fueras capaz de hacer algo como eso. He dedicado toda mi vida a Rocco

Altria y pensé que al momento de tomar el timón no me ibas a salir con una sorpresa como esa.

Patrick no estaba orgulloso de su decisión y sabía que Gabriel lo odiaría por ello. Pero todo tomaría sentido. Lo sabía él en carne propia. Cuando tienes un lugar importante en una empresa, eres la carne fresca de los halcones. Al ver a un soltero inmaduro es el blanco perfecto para creerlo incapaz de tomar decisiones importantes si no puedes contigo mismo. No es que un soltero valga menos que un casado, al contrario. Ver a su hijo casado y tomando el control de la empresa era luz verde para mostrarse responsable y respetado por los demás.

—Una bola de ancianos—Dijo Gabriel.

—Disculpa.

—Tienes miedo que los ancianos de la empresa piensen que no soy serio para llevar Rocco ¿Es eso?

—Por supuesto que no, también es un gusto que me estás dando. Yo también soy un anciano y quiero verte llevar la empresa como yo lo hice cuando tenía tu edad. Estaba casado y ya habías nacido tú.

Para Gabriel era más que suficiente conocer el verdadero motivo.

—No estamos en tu época. Ni siquiera la realeza tiene que casarse de esta forma. El capricho tuyo es ése. Quieres que me case, solamente porque ya fracasé una vez en mi matrimonio. ¿Qué te hace pensar que no volverá a pasar?

—Eras muy joven cuando te casaste. —Inquirió su padre.

—Tú y mamá se casaron a la misma edad que Paige y yo lo hicimos—Contraatacó.

Para Patrick escuchar que su hijo todavía pronunciaba con dolor el nombre de su ex, hizo que le corazón le diera un vuelco. Sufrió demasiado, más que lo que algún hombre pudiera sufrir a esa edad por una mujer y entendía el porqué de su reacción. Pero debía entender, que tarde o temprano tendría que madurar y volver al ruedo. Necesitaba que uno de sus hijos empezara a tener su propia familia, tanto él como Haydi no serían eternos y nada le hacía ilusión que ver a su hijo mayor felizmente casado de nuevo.

—¿Y por qué no funcionó? —Preguntó con temor Patrick. Max sabía una parte de la historia, pero sabía que para Gabriel era doloroso hablarlo. La reunión estaba tomando ya otro rumbo y estaban tocando territorio perdido.

Gabriel empezó a recordar. Tomó de un solo sorbo el trago que se había servido y fue por otro. Si su padre quería saber la verdad, la sabría, pero no había vuelta atrás.

—Así como las cosas, otras, el amor por ejemplo vienen con fecha de

caducidad—Empezó a decir y se hizo el silencio—Tú lo dijiste, era demasiado joven que solamente pensaba en mi carrera, me olvidé de mis sueños con Paige y de los suyos para construir los nuevos. Me olvidé de cosas tan sencillas como darle un beso de buenas noches a mi esposa. Me olvidé de ser un ser humano del que ella se había enamorado y me convertí en un monstruo. Esas fueron sus palabras.

El silencio duró cada vez más y los tragos, así como terminaban, se volvían a llenar.

No le hacía bien recordar a Paige y más si la había visto. Habían pasado años. Se había olvidado de ella, o eso era lo que pensaba hasta que la miró. Dicen que si dejas de ver algo por un tiempo engañas a tu mente y a tu corazón, pero solo hizo falta tres segundos para que todo se desempolvara y se diera cuenta que todo estaba ahí.

—Tienes razón, papá. Era joven, pero amaba a mi esposa y yo mismo destruí todo.

—No es razón suficiente para que te hayas divorciado de ella. Debiste arreglar las cosas, debiste madurar en ese preciso instante...

La botella, las copas cayeron al suelo de manera violenta. Gabriel había arrojado todo al escuchar a su padre, pero también y la única causa era recordar aquello que aún no había dicho.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Su padre se asustó y Max se levantó para acercarse a él. Al momento en que levantó la mirada para verlos lo entendieron. Se habían equivocado, Gabriel había madurado, más de lo que pensaban y lo único que podían ver era dolor, el que había estado ocultando durante muchos años.

—No puedes traer de la muerte a alguien, papá. Simplemente no puedes.

Max y Patrick se vieron, en ese momento la puerta de abrió y era su madre que había estado escuchando todo desde que empezó. Con lágrimas en los ojos se acercó a Gabriel, pero éste la rechazó, no debía ser débil, era lo que no quería su padre.

—Cariño —Su madre sollozó y preguntó: —¿Qué fue lo que sucedió? ¿Quién murió?

Gabriel no lo soportó y sus lágrimas se deslizaron por su mejilla.

—Nuestro bebé.

El corazón de Patrick no lo soportó más y con las últimas palabras de su hijo, cayó al suelo.

—¡Papá! —Gabriel gritó y llegó hasta el cuerpo de su padre.

3



Paige se quitaba los tacones, su ropa y caminaba desnuda hasta la ducha. Al salir de ahí decidió ir a leer un libro al salón de su apartamento. Vivía bien y disfrutaba de la compañía de su gata, Gabriel. Le había puesto ese nombre después de verla gruñir en el centro de adopción hace nueve meses. Sus ojos azules y su pelaje blanco le recordaron de una manera divertida a su ex, por lo que decidió bautizarla como la gata Gabriel.

Se puso el pijama de algodón de pantalón largo y blusa a juego. Se sirvió una copa de vino y se recostó en un sofá con libro en mano. Al leer las primera diez hojas, echó un vistazo a su alrededor. Aún conserva algunos objetos del pasado que descansaban en algunos lugares poco creativos de su apartamento. Como una máquina de escribir estilo vintage que Gabriel le regaló una vez. También algunos marcos de fotografías donde sus fotos habían sido reemplazadas por otras.

La última fotografía que sus padres se tomaron antes de divorciarse y antes de que su madre falleciera hace muchos años. Su padre no lo soportó, lo que lo terminó llevando a una institución especial para que cuidaran de él hace un año. Paige se había encargado de que a su padre no le hiciera falta nada, pero tampoco era fácil tenerlo en un lugar como ése, se rehusaba a ser una carga para Paige, así que no le quedaba más remedio que pagar casi medio millón de libras al año en el Sweet Hope donde estaba internado su padre.

Era hija única y le hubiese gustado tener algún hermano o hermana mayor, pero para eso tenía a Sam. Por otro lado, una fotografía de ella y Sam en la inauguración del ISH. Se daba cuenta que su vida había dado un gran cambio, su vida y también ella, pero no su esencia y personalidad. Se había convertido en un mujer fuerte luego de su separación y se concentró en sus sueños, ahora que los había cumplido y tenía una empresa exitosa, se daba cuenta que le hacía falta algo más.

Una familia, y ésa llegarían algún día.

Se fue a la cama con ese pensamiento, la gata Gabriel la siguió hasta la habitación y se durmió junto con ella.

A la mañana siguiente como de costumbre, Paige alimentaba a la gata Gabriel y se iba al trabajo.

Paige iba en su Mercedes camino a la oficina. Aquella copa de vino le había pasado factura, pues se había despertado casi una hora de retraso por lo que iba como un rayo a la oficina. Sam la esperaba con una taza de café con azúcar de dieta y un panecillo de avena como le gustaba.

—Hola, cielo ¿Larga noche?

—No tanto, pero nunca me había sentido mejor.

Ambos se dispusieron a trabajar y cuando Paige encendió el ordenador, como era de costumbre, revisar las noticias o algún acontecimiento importante en la ciudad de Londres. Lo que vio a continuación hizo que el corazón se le saliera del pecho.

La noticia ponía que Patrick Wylde había sufrido un ataque cardiaco, su esposa y sus hijos se encontraban con él dándole su apoyo.

Paige pensó en ir a verlo y darle su apoyo a Haydi. Pero también recordó que ahí estaría Gabriel y sería demasiado para él, pues no quería incomodarlo. Tomó su móvil y mejor llamó a Haydi, al no recibir respuesta, decidió enviarle un mensaje diciéndole que lo sentía y que estaba dándole su apoyo y ayuda.

—Lo lamento, cielo. Sé que ellos fueron buenos contigo.

—Sí, aunque Patrick es un hombre muy difícil de carácter, pero conmigo era un amor. Solo espero que esté bien.

—Los medios no tiene sensibilidad por nada. A primera hora y en primera plana, qué increíble.

—Mírale el lado bueno, de no ser así no te hubiese enterado. ¿Segura que no quieres ir? —Preguntó Sam.

—No quiero encontrarme con Gabriel, no sé si me odie y me eche del lugar.

Sam bufó y negó rotundamente, pues no estaba de acuerdo.

—A la mierda Gabriel, ellos fueron tu familia, no me parece una mala idea que vayas a ver al viejo y le des tu apoyo a Haydi. Ustedes son amigas, es lo menos que puedes hacer por ella.

—¿Seguro? —Paige se mordió su labio inferior. Sam tenía razón.

—Muy seguro. Ve y yo me ocupo de los clientes, si necesitas algo me llamas.

—De acuerdo. Gracias Sam, no sé qué haría sin ti.

—Yo también me preguntó lo mismo, cielo.

Se dieron un beso se despedida y Paige estaba de nuevo en el Mercedes camino al hospital. Sam tenía razón, que ella ya no estuviese casada con Gabriel no quería decir que no le importaba Patrick o Haydi, como también los hermanos de Gabriel. Todos ellos fueron buenos con ella y le tienen mucho aprecio y respeto a pesar de que no volvieron a saber mucho de ella luego de la separación con Gabriel.

Paige se escondió bajo sus grandes lentes de sol antes de salir del auto y entrar por las puertas del hospital. Afuera había algunos reporteros esperando noticias de Patrick. Sentía las piernas como gelatina, no sabía qué se encontraría ahí, lo que menos quería era incomodar a los Wylde. Pero algo dentro de ella le decía que era de lo más normal, preocuparse por el hombre que fue su suegro.

Se fue directo a la sala de espera, pues como era de esperarse, ella no era ningún familiar, por lo que no le podían decir el estado de salud de Patrick, al llegar a la sala de espera a la primera que miró fue a Haydi, quién corrió hacia ella y se estrecharon en un largo abrazo.

—Oh, Paige ¿Qué haces aquí? —Afligida como también agradecida le preguntó.

—Me he enterado esta mañana. ¿Cómo está Patrick?

Haydi negó y se echó a llorar de nuevo.

—Ha sido un ataque al corazón. Está estable, pero aún no nos dejan verlo.

En la sala también se encontraba Barbie y le sorprendió ver a Drew ahí.

—Hola, Paige —Barbie la abrazó también, hacía mucho tiempo que no la veía y estaba bastante grandecita, ya era casi una adulta.

—Barbie, lamento lo de tu padre. Pero mírate, estás tan grande y linda.

Ella sonrió como pudo.

—Hola, Drew—Agitó su mano. Su ex cuñado siempre fue de pocas palabras y algo tímido, pero también recordaba algunos momentos en los que le hacía la vida imposible a su hermano mayor.

—Hola, Paige. Tanto tiempo.

—Aún sigo siendo fan de tu banda. —Le dijo con sinceridad y ambos sonrieron.

Y hablando de su hermano mayor, Paige con mucho disimulo miró el resto de la sala, no había señal de Gabriel.

—Salió por un momento—Le susurró Haydi al oído al darse cuenta—Él no está nada bien. Cree que fue su culpa.

Eso la entristeció. Es demasiado grave culparse por algo así, pero

también sabía que Patrick y Gabriel siempre discutían y no siempre estaban de acuerdo en todo. ¿Qué había sido tan grave para que Patrick acabara en un hospital?

No quería preguntárselo, pues lo más importante en esos momentos era la salud de Patrick. Paige iba a despedirse de Haydi, pues Gabriel regresaría en cualquier momento. Si algo tenía esa mujer, era que a veces podía sentirlo y olerlo en el aire. Era por eso que nunca coincidían en ningún lugar, aunque aquel día fue la excepción.

—Tengo que regresar a la oficina—Le digo a Haydi—Si necesitas algo no dudes en llamarme.

—Gracias por venir. —Volvió a abrazarla y cuando se separaron, los ojos de Paige se encontraron con los ojos de alguien más.

Gabriel.

—¿Paige? —Como si estuviese viendo algún tipo de ilusión. Creía imposible que ella estuviese ahí, abrazando a su madre, en la sala de espera de un hospital. ¿Había llegado por él? su madre se miraba tan normal con su presencia.

—Gabriel. —Fue lo único que dijo.

—Cariño, Paige ha venido a darnos su apoyo. Espero que no te moleste.

—¿Molestarme? —Preguntó en voz alta. Quería lanzársele encima, que lo abrazara a él también. Estaba terrible y recordaba cuando ella lo confortaba.

—Yo... me tengo que ir. —Paige nerviosa, se despidió como pudo de Haydi y sus hijos, Gabriel se quedó mirándola, estaba nerviosa y ella solamente quería desaparecer. Solamente quedó su perfume en el aire, cuando escuchó que su madre le dijo:

—Ve tras ella, tonto.

Y no lo pensó dos veces. Corrió hacia ella que aún seguía caminando a toda prisa por los pasillos del hospital.

—¡Paige!—La llamó y tocó su mano para que se diera la vuelta.

Ella sintió que ese toque la quemaba y no de una mala forma, pero aquello le asustaba. Era demasiado tarde y Gabriel no era ningún tonto. Sabía que si ella llegaba al hospital se lo encontraría, no podía salir corriendo sin saludar o decir alguna palabra que no fuese solamente su nombre.

—Gabriel, yo lo lamento no quise molestarte ni a ti ni a tu familia.

«Ahí está de nuevo ese nerviosismo que me hacía besarla como loco para que se callara»

—No lo haces. Me sorprende verte aquí. Hace mucho tiempo que no sé

nada de ti.

Paige mantuvo la mente fría. Y más al tenerlo tan cerca. Vestido con su traje de tres piezas, su cabello bien peinado, pero unos ojos azules muy tristes, como si no hubiese pegado un ojo en toda la noche.

—Nos vimos el otro día —Le recordó y él bajó la mirada—No tienes que mentir ni sentirte obligado a hablarme. He venido por tu madre y tus hermanos.

—*Auch*, eso dolió —Se quejó.

—Me refiero a que ya sabes, tú y yo ni siquiera somos amigos.

«*Y ahí está la mujer de la que me divorcié, la que no tiene filtro*»

—Sabías que me verías aquí, no puedes salir corriendo como si tuviera algún tipo de peste, la gente pensará que fui un hijo de puta contigo.

Ella quiso reírse, pero escucharlo hablar siempre de él y lo que la gente pensara de él la llenó de rabia y eso hizo que sus nervios desaparecieran y la Paige fuerte regresara sin temor. Lo que no sabía era que Gabriel la estaba provocando, necesitaba hacerlo, olvidarse un poco de que su padre estuvo a punto de morir por su culpa.

No importaba si eso significaba enfadarla.

—Lo que la gente piense de ti solo debe de importarte a ti, Gabriel.

—¿Has venido con alguien? — Cambió el tema de repente.

—No es de tu incumbencia, Gabriel.

Se quedaron viendo a los ojos por un momento. Los ojos de Gabriel la escanearon de cabeza abajo. Lucía espectacular con ese vestido de diseñador y esa chaqueta. Sus tacones le favorecían también, estaban casi a la misma altura.

—Te ves bien —Fue casi un susurro y Paige no lo tomó bien.

—¿También tú vas a burlarte de mí? Creo que el otro día tu novia lo dejó claro.

Maldijo para sus adentros. No pensó que Paige la hubiese escuchado. Pero entonces también puso haberse dado cuenta de algo más.

—Si escuchaste eso entonces también debiste darte cuenta de que terminé con ella.

—¿Estás diciendo que terminaste con ella por lo que dijo de mí? —Se sintió alabada y no de la mejor manera, más bien había sido sarcástica al respecto —Oh, Gabriel, es muy gentil de tu parte, pero no tienes que hacerlo. Sus palabras no me dolieron, ya puedes regresar con ella.

Él puso los ojos en blanco. Esa mujer era obstinada y dolía como un grano en el culo cuando se lo proponía. Pero la culpa era de él. De todas las cosas que podía decirle, tenía que recordarle esa tarde tan desagradable.

Gabriel se rindió. Aquello era imposible y estúpido, pelear en los pasillos de un hospital. Pero al menos una parte de él había regresado. Aunque no sabía lo que era.

—Terminé con ella porque era un error engañarme a mí mismo —Paige iba a decir algo cuando Gabriel continuó: —Adiós Paige, gracias por venir.

Fue el primero en darse la vuelta y regresar por el camino hacia la sala.

—Adiós Gabriel...

Paige regresó a la oficina y Gabriel con su familia. Su madre estaba nerviosa al respecto, pero no le mentiría a su hijo después de todo.

—¿A qué vino Paige? ¿Le has llamado?

—No, ella me sorprendió tanto como a ti. —Le respondió. Su hijo no traía buena cara después de haberla visto. Pensó que lo alegraría, pero sus sospechas de madre no la engañaban. Aún se sentía mal por la separación y ahora que Haydi sabía por lo que habían pasado, también le rompía el corazón.

El doctor llegó a la sala para avisarles que Patrick había despertado.

—Ve tú primero —Le dijo su madre—Tienen que arreglar esto.

—Mamá, papá acaba de tener un ataque al corazón por mi culpa y tú me estás arrojando de nuevo con él.

Eso le rompió el corazón. Que se culpaba de esa forma. Él no tenía la culpa, si Patrick se retiraba de la empresa era por eso, por ser un viejo y cosas como esas podían pasar en cualquier momento. No era la culpa de nadie, era parte de la vida.

—No eres culpable de nada, Gabriel. Haz lo que te digo y habla con tu padre.

—No —La tomó de la mano—Entraremos juntos. Todos, somos una familia.

Sus hermanos, su madre y él entraron a la habitación del viejo Patrick. Estaba estable y sus grandes ojos azules, aunque cansados, estaban bien abiertos. Su mirada de preocupación y culpa no pudo con él. Su esposa lo abrazó y le dio un beso en su sien. Barbie y Drew lo abrazaron y Gabriel solo estaba ahí, con sus manos en sus bolsillos, esperando su turno.

—Gabriel acércate —Por primera vez aquello no sonaba como una orden.

En cuanto Gabriel se acercó su padre puso su mano en su brazo y le dijo:

—Harás lo que debas hacer, cuando debas hacerlo.

Sus hermanos no entendían, su madre y él sí. No podía creerlo, se estaba

retractando por primera vez. Patrick estaba seguro de que, si él hubiese sabido la verdad detrás del divorcio de su hijo, jamás le hubiese pedido algo como aquello. Pensó que solo tenía que madurar y si él tenía que ayudarlo, lo haría y no de la mejor manera. Sabía que Gabriel daba su vida por él y por Rocco Altria.

Gabriel había tomado su decisión. Pero no se lo diría ahí. Esperaría que todo volviera a la normalidad, así eso significara que estarían discutiendo de nuevo. Eran los Wylde después de todo, y eso estaba bien.

—Gracias, papá.

Rara vez la familia Wylde estaba reunida sin tener que discutir por algo. Pero se quedaron en silencio, aunque no por mucho tiempo.

—Puedo tocar una canción para ti, papá. Estoy seguro de que pueden hacer milagros. —Dijo Drew y todos se echaron a reír, menos su padre.

—Lo que harás es matarme, si no es del corazón, me crearás algo peor en la cabeza con eso que llamas música.

Haydi le dedicó una mirada de represalia. A Patrick le gustaba molestar a Drew con su música. Pero la verdad es que estaba orgulloso de él, con el tiempo aprendió a estarlo, aunque no estuviese de acuerdo con sus decisiones, estaba seguro de que también con Gabriel lo estaría.

¿Qué padre no lo haría?

4



—¿Estás seguro? —Le preguntó Max a Gabriel después de decirle la decisión que había tomado, no había vuelta atrás. Su padre estaba en casa y él estaba en su oficina con Max.

—Muy seguro —Afirmó Gabriel—Me casaré, es lo que quiere mi padre y antes la idea me enfadaba, pero tenía un plan, conocer a alguien y casarme. Las mujeres no son problema para mí y lo sabes, cualquiera con mi horario y personalidad haría uso de *eso* que se inventó gracias al matrimonio.

—¿El qué? —Preguntó su amigo sin entender.

Gabriel lo miró fijamente a los ojos. Algo dentro de él cambió después de haber dicho en voz alta todo lo que por años lo había atormentado. La vida que tuvo junto a Paige había sido lo mejor que le había pasado en la vida, pero también lo había marcado de alguna forma que no podía describir.

—El divorcio. Me casaré y luego me divorciaré, tan cierto como el infierno que no seré yo quien lo solicite primero. Me entregaré en cuerpo y energía a Rocco Altria, le demostraré a mi padre para lo que me he estado preparando todos estos años y no lo defraudaré. No necesito una esposa para eso, pero si es lo que quiere... lo tendrá.

Su amigo tras escucharlo supo que Gabriel estaba tomando una mala decisión. Pero eso, ya lo sabía el propio Gabriel. Además, nadie le garantizaba que su próxima conquista fuese todo lo contrario a lo que él esperaba. ¿Y si se enamoraba de nuevo? eso podría ser la cereza del pastel. Lo que todos querían, ver a Gabriel felizmente casado, no por un capricho o cláusula inventada por su padre, sino porque así debía de ser.

—Entonces te ayudaré, tengo el lugar perfecto donde puedes ir.

—¿A qué te refieres? ¿Acaso existe un lugar donde te muestran un catálogo y eliges a tu futura mujer?

Gabriel se echó a reír con solo pensar aquella locura. Pero cuando su amigo no lo hizo, supo que estaba en problemas.

—Mierda ¿Es verdad? —Max asintió—Bueno, pues mejor así a una cita a

ciegas.

—Coincidió contigo, pero si no encuentras lo que buscas tienes que dejar lo del matrimonio a un lado y ser el mismo Gabriel que has sido siempre, ya escuchaste a tu padre, no se interpondrá más. Puedes ser el CEO más solicitado de Londres sin problema.

La cuestión no era ésa. Encontrar mujer era fácil, divorciarse después de casarse también. Lo que no sabía Gabriel es que si en todas esas mujeres, miraría o se imaginaría el rostro de Paige. Quien había regresado a acechar algo más que sus pensamientos.

Paige no se quedaba atrás. Sam la había visto algo nerviosa después de su visita al hospital, le comentó sobre su pequeña conversación con Gabriel y la forma en cómo sus ojos se iluminaron no le gustó nada. Paige lo había perdonado, al menos para sus adentros, pero la rabia y el resentimiento seguían a flote y se le notaba al nomás escuchar el nombre de Gabriel Wylde en el aire.

—Cielo, ¿Viste las fotos de los Micha en el desierto?

Los Micha eran los recién casados del ISH. Un Jeque con una heredera de Irlanda. La combinación perfecta y su conexión fue instantánea. A Paige la enamoraba más su trabajo, era testigo de ver cómo algunas parejas solo con verse por primera vez ya sentían la química y gran atracción el uno por el otro.

—Sí, lo he visto todo en Instagram. Se ven realmente lindos juntos.

—Sí, aunque ella exagera mucho ¿No crees? Apenas llevan unas semanas de casados y se le ha visto ya en su propio yate.

—Pues es un jeque y está enamorado. Puede comprarle un yate y todo lo que quiera a su esposa.

—Tienes razón, pero espero que ese amor les dure tanto como el dinero.

Paige continuó trabajando, debía concertar tres citas para esa semana con tres parejas diferentes, solo esperaba que ellos tuvieran suerte, no como ella, que a pesar de haber sido una que otra vez la candidata perfecta para algún que otro cliente, ella amablemente debía rechazar dicha propuesta.

Desde luego que era esbelta y hermosa. Pero su trabajo era buscar la pareja perfecta a su cliente, no ser ella la pareja de su propio cliente.

Con solo recordarlo, Paige rió para sí misma. Las ofertas eran tentadoras, pero aquellos hombres se veían desesperados, y Paige no era así. Los días pasaron. Y las puertas del ISH se abrieron y dos hombres trajeados entraron por la puerta principal del pequeño edificio blanco del centro de Londres. En sus paredes blancas colgaban las mejores pinturas con frases de

Shakespeare, Jane Austen entre otros autores con las mejores líneas de amor. A uno de los hombres llamó la atención varias frases de ésta última:

No hay encanto igual a la ternura de corazón.

Del pasado no tiene usted que recordar más que lo placentero.

Su corazón se agitó al leer estas líneas.

—¿Estás bien? —Le preguntó el otro hombre.

—Sí, es solo que...nada olvídale.

Esas frases, muchas de ellas, los autores, eran los favoritos de su ex mujer. Era extraño que él lo recordara, nunca prestó atención a pequeñas cosas como éstas. Y ahora, que venía a un lugar como éste, precisamente se acordaba de ella.

Los muebles con piel fina de cuero blanco, y muchas flores a su alrededor acompañadas de un aroma conocido, lo dejó mareado. No sabía lo que le pasaba, pero estaba a punto de sufrir un ataque de pánico por reconocer ese aroma en el aire.

Al cruzar la puerta de cristal y encontrarse en la oficina de la persona que estaba al mando y la encargada de encontrarle novia, pensó que se trataba de alguna mala broma, o realmente era un castigo divino.

Frente a él estaba Paige, sentada en su gran escritorio de cristal claro, lo que podía ver el cruce de sus piernas, una sobre la otra, el vestido le favorecía si la hacía lucir así, aunque estuviese sentada. No se había percatado que Sam no había entrado solo a su oficina, hasta que carraspeó la garganta.

—¿Sam puedes encargarte de las entrevistas de hoy? Ha surgido algo importante.

Los tres hombres se vieron entre sí.

—Esperaba que quisieras encargarte de ésta.

—¿Por qué... —Hizo una larga pausa al levantar la mirada y ver nada más y nada menos que a su ex esposo ahí frente a ella, en su oficina ¡De su empresa de matrimonios! No sabía quién estaba más sorprendido de los dos. Si Paige por verlo ahí y tener que aceptarlo como posible cliente o Gabriel, que su ex esposa se haya convertido en una casamentera.

¿De qué se había perdido todos estos años?

—¿Qué haces aquí Gabriel? —Directo al grano. No le gustaba nada la idea de tener que tenerlo ahí en su oficina. Pero solo había una razón para que una persona estuviese ahí. Quería pensar que era por su amigo y no por él.

—Hola, Paige —Dijo Max y Page le dedicó una mirada un poco tímida.

—Hola, Max ¿Cómo has estado? —Preguntó amablemente, pues Max siempre le había caído bien y sabía que era alguien muy importante en la vida de

Gabriel.

Gabriel se sintió celoso por un momento.

« ¿Lo trata mejor a él que a mí?»

—No mejor que tú, te ves bien.

—Gracias.

Gabriel colocó su mano en el cuello de su amigo en forma de advertencia. ¿Acaso estaba coqueteando con su ex mujer? De ninguna manera podía aceptarlo siquiera como una broma.

—¿En qué puedo ayudarlos? —Hizo la pregunta en general y Gabriel fue el único que respondió:

—He venido a buscar esposa.

Paige se echó a reír en su cara sin importarle cómo eso lo afectara. Ahora era ella quien pensaba que era una mala broma. Pero cuando se dio cuenta que ninguno de los hombres frente a ella se reía, se dio cuenta de que estaba hablando en serio.

—¿Has venido a qué? —Preguntó taciturna. Tenerlo ahí de pie todavía, después de una larga pausa y que sus amigos estuviesen menos afectados que ellos, no ayudaba en nada.

—Ésta es una agencia matrimonial, no sabía que trabajabas aquí. ¿Cuál es el problema de que requiera de tus servicios?

Ahora sonaba arrogante o quería disimular un poco lo incómodo que había vuelto la situación. De cualquier manera, si algo sabía hacer bien Paige era actuar como una profesional, aunque aquello le afectase un poco, Gabriel tenía razón.

Requería de sus servicios.

—Tienes razón, Gabriel. Me disculpo por mi conducta ¿Deseas algo de tomar? ¿Café o agua?

—No gracias.

Gabriel no quitaba la mirada de ella. Y Paige se estaba volviendo nerviosa.

—Bien, Sam se ocupará de ti y todo lo que necesites —Paige le dedicó una mirada de ayuda a su amigo—Por favor, ponte cómodo.

Cuando Paige se puso de pie para retirarse y treparse por las paredes, Gabriel habló:

—Te quiero a ti.

—¿Disculpa?

—Quiero que seas tú quien me ayude a buscar a una candidata.

«*Maldito idiota*»

Sam y Max esperaban que dijera algo, se negara o que hiciera lo que hacía mejor. Su trabajo, nuevamente. Paige regresó a su silla. Miró a Sam y le dedicó una mirada de alivio. Pues tenía un plan desde el momento en que Gabriel entró por esa puerta con su mejor amigo y abogado.

—De acuerdo, tome asiento... señor Wylde.

Gabriel tomó su sarcasmo como luz verde para jugar su juego. No podía echarlo, ante todo era una profesional y él debía actuar como un cliente frecuente. Miraba a su alrededor y se preguntaba en qué momento se le habría ocurrido montar aquel tipo de empresa. ¿Desde que estuvieron casados? ¿Tras el divorcio? O se trataba de algún tipo de venganza que tarde o temprano él llegaría a poner un pie ahí. No estaba seguro, pero tampoco le importaba demasiado para averiguarlo. Entre más miraba, más se daba cuenta de que Paige había estado bien todo ese tiempo, según él, y que, ser la dueña de aquella empresa le demostraba lo egoísta que había sido a solo creer en sus sueños y no darse cuenta de que Paige también quería ser alguien en la vida. No era que antes no lo era, pero ama de casa siendo tan joven, no era el sueño de todas las mujeres.

—¿Puede tu abogado esperar afuera? —Preguntó—¿O también elije a tus novias?

Paige le dedicó una mirada a Max y él sin ningún problema se puso de pie.

—Se queda—Interrumpió Gabriel—Es mi abogado, quiero que esté al tanto de todo y que todo sea legal.

—¿Estás diciendo que mi empresa es un fraude? —Se sintió ofendida.

—No, estoy diciendo que mi abogado se queda. ¿Tienes algún problema?

Estaba rabiosa. Quería echarlo de ahí mismo, pero la mirada de Sam esta vez fue como si le gritara que tuviera paciencia. No tenía por qué tenerla, era su empresa, atendía a quien quisiese. Y no iba a tolerar al caprichoso de su ex marido.

Iba a decirle que se fuera a la mierda, pero recordó que el protocolo no interrumpía la presencia de un apoderado legal, de hecho, varios clientes lo preferían así, por lo tanto, tuvo que quedarse callada y sonreír fríamente.

—Bien.

Sam que se encontraba junto con Max, querían treparse por las paredes. Aquella tensión en el aire la podía romper un cuchillo. Ambos sabían que esa tensión podría ser sexual o solamente la personalidad de ambos.

Paige tomó su portafolio. Conocía el tipo de mujer que podría gustarle a Gabriel y se lamentó sobre ello.

Le mostró en su laptop el portafolio digital de sus damas. Solamente había

una fotografía, su nombre, ocupación, pasatiempo y otros datos de interés como su música favorita. Le gustaba hacer esa pregunta a las personas. El tipo de música que le podría gustar a alguien le decía la clase de persona que era, y nunca se equivocaba, esperaba que sus clientes pudieran verlo también.

—Ellas son las damas que pueden interesarte. Solamente tienes que elegir las que quieras conocer y yo les mostraré tu perfil. Si ellas aceptan concretaremos una cita con cada una de ellas —Hizo una breve pausa mientras Gabriel no quitaba sus ojos de ella mientras hablaba—Lo que venga después dependerá de ustedes.

Gabriel apenas había visto las fotografías. No le interesaba otra modelo en su vida. Tampoco una ingeniera, abogada o doctora. Ni siquiera le dio tiempo de pensar si eran hermosas o no. Él ya había elegido.

—Max —Deslizó hasta él la laptop. Max miró el portafolio. Todo parecía normal, una lista o catálogo de personas solteras. Se dio cuenta que ése no era su trabajo, ver fotografías. Más bien Gabriel estaba ignorando todo el protocolo del ISH y sabía por qué.

—Todo es confidencial entre tú, ella, sus apoderados legales y por supuesto la compañía. Damos un lapso de siete meses para el compromiso. Ha habido excepciones de un año para casarse, pero lo importante es que ISH hace su trabajo y es conectar personas. Conectar intereses y llegar a un acuerdo matrimonial. Esta empresa está dirigida para personas que buscan el amor, como también personas que necesitan casarse para crear un estatus en la sociedad o simplemente alguien con quien envejecer.

Aquello sonaba tonto para Gabriel.

—¿Qué clase de persona se aburre de su soltería?

—No lo sé, dímelo tú.

Touché.

Aquello se estaba volviendo una guerra de miradas. Max no decía nada y solo le gustaba observar, pues además de entretenido. No tenía un punto donde llegar. Solamente ellos.

—Como decía, tú eliges, yo comunico y concreto. Si no te parece ninguna me temo que has venido al lugar equivocado.

Entre más la escuchaba hablar, más se daba cuenta de lo que quería. Y no estaba en un portafolio ridículo, estaba frente a él.

—Te quiero a ti.

Paige hizo de nuevo una breve pausa, Sam dejó de teclear en el otro extremo de la oficina y Max dejó de respirar.

—¿Disculpa?

—Me has oído —Gabriel la desnudó con la mirada y la dejó sin aliento

—Quiero que tú seas mi esposa.

Y Paige estuvo a punto de desmayarse.

5



Abrió sus ojos de nuevo, pues juró que se había quedado dormida y que Gabriel había sido un sueño.

—Paige Rayven, tú nunca cambias.

Escuchar la voz de Gabriel le indicó que no estaba soñando. Tampoco se había desmayado, solo había quedado en trance.

Él le había pedido que se casara con él. Seguro era la proposición menos romántica, más inoportuna y hasta ridícula si no se tratara del que, ya había sido su esposo.

—¿Qué has dicho? —Preguntó Paige, esta vez enfadada.

—No sé cuánto dinero dejan aquí los hombres por buscar mujer. Yo te ofrezco diez millones para que te cases conmigo.

¿Estaba borracho?

Diez millones por casarse—de nuevo— con ella. Había sido su esposa antes por menos que eso, de hecho, por algo que no tiene precio y ése era el amor.

—Ningún hombre desesperado ha venido a insultar mi empresa con una propuesta como esa. ¿Quién te crees que eres?

—¿Quién te crees tú para rechazarla? —Contraatacó Gabriel. —Estoy siendo un buen cliente. Tu portafolio me parece aburrido. No tengo tiempo para conocer a esas *damas*. Prefiero casarme contigo, una mujer que me ha conocido en el pasado. No veo el problema.

Paige se puso de pie. Sam negó con la cabeza y Max estaba enfadado con su amigo. Estaba humillándola, haciéndole creer que ella, su ex mujer valía diez millones.

Paige se guardó las lágrimas, el enfado y la sorpresa para más tarde. Había sido cortés hasta donde su dignidad se lo permitía. Pero no iba a tolerar los caprichos de Gabriel esta vez.

—Te equivocas y aciertas, Gabriel. —Dijo Paige viéndolo a la cara—Te conocí en el pasado y sé que ese hombre jamás hubiese puesto un valor

monetario en mí. Pero te equivocas, ni mi empresa ni yo necesitamos a un cliente como tú. Me temo que no podemos ayudarlo, señor Wylde.

Gabriel lo pensó tarde. Pensaba que estaba actuando como un macho alfa, pero más bien era todo lo contrario. Un hijo de puta arrogante. La había humillado y frente a sus amigos y en su propia empresa.

—Sam los acompañará a la puerta.

Salió de su oficina, pasando por recepción y se metió en el tocador de los empleados y clientes. No tenía idea de dónde ir y esconderse, pero sabía que Gabriel no la encontraría. Y como si fuera poco, Gabriel seguía en su despacho, Sam y Max esperaban que dijera algo, pero Max no lo soportó y fue el primero en hablar:

—Eres un idiota ¿Cómo se te ocurre humillarla de esa forma? Te felicito por ser un hijo de puta oficial, Gabriel.

—Lo sé, lo sé—Dijo Gabriel exasperado, era demasiado tarde. No podía tener la bocota cerrada.

—¿No podías mantener el pico cerrado? Tenías que darle un precio, bastante *romántico* y bonito encuentro el de Paige y tú.

Gabriel miró a Sam.

—Dile a Paige que luego la llamaré.

—No creo que eso te salve de lo que acabas de hacer con ella—Salió en su defensa—Pero se lo diré.

—Gracias Sam—Gabriel iba a salir de la oficina cuando retrocedió—¿Desde cuándo ella es parte de esto?

Le interesaba saber desde cuándo Paige se había convertido en una casamentera. Todavía no podía creerlo y le parecía una broma o el karma que se merecía él.

—Un año después de que se divorciaron —Respondió Sam—Es extraño que no la conocieras lo suficiente para saber que siempre quiso tener su propia empresa de citas. Es una mujer que cree en el amor y si tiene que ayudar a las personas a que lo encuentren, lo haría.

No dijo más. Gabriel dejó que las palabras de Sam le taladraran el corazón. Tenía razón, no la conoció lo suficiente o quizá, nunca prestó atención. Otro error más a la lista de Gabriel del por qué había perdido a Paige en el pasado.

Era una enamorada y creía en el amor, no lo suficiente fuerte para creer en el que tenían. El dolor fue el que ganó y la decepción cantó victoria.

Ese mismo día en la noche Paige y Sam cerraban su ordenador. El día había

terminado, pero aun sentían la tensión en el aire. Lo bueno era que era viernes y mañana disfrutarían del día.

—¿Tienes planes esta noche? —Le preguntó Paige a su mejor amigo.

—Aunque lo tuviera, tú y yo merecemos un par de tragos y bailar.

—Coincido.

Más allá de la tarde con la visita de Gabriel. Paige se encontraba aterrada y temía decírselo a Sam. No sabía cómo, pero la noticia que tenía para él era más fuerte que el alcohol.

—¿Tillie quieres venir con nosotros? —Preguntó Paige a su amiga y también recepcionista.

—Desde luego, me han botado—Dijo a punto de llorar.

—¡Eh! Nada de llorar— Le ordenó—Lamento mucho decírtelo, pero tu novio era un idiota. Dale gracias a dios que te dejó ahora.

—Paige tiene razón, cielo—La apoyó Sam —Eres un pedazo de pastel que todo hombre quisiera devorar, te lo digo yo que soy hombre.

—¿No que te gustaban los hombres?

—Por ti puedo hacer una excepción.

Tillie se echó a reír. Daba gracias a la vida por trabajar con personas tan buenas y tenerlos como amigos también.

—De acuerdo, necesito el trago más fuerte.

Los tres llegaron al Fantasy Deluxe. Una discoteca donde siempre se la pasaba bien todo el que lo visitara. Paige no era mujer de discotecas, pero cuando quería divertirse sabía dónde y con quién ir.

Eligieron una mesa VIP, pues la noche sería larga. El mesero les llevó una botella de Crystal y se dispusieron a tomar y hablar sobre la vida.

—¿En serio era tu ex marido?

—Sí—Dijeron al unísono Sam y Paige. Tillie no sabía esa parte de la historia de su jefa y amiga a diferencia de Sam que se conocían desde años, Tillie solamente llevaba siendo amiga lo que tenía el ISH de estar operando. Era una chica agradable, y de entrada encajaba bien en la empresa como recepcionista. Su carisma y buen servicio al cliente no se quedaba atrás.

—No me lo hubiera imaginado. Ése sí que es un pedazo de pastel, debo decir.

—Ni que lo digas—Se mofó Paige, dándole un sorbo a su copa—Me enamoré de él desde que lo vi. No tenía esa melena que tiene ahora, y era menos famoso. Ahora es todo un sueño para toda mujer, menos para mí. He rechazado sin pensarlo dos veces su oferta.

Las burbujas llegaban más a la cabeza de los tres, pero más en la Paige que luego comenzó a llorar de la preocupación.

—¿Qué sucede, cielo?

Paige no lo soportó más, y su llanto no tenía nada que ver con su ex.

—Nos han demandado—Soltó de un solo golpe—Lo lamento, creo que es mi culpa.

Sam fue el primero en hablar.

—¿La llamada que recibiste antes de la visita de Gabriel era eso?

—Sí, el idiota de nuestro abogado se contactó conmigo para decirnos que Armin Micha nos demanda por fraude y robo.

—¿¡Qué!?! —Sam y Tillie gritaron al instante. Era grave, muy grave.

—¿Qué mierda ha ocurrido con ellos? Los vimos en las redes sociales, los dos estaban más que felices.

—Parece que esas fotos son un poco viejas, resulta que Julia Armin, su esposa, la chica que eligió Armin le ha robado diez millones de dólares de su cuenta bancaria, además de oro y otras cosas. Ha huido y Armin en vez de ir tras ella, ha ido tras nosotros. —Explicó Paige.

—¿Creen que tenemos algo que ver? —Preguntó Sam.

—Sería lo más lógico. Su abogado lo cree. En los registros solamente encontramos que Julia era simple civil, de familia noble de Irlanda no heredera como nos dijo. Pero había algo más, yo lo presentí pero no quise prestar atención y más cuando Armin miró su fotografía. ¿Recuerdas que no estaba en el portafolio?

—Sí, lo recuerdo.

—Los investigadores estaban todavía encontrando más información sobre ella, sin éxito. Iba a descartarla cuando Armin la eligió. Habíamos perdido bastante dinero concretándole citas con casi todas nuestras damas. Y dije: *¿Por qué no? Seguro es una chica con un pasado como cualquiera.*

Paige tomó su copa, esta vez, de una tercera botella. Estaba cansada y decepcionada.

—Si pierdo ISH nunca me lo perdonaré.

—No lo perderás —Tillie tomó su mano—¿Qué más dijo el abogado? Seguro llegaron a un acuerdo.

Negó con la cabeza.

—Quiere veinte millones. Diez que le robó y otros diez por daños y prejuicios. ¡Daños y prejuicios mi trasero!

—La gente no paga diez millones por una cita—Expresó Sam, afectado

por lo que estaba pasándole a su amiga. —ISH no cobra eso por buscar pareja. A lo más que hemos llegado es a ocho millones en un año, no somos unos malditos proxenetas. Tenemos muchos profesionales que cobran un ojo de la cara por sus servicios de investigación.

—Lo sé, Sam. Pero es mi culpa y tengo que enfrentarlo. Tengo que conseguir ese dinero, sino cerrarán ISH para siempre.

Se echó a llorar de nuevo. La siguió Tille y Sam estaba preocupado por lo que estaba pasando. Era el imperio de su amiga, le había costado mucho sudor y dolor levantar aquella empresa de alta calidad sobre arreglos matrimoniales. Aunque tocaran los fondos del ISH quedarían en bancarrota y no tendrían cómo pagarle a los investigadores y abogados. Estaba todo perdido, o casi todo cuando recordó un pequeño detalle.

—Hay una forma de conseguir esos veinte millones sin perjudicar a ISH—Sam habló.

Lo podía sentir.

Lo veía venir.

—Cásate con Gabriel.

Hubo un momento de silencio hasta que Paige soltó una gran carcajada. Tillie no entendía lo que pasaba así que optó por explicárselo brevemente.

—Gabriel acaba de ofrecerle diez millones a Paige para que se case con él.

Abrió sus ojos como platos. No solamente era su ex marido, estaba guapo y desesperado, tanto para ofrecer esa cantidad de dinero.

—¿Tanto dinero? —Tillie no lo podía creer.

—Así de desesperado e idiota es.

—Paige, sé que es tu ex, pero amiga. Tienes que aceptar ¿Qué tan malo puede ser? ¿El sexo? ¿La convivencia? ¿El amor? ¡Demonios! Si un hombre me hiciera esa propuesta, aunque estuviese sin dientes lo acepto.

Aunque sonara una locura, sus amigos tenían razón. La única solución era ésa, casarse de nuevo con su ex marido. Claramente sabía que su matrimonio sería temporal. Pues sus fuentes le habían confirmado sus sospechas.

Gabriel Wylde necesitaba una esposa para ser CEO de la empresa de su padre.

Los dos buscaban una solución rápida, sin dramas. ¿Pero cuánto drama se podía conseguir con una relación gastada? Mucho, debía decir. Pero si se llegaba al acuerdo de que aquel matrimonio venía con un tiempo de caducidad, se podía hacer a la idea y aceptar de inmediato.

—Hay un problema—Les dijo—Gabriel ha ofrecido diez y nosotros

necesitamos veinte.

—Puedes negociar, sabes que está desesperado. Sube la oferta—La aconsejó Sam.

—¿Y si no acepta?

—Sólo hay una manera de saberlo.

Pero qué idea más tonta. Es lo que estaba en la mente de ella al mismo tiempo que era la única que podía salvarlos.

Y patético. Casarse por dinero, no está lejos de ser comprada.

¿Había algo peor? La única manera de poder ver las cosas menos sucias y menos patéticas era hablándolo con el mismo Gabriel.

—Tengo que decírselo ahora mismo.

Sam le arrebató el móvil de las manos.

—Todo menos hablarle así de borracha, Paige. Tienes que controlarte. Que las cartas sean a tu jugada y sea él quién te busque.

—¿Cómo lo sabes? Él seguramente ya encontrará otra novia para entonces.

—Dijo que te llamaría, créeme, él está bastante desesperado, más o igual que tú.

No siguieron tocando el tema, pues ya todo estaba pensado. Solo tenía que hablarlo con Gabriel, fijar una fecha, la más pronta posible y ese mismo día le entregaría el dinero al señor Micha. Solo esperaba que todo saliera como lo planeado y no se perdiera en un matrimonio por conveniencia.

Esa noche Gabriel disfrutaba también. Pero solo, en su casa en la ciudad de Londres. Tenía una casa hermosa en vez de un ático y la mejor de las empleadas, casi como una segunda madre que se preocupaba por él.

—¿Hay algo más que necesites, Gabriel?

En la pared frente a él había reloj con marco plateado, al fondo una fotografía con su firma.

Había sido un regalo de Paige. La firma con la que lograría muchas cosas, con o sin su padre. Había creído siempre en él y todo era cuestión de tiempo. Lo guardaba siempre. Fue lo primero que guardó cuando se marchó de la casa que compartían juntos y el reloj a pesar de los años, funcionaba perfectamente.

—Gabriel.

La voz de Joan lo trajo a la realidad. La pequeña señora de ojos grandes y azules lo hizo sonreír. No sabía qué haría sin ella. Fue su salvación después del divorcio, moriría de hambre sin ella.

—Ve a descansar, Joan. No necesito nada.

—Apenas y comiste ¿Todo está bien? No preguntaría si no me preocupara.

—No pasa nada. Un mal día de trabajo. Es todo.

Joan no insistió pero sabía que algo más pasaba. Lo conocía demasiado bien. Podía ser vieja, pero no era ninguna tonta.

—Sea lo que sea, se solucionará.

—Eso espero.

Se quedó dormido en su inmenso sofá. Se lo podía permitir, al final de cuentas nadie podía decirle nada, ni siquiera Joan. Que temprano por la mañana el olor a café recién hecho y el sonido de la tostadora lo despertaron.

—Tienes una linda cama, si no la quieres yo sí—Le dijo Joan desde la cocina. Quien notó que se quejaba del dolor por haber dormido en una incómoda postura.

—Buenos días, Joan.

—Buenos días, muchacho.

Revisó su móvil y tenía un mensaje de su padre y su madre quienes se preguntaban si almorzaría con ellos como todos los sábados. Lo pensó mejor y este sábado no lo haría. Quería despejar su mente. Investigar más sobre esa empresa que su ex mujer había creado y que él no tenía idea.

Pero fue una llamada de Max que hizo que terminara de despertar cuando respondió.

—Hijo de puta suertudo.

—¿Disculpa?—Dijo Gabriel confundido.

—He recibido una llamada extraña de Paige para que nos reuniéramos hoy con ella a la hora de almuerzo.

Gabriel se levantó como un resorte. Seguro estaba soñando y que de ninguna manera Paige estaba considerando su oferta.

Sin pensarlo dos veces ni perdiendo el tiempo, se fue directo a la ducha. Estaba preparándose mentalmente, la reunión con Paige podía significar muchas cosas.

A. Podía tener más damas para él y B. aceptar el trato. De ninguna manera ella aceptaría así por así. Había algo que no estaba claro, incluso en sus pensamientos, se daba cuenta que la idea de que Paige aceptara era solamente por algo a cambio.

¿Más dinero? Lo dudaba, diez millones era demasiado dinero para un matrimonio arreglado. De cualquier manera, lo sabría en unas horas.

Mientras tanto Paige y Sam preparaban todos los papeles. Paige no tenía

abogado, por lo tanto, tenía que contratar a uno.

—¿Crees que sea buena idea decirle la verdad a Gabriel? —Paige le preguntó a Sam. Pues no quería empezar un matrimonio—aunque fuese arreglado—con una mentira tan grande como esa.

—Creo que podrías decírselo si él te dice por qué está tan desesperado por casarse. Un contrato recíproco, nada de mentiras y el plan de ambos saldrá bien.

—Sí, creo que tienes razón. Lo que me preocupa es que no tengo abogado, no puedo confiar en cualquiera ahora mismo.

Sam recordó que el mejor amigo de Gabriel, Max era su apoderado legal.

—¿Qué tal Max? Es alguien de confianza. Involucrar el apoderado legal de tu marido en algo así, creo que es la mejor idea.

—Querrás decir, ex marido—Lo corrigió con sorna.

—Pronto será de nuevo. TU marido, cielo.

Ella puso los ojos en blanco. Había muchas cosas que debía dejar claras con Gabriel. Primero que todo, nada de sexo, será un matrimonio arreglado, como dos viejos amigos viviendo juntos, pero nada de sexo. Había una barrera que nunca se cruzaría y lo más importante de todo, la fecha de caducidad. Estaba segura que, Gabriel ya tenía una. Si estaba buscando una pareja en su empresa, era porque todo estaba planeado a disolverse en cuanto ambos logran su objetivo. Era un total desconocido para ella, no lo había vuelto a ver ni saber mucho de él hacía cuatro años, a pesar de que de vez en cuando quedaba con su madre, nunca hablaron sobre el pasado.

Pero no solamente Paige y Sam tenían todo planeado. Pues Max también preparaba un contrato de confidencialidad, y además el acuerdo dictaba que debían estar casados mínimo un año.

—¿Estás seguro que un año? —Le preguntó Max a Gabriel.

—¿Es muy poco? Tienes razón, que sean cinco.

—¡Estás loco! Ella no firmará esto.

Gabriel lo pensó mejor.

—¿Qué tal un millón por cada año? Son diez millones, diez años.

—Estás loco, Gabriel. Se queda en un año y reza para que acepte porque yo que ella no te soportaría ni la mitad de eso, estás bastante desesperado, tienes que controlarte. Si éste es tu plan de conquistarla tienes que ser amable y no un hijo de puta arrogante como te viste la última vez.

Su amigo sabía que ese plan del matrimonio era para eso. Su padre ya no estaba presionándolo para que encontrara una novia con quien casarse. Y el plan

de ir a esa empresa de matrimonios fue porque tuvo la curiosidad y nunca creyó en algo como aquello. Todos sus planes cambiaron en cuanto la miró.

Él no iba a casarse. Pero, aunque sonara poco romántico en su cabeza. No tenía idea de por qué estaba haciendo semejante cosa. Su plan era conquistarla o cumplir su capricho de recuperarla. ¿Y si ella ya no sentía nada por él? ¿Y si ella estaba con alguien más? No quería hacerse ideas que no eran, pues todavía no se había reunido con ella y no sabía a dónde iba a parar todo aquello en su cabeza.

Todo podía pasar.

Llegaron al restaurante donde Paige estaba esperándolos junto con Sam. En cuanto entraron a una sala privada donde los ejecutivos se reunían para cerrar todo tipo de trato, se dieron cuenta que no estaban solamente ahí para comer.

Paige estaba ahí. Nerviosa, con sus manos temblorosas viendo a Gabriel quien estaba vestido con un traje oscuro, sin corbata y se le veía relajado. No se había afeitado esa mañana y esa sombra de su barba le hacía un gran favor. Se veía simplemente guapo.

En cuanto a Paige, no usaba vestido, en cambio, vestía unos pantalones oscuros ajustados, una blusa color rosa que dejaba al descubierto su escote, y una chaqueta a juego color negro. Hermosa, pero nada relajada. Se lo decía la forma en que enrollaba su cabello en sus dedos. Por eso lo llevaba suelto en grandes olas castañas, para poder desquitar su ira en él. Gabriel se dio cuenta que estaba nerviosa, pues aún no olvidaba algunas manías de ella, como morderse la punta de sus uñas cuando algo le preocupaba y enrollar su cabello así.

—Hola Paige—Gabriel se acercó a ella y sin esperárselo le plantó un beso en la mejilla. Muestra de afecto que Paige no rechazó y eso la sorprendió. Gabriel le tendió la mano a Sam, y Max hizo lo mismo con ambos.

Tomaron asiento y el mesero llegó enseguida para servir la comida.

—Espero que no les moleste, he ordenado ya para no perder mucho tiempo—Dijo Paige.

A ninguno de los dos hombres delante de ella le preocupó eso, los cuatro se dispusieron a comer. O al menos eso hacía Paige, disimuladamente jugaba con su ensalada. Y Gabriel la observaba detenidamente.

Cuando todos terminaron de comer y retiraron los platos de la mesa, Gabriel fue el primero en hablar.

—¿Has pensado en mi oferta?

Ella quería estamparle la copa de agua en la cabeza. Se creía muy listo, era

un hombre seguro de sí mismo o tan inseguro para comprar a su novia.

—De hecho, Gabriel hay algunas cosas que quisiera hablar contigo antes de decirte la decisión que he tomado. Más que todo un favor.

Debió dejar su orgullo bien guardado ese día, pero cuando se trataba de su empresa, nada la podía parar. En el fondo de su corazón sintió que Gabriel podía entenderla.

—¿Has aceptado casarte conmigo? —Dijo Gabriel, en un tono nada humilde y Paige se mofó enseguida.

—Ni siquiera sabes si tengo novio —Lo atacó.

—Sé que no lo tienes. El otro día estabas almorzando sola en el Oxo. Yo no dejaría que mi novia o mujer luciendo tan hermosa en aquel vestido, almuerce sola, ni por un millón de años. Estás soltera o tu novio es un idiota. Si es lo segundo, lo puedes dejar.

Paige se echó a reír. Sam y Max estaban confundidos. ¿Ella se estaba riendo de él o con él? Gabriel sonrió al escucharla pues era otra de las cosas que le encantaba de ella, su risa y la forma en cómo cerraba sus ojos cuando lo hacía.

—Con el único idiota que he salido es contigo, Gabriel. Me ofende que pienses eso de una mujer hermosa, con o sin novio, las mujeres podemos tener nuestro momento de privacidad y disfrutar de un almuerzo solas.

—Tienes razón, lo tienes. Pero no encontraba otra forma de saber si estabas con alguien o no.

Paige se le quedó mirando más de la cuenta, estaba a punto de decirle que aceptaba casarse con él y además, aunque sonara fácil todo aquello, lo que vendría después era lo difícil.

Las cláusulas y los términos.

—Acepto casarme contigo, Gabriel —Gabriel no podía creerlo en cuanto lo escuchó—Acepto los diez millones que me ofreciste y—Miró a Sam y a Max—Voy a necesitar otros diez y a tu abogado.

6



¿Veinte millones por casarse con su ex esposa?

¿Había escuchado bien?

—¿Qué? —dijo Gabriel—¿Estás jugando conmigo? ¿Te encuentras bien?

Sabía que ella jamás se aprovecharía de él, por lo que primero se alarmó por sonar un poco desesperada. La conocía y sabía que Paige era orgullosa, se daba a desear y no daba su brazo a torcer tan fácilmente. Que haya aceptado su propuesta se debía a algo grave.

—Primero quiero saber por qué quieres casarte de nuevo... y conmigo.

Como lo sospechó, debía decirle una verdad a medias. Que su padre lo estaba presionando para llevar el control de la empresa, pero primero debía casarse. Era lo que había acordado con Max si en un caso ella llegaba a preguntar.

—Bien. Como sabrás, mi padre se ha jubilado, y ahora Rocco Altria está a mi mando.

—Felicidades —Dijo Paige en todo irónico—Has trabajado mucho para ello, pero no entiendo cuál es el problema.

—Hay una cláusula en mi contrato como CEO y es que debo estar casado para tomar el lugar en Rocco Altria —Paige no se lo esperaba—Mi oposición fue lo que causó que a mi padre le diera un infarto y yo...

—Gabriel —Lo interrumpió y puso una mano sobre la suya, aquel gesto lo tomó por sorpresa, y no solo a él, sino a todas las personas que estaban en la misma mesa—No tienes que decir más, puedo entender tu posición. Como te dije, lamento mucho lo que le ocurrió a tu padre, no puedo imaginarme cómo te debes sentir.

Escucharla hablar, hizo que se sintiera un hijo de puta. Ella entendía, entendía aquella mentira. Pero ya era tarde, ya se lo había dicho.

—Casarme de nuevo era una locura, es algo serio —Dijo Gabriel—Pero cuándo te vi, si me volviese a casar, sería solo contigo.

Paige soltó su mano. Se olvidó que no estaban solos y se estaba volviendo un poco incómodo la confesión de Gabriel.

—Te ayudaré si me ayudas, Gabriel.

—Lo que sea que necesites, Paige.

Ella lo miró y a su amigo también. Sam le entregó la demanda del señor Micha y se la entregó a Max para explicar brevemente.

—Este señor me acusa de fraude. Su esposa le ha robado diez millones de dólares.

—Es un jodido Jeque—agregó Max al leer la demanda—¿Acaso no investigas a las personas que entran a tu compañía?

—Disculpa, por supuesto que sí. El señor Micha eligió a esta chica heredera de Irlanda y no estaba en el portafolio, todavía estaba siendo investigaba por mi gente. Era demasiado quisquilloso y me estaba volviendo loca, le expliqué que todavía no estaba disponible su perfil e insistió en que él mismo la buscaría. Eso va fuera del protocolo del ISH por lo tanto, acepté. Fue un error que estoy pagando muy caro.

Gabriel le creía, sabía que Paige no era ningún fraude.

—¿Qué es lo que este Jeque quiere?

—Veinte millones. —Dijo Sam.

—Podemos alegar que el señor Micha no esperó el protocolo a seguir, ni se hicieron las correspondientes investigaciones —Dijo Max—No puede ser solamente tu responsabilidad, ni la de tu empresa.

Paige estaba punto de llorar. Todavía no les había dicho la estupidez que había cometido después de que aceptara que el señor Micha se saliera con la suya.

—¿Hay algo más que no estás diciendo, Page? —Preguntó Gabriel al darse cuenta de la mirada que tenía—Puedes confiar en Max.

Respiró profundo y esperaba que Sam no la matara ahí mismo.

—Cerré la investigación de Julia Micha cuando Armin Micha no se dio por vencido—Confesó y Sam estaba con los ojos como platos—Prácticamente no se saltó el protocolo, fui yo quien me confié esta vez después de años de no encontrar nada turbio en ninguna de mis damas.

Estaba acabada. Ella sabía lo que hacía y se había metido en un problemón. No podía demostrar que fue Armin Micha quien no esperó el protocolo a seguir y que eligió una chica que aún no estaba disponible, aunque lo supiera, al momento de investigar el portafolio, se darían cuenta que Julia cumplía el perfil perfecto para él, solamente que nadie sabía que era un fraude y que, aunque el ISH y Paige Rayven no tenían idea y resultaran inocentes, siempre tendrían que pagar los veinte millones.

Su reunión se interrumpió cuando dos hombres en traje oscuro y un policía uniformado entraron a la sala privada donde estaban los cuatro.

—Señorita Paige Elizabeth Rayven, está usted detenida por el delito de fraude contra el señor Armin Abu Micha.

Paige se puso de pie y Gabriel se interpuso en el camino de aquellos hombres. Sam estaba a punto de darle un infarto y Max entró en acción.

—Disculpen señores ¿Puedo ver esa orden?

—¿Usted quién es? —Preguntó uno de ellos.

—Soy el abogado de la señorita Rayven y estoy al tanto de todo.

Se vieron entre ellos y le entregaron la orden supuesta de arresto. Paige respiraba hondo, Sam tomaba su mano y la otra milagrosamente se aferró al brazo de Gabriel. Estaba aterrada. ¿Arrestada? Parecía la escena de alguna película. Nada tenía sentido.

—Me temo que esta orden es tan falsa como sus trajes, señores—Max les entregó de nuevo la orden.

Los hombres se echaron a reír. Pues era eso, algo falso.

—Micha te manda a decir que, si no tienes los veinte millones la próxima semana, esta orden será de verdad y el cierre de su compañía definitivo.

—¡Fuera de aquí! —Les exigió Gabriel.

En cuanto los hombres salieron del lugar en la compañía de la seguridad del restaurante, Paige explotó a llorar. Gabriel la tomó entre sus brazos y ella se dejó consolar.

—Todo estará bien, Paige.

—Yo...yo... no sé...qué voy a hacer.

Gabriel sin despegarse de ella, tomó su móvil e hizo una llamada.

—Ellen comunícate con mi contador y dile que prepare veinte millones—Dijo Gabriel—Dile que iré personalmente a su oficina cuando lo tenga listo... bien...gracias.

Paige fue la primera en romper su contacto. Sam se aclaró la garganta y Max seguía estudiando la demanda. También tenía con él el contrato de confidencialidad. No era el momento ni el lugar. Claramente Paige y Gabriel tenían cosas de que hablar antes de llegar a un acuerdo.

—Sam yo invito al postre ¿Te parece? —Sam entendió la invitación. Al ver a su amiga sabía que era lo que necesitaban, además, iban a ser marido y mujer muy pronto, ya lo había dicho él.

—Desde luego.

Al quedar solos, Gabriel se comportó como todo un caballero y le dio a

Paige una copa con agua para que se tranquilizara. Ahora Paige estaba nerviosa y no sabía por qué, si porque se creyó que iba a la cárcel—al menos no ahora—ahora Gabriel lo sabía todo, solo esperaba que sus motivos fueran tan importantes como los de él, estaban ahí, juntos, sin decir nada. Pensando en si uno podía ayudar al otro. Nada era más importante que tu libertad. Ninguna posición en una empresa ni salvar a otra.

Gabriel por otro lado se sentía terrible, lo suyo era mentira, comparado con lo de Paige él salía perdiendo. ¿Y si le prestaba el dinero y no se casaban? Ése sería el mejor plan, sin amarrarse a ningún contrato matrimonial.

—Si soy tu esposa—Susurró Paige un poco nerviosa—¿Debemos dormir en la misma cama?

Gabriel tragó en seco.

«Oh, Paige»

Quería hacer las cosas bien, decirle que no tenían que casarse. Pero era la única oportunidad que tenía para recuperarla. Se daba cuenta de eso desde el momento en que la tenía entre sus brazos de nuevo, no como quisiera, pero de nuevo estaban frente a frente. Y si fingir estar enamorados, con el tiempo ella podía enamorarse de él. Ya se habían querido una vez ¿Qué tan difícil podía ser?

—No, Paige. No haré nada de lo que tú no quieras.

—Gracias, Gabriel.

Al día siguiente Gabriel hacía la transferencia de los veinte millones a una cuenta bancaria de Armin Micha. También había pedido que Max se reuniera con su abogado y firmara el desistimiento de ir tras Paige o su empresa. Ya todo estaba arreglado y ahora solo quedaba algo y lo más importante por hacer.

Una semana después y Gabriel mandaba a primera hora de la mañana del lunes, un ramo de rosas blancas a la oficina de Paige con una nota muy especial en su perfecta caligrafía.

¿Cenas conmigo esta noche?

X

Gabriel.

Una cena. No hacía daño a nadie, y era su futuro esposo—otra vez. Paige lo tomó bien, debía dejar sus garras a un lado, después de todo, él estaba salvando su trasero, y según ella, también el de él.

Tomó su móvil y le envió un mensaje.

Acepto la cena. ¿Negocios solamente?

¿Negocios solamente?

Así veía todo el asunto, como algo de negocios. Dinero de por medio y contratos. Por supuesto que era un negocio.

Gabriel al leer su mensaje, no le gustó el rumbo en que había tomado su invitación.

—Y una mierda los negocios—Dijo en voz alta.

Optó por llamarla y no responder su mensaje. A la segunda llamada Paige decidió responder un poco nerviosa, pero mostrándose calmada.

—Gabriel.

—¿Por qué no respondías? —Se quejó—¿Acaso no te gustaron las flores?

Paige casi se ríe, recordaba al Gabriel controlador del pasado. Era una de las cosas más calientes que le gustaban de él, porque siempre podía ella controlar esa manía y recordarle que era suya. Pero ahora, que no eran nada, solo se podía sentir nerviosa y no sabía por qué.

—Estoy en el trabajo, Gabriel. Y sí, me gustaron tus flores, gracias, no tenías que hacerlo.

—Le mandaré flores a mi futura esposa cuántas veces sea necesario, Paige. Ya deberías de saberlo.

Ella sonrió por lo bajo, sin dejarse intimidar, aunque no la estaba viendo. Podía sentirlo cerca, que estaba comiéndola con la mirada.

—¿A qué estás jugando, Gabriel? Son negocios, deberías de saberlo—Contraatacó.

A Gabriel no le gustaba. Y no tenía que restregárselo a la cara cada vez que él intentara hacer algo lindo por ella. No lo iba a permitir, pero si quería que fuese un hijo de puta, también podía serlo.

—Negocios o no, todo es cuestión de tiempo. Serás mi mujer, Paige.

Sintió mareos debido a sus nervios, también acorralada y triste.

—Adiós, Gabriel.

A él no le dio tiempo de disculparse cuando se dio cuenta del error que había cometido siendo un imbécil con ella—de nuevo—la compensaría esa noche, en la cena. También debían poner las cosas claras sobre la mesa y una de ellas era dejar el pasado atrás y que le diera una oportunidad de demostrarle que era un nuevo hombre y que quería recuperarla.

—Me voy, Sam.

—Suerte esta noche, cielo. —Expresó con sarcasmo.

Al llegar a casa y darse una ducha, se internó en su armario. Buscaba algo casual para su cena y aunque todavía tenía algunos vestidos con etiqueta, no eran apropiados para esa noche. No quería escotes, tampoco quería esconder sus curvas. Ese mes en el gimnasio le había dado buenos frutos, y su premio fue irse de compras junto con Sam y Tillie.

Se dio por vencida y tomó el vestido negro ceñido de manga larga y unos tacones negros de infarto a juego. Terminó se secar su cabello y lo alisó para después, maquillarse. Media hora después estaba lista, tomando una copa de vino. Necesitaba alcohol, mucho alcohol para calmar sus nervios, pero ni todo el alcohol podía solucionar el problema que tenía. Y era que hacía mucho tiempo en que no tenía una cita y mucho menos con su ex esposo. Ya no recuerda cuando fue la última vez que tuvo un momento así de íntimo con él antes del divorcio.

La cena sería en el Black Pearl, un restaurante nuevo al estilo blanco y negro del que Gabriel era dueño, pero Paige seguramente no lo sabía.

Cuando Gabriel se ofreció a pasar por ella, Paige mintió y le dijo que ya iba en camino cuando apenas estaba terminando de maquillarse. Una buena jugada, no sabía si iba a tener la valentía de abrirle la puerta. Cada segundo que pasaba se sentía nerviosa. Ella no era así, pero cuando se trataba del nuevo Gabriel y lo que había y estaba haciendo por ella, no le quedaba más remedio que aceptar esas nuevas sensaciones.

Gabriel fue el primero en llegar. Y la esperó en la puerta cuando le envió un mensaje que estaba por bajarse del auto. Cuando se bajó del auto, Gabriel no pudo aguantarse, salió de nuevo del restaurante para recibirla. Varios fotógrafos estaban ahí y aprovecharon el momento.

—Te ves hermosa—Le dijo al oído y besó su mejilla.

Ella se sonrojó y tomó su brazo para que entraran lo más pronto posible. Nunca le gustaron los fotógrafos, ni siquiera era una mujer que se tomaba *selfies* por sí sola. Pensar en que ahora la seguirían para todos lados, le daba ansiedad.

Cuando caminaban por el interior del restaurante Paige se percató de lo que había en casi todas las paredes. Citas de poemas famosos. Algo inusual en un lugar así. Pero cuando las personas a su alrededor se sintieron intimidados por él, es que se dio cuenta en dónde estaba en realidad.

Se sentaron en la mesa un poco alejada de los comensales. La música en el fondo era instrumental y las rosas blancas, iguales al ramo que le había enviado más temprano, la hicieron sentir acogida. Sintió ganas de llorar cuando recordó lo que una vez le dijo a él cuando estaban casados.

—En un momento estará todo listo, señor Wylde.

—Gracias—dijo Gabriel.

Paige no quitaba sus ojos de él, y de mirar todo a su alrededor. Cada detalle, él lo había recordado.

—¿Te gusta? — Preguntó Gabriel al ver la expresión en su cara.

—No puedo creer que no supiera de este lugar—Le dijo ella—No lo olvidaste.

Por supuesto que no lo había olvidado y era por eso que la invitó a cenar esa misma noche ahí. Contaba los días para que esa noche llegara y sabía que ella todavía no conocía del lugar.

—Una noche, después de una pelea. Nos fuimos a la cama e hicimos el amor como si nada hubiese pasado— Le recordó Gabriel—Me preguntaste acerca de mis sueños. Cuando era tu turno, pensaste que estaba dormido. Pero me dijiste que querías un lugar así, un restaurante donde todos aquellos que trabajaban ocho horas seguidas en una aburrida oficina, pudieran llegar a disfrutar un poco. Recordé los libros, los poemas. En vez de fotos aburridas de lugares que no sabemos si existen, eran mejor las palabras. Era más fácil de recordar. Así que lo hice, hace seis meses.

—Gabriel...

—Ahora será tuyo, una vez te conviertas en mi esposa todo lo mío será tuyo. Puedes tacharlo de tu lista de sueños.

Iba a decirle que se equivocaba. No quería su dinero, y aunque el lugar era más que perfecto, no podía verse como la dueña del lugar. Él había hecho un gran trabajo. Y por nada del mundo se imaginó que haría algo así, pues no era su sueño, sino el de Paige. De cualquier manera, estaba muy lejos de poder aceptarlo.

—Son negocios, Gabriel. Aunque esto es lo más lindo que he visto en tanto tiempo. No puedo, ni podré aceptarlo. Pero gracias por mantener ese recuerdo vivo. Aunque no veo a dónde quieres llegar.

Fue entonces cuando la mesera llegó con la cena. Era turno de Gabriel elegir esta vez. No había pedido para Paige ensalada, al contrario, un bistec como a ella le gustaba. Y para él, lo mismo.

—Se ve delicioso—Admiró Paige—Pensé que solo te gustaban las chicas que comían ensalada.

Recordando aquel bochornoso momento en donde Kelly hizo un mal comentario de ella, lo llenó de enfado. No sabía qué estuvo haciendo todo ese tiempo al estar con alguien como ella. Pero eran aguas pasadas, al menos para él.

—Me gustan las chicas de verdad... como tú.

—En ese caso, te compadezco—Bromeó Paige y se dispusieron a comer. De nuevo Paige apenas tocaba su comida, pero no era porque le avergonzaba comer delante de él. Era porque estaba nerviosa de nuevo. Gabriel la miraba como si quisiera comérsela a ella. Y estaba volviéndola loca.

—Apenas y comes—Dijo Gabriel como gran admirador.

—Comería mejor si no estuvieras calculando cada uno de mis movimientos.

—Es que me gusta verte.

—Para Gabriel, no vamos a convertir esta cena más incómoda de lo que ya es.

De nuevo coincidía. No sabía Gabriel qué papel debía tomar. El mismo hijo de perra, un caballero arrogante o un disimulado, fingir que no le gustaba, que no le interesaba y quizá eso le gustase a ella. Pero sabía que Paige no era de esas mujeres, que entre más las ignoras más están interesadas. No. A ella había que conquistarle de frente y sin disimulos.

Cuando terminaron de comer, la música siguió, comensales entraban y salían.

—¿Ya le dijiste a tu familia que te casarás? —Preguntó Paige.

—Esperaba que me acompañaras mañana para decirles juntos.

—Estoy confundida ¿No habíamos hecho eso ya? —Bromeó al respecto sobre el primer matrimonio.

—En realidad nos fugamos—Le recordó Gabriel lo que hicieron de jóvenes—Soy de los hombres que primero tomo y después pido permiso, lo sabes.

—No, no lo sé. En realidad, no sé nada de ti en cuatro años. ¿Sabías que las personas cambian cada seis meses? Según estudios, puedes ser una monja ahora y en seis meses después una bailarina exótica.

—¿De dónde has sacado esa teoría? Lo estás inventando todo.

—Desde luego que no. Pero tienes razón, no has dejado de ser el mismo. Tomando el control de todo y siendo egoísta.

Aquello se estaba volviendo demasiado pesado para la ocasión. ¿Era momento de sacar los trapos sucios? Gabriel no estaba preparado, pero al contrario de Paige. Ella sí tenía un par de cosas que decirle.

—¿A qué ha venido eso?

—Me pediste que fuera tu esposa cuando no sabías si tenía novio o no. Pasas por encima de las personas para lograr tu objetivo. Fue lo que pasó antes,

supongo que ya lo olvidaste.

—Eso no es cierto.

—¿Por qué yo? —Atacó con enfado— Pudiste casarte con la rubia aquella. Puedes tener a quien quieras, lo que no entiendo es por qué yo.

Gabriel terminó su copa de vino. Maldito momento en el que decidió pedirla sin alcohol. Lo necesitaba. Sabía que Paige haría preguntas y eso apenas estaba comenzando.

—¿Estás viendo a alguien? —Gabriel ignoró lo demás para hacer la pregunta.

—¿Y qué si lo hiciera? No cambia nada, seré tu esposa porque es lo que acordamos. Pero eso no cambia nada. No cambia lo que tuvimos, lo que perdimos y lo que somos ahora. Tienes que comprender eso Gabriel, simplemente no puedes olvidar y fingir que somos amigos... o algo más.

Lo comprendía.

Desde que escuchó esas palabras, algo dentro de él se estaba rompiendo. ¿Cómo podía decirle algo tan cruel? No le dio muchas vueltas a ello y volvió a servirse más vino.

—Nada de lo que digas, arruinará esta noche, Paige Rayven. —Clavó sus ojos en ella—Nada.



Gabriel estaba en su oficina nueva, era la primera semana como CEO, pero Paige aún no lo sabía. Según ella, después de la luna de miel es que él tomaría el mando de Rocco Altria. Esa tarde en la mansión Wylde preparaban una reunión familiar, pues en menos de una semana, se casarían.

—¿Qué has investigado, Max?

Gabriel le había pedido a Max que buscara todo lo que había pasado con Paige después de su divorcio. No quería encontrarse con otra sorpresa como lo que pasó al darse cuenta de que ella era la propietaria de

—No te va a gustar nada lo que encontré—Le dijo Max con tono triste—El señor Rayven está internado en un asilo de ancianos por depresión hace un año.

A Gabriel le afectó. Recordaba a Marshall Rayven, el que fue su suegro. Siempre lo recordaba como un hombre lleno de sabiduría, pero con mirada triste después de haber perdido a su amada esposa, hacía algunos años. Paige debió estar devastada.

—¿Dónde está?

—En el Sweet Hope, uno de las mejores instituciones de Londres, Paige debe estar pagando una fortuna aquí.

Otra razón por la cual necesitaba el dinero y no ir a la cárcel. Su padre solamente la tenía a ella y eso lo devastada. Las cosas cambiarían y ahora estaba él. No la iba a dejar sola. Paige aún no se lo había dicho, de hecho, a ella no le gustaba hablar de su padre y que la gente hiciera preguntas.

—¿No lo sabías? —Max hizo la pregunta.

—Paige no me ha dicho nada. He sido tan egoísta que solamente me he preocupado por mi plan y nada más.

Y ella, cuando al señor Wylde sufrió el infarto, fue tras su apoyo. Qué increíble mujer la que estaba a punto de tener de nuevo y él seguía en su plan. Ahora más que nada no debía retractarse. Paige lo necesitaba y él a ella.

—Parece que Paige no ha pagado la mensualidad que corresponde este

año. Supongo que ha estado demasiado ocupada...

—O quizá no tenga dinero—Concluyó Gabriel. Tras caer en la lógica conclusión no lo pensó dos veces para decirle a Max—Encárgate de eso con Ellen.

—De acuerdo. Pero deberías de hablarlo con Paige.

—Lo hablaré.

Esa tarde, antes de ir a casa de sus suegros en unas horas, Paige visitaba a su padre en el Sweet Hope. Hacía algunas semanas que no había podido venir y menos con su última conversación donde él terminó en llanto porque Paige se rehusaba a casarse de nuevo, algún día.

—Tengo buenas noticias, papá. —Le dijo mientras lo abrazaba.

Marshall era un hombre cuerdo, pero la depresión lograba segarle muchas veces y por eso tenía que estar en un lugar como éste, la soledad y largas horas de trabajo de Paige, lo estaban consumiendo. Era cuando para sus adentros Paige se lamentaba de no poder tener otro familiar para que cuidara de él, mientras ella estaba en el trabajo.

—Mi nena—Le dio un beso en la mejilla—Si me dices que tienes novio estaré feliz, no hay cosa más triste que llegar a viejo y solo.

Paige puso los ojos en blanco y se sentó a su lado. Sweet Hope era un lugar hermoso, casi parecido a un paraíso si es que existía uno. Había un lago en el patio trasero donde los ancianos pasaban la mayor parte del tiempo en el área verde, lleno de flores y con asientos cómodos para ellos. Incluso podían tomar la siesta sin ningún problema. También había un piano en la sala principal de música donde Marshall algunas veces tocaba recordando a su amada Adeline.

Paige sabía que en cuanto le dijera que Gabriel y ella estaban juntos de nuevo, él sería una de las personas más emocionadas. Eso la tranquilizó, aunque no sería por mucho tiempo.

—¿Recuerdas a Gabriel?

En cuanto dijo su nombre la cara de Marshall se iluminó.

—¿Cómo no olvidarlo? Estás enamorada de él y él de ti.

—No estoy...—Se detuvo en cuanto iba a corregirlo, pero de eso se trataba que todos pensaran que estaban felizmente enamorados. —Sí, papá. Estamos locamente enamorados.

—¿Y por qué el sarcasmo? —Preguntó Marshall. Paige solamente podía reírse a carcajadas de lo nerviosa que estaba. ¿Cómo iba a decirle a su padre que

iba a casarse de nuevo?

—¿Vas a casarte con él?

—Ya estuvimos casados, ¿Lo recuerdas?

—Sí, pero la segunda es la vencida... o tercera, dicen. Soy viejo, pero conozco el amor. Adeline y yo nos casamos tres veces y nos divorciamos dos.

Paige abrió sus ojos como platos.

—Eso no lo sabía, papá. ¿Por qué nunca me lo dijiste?

Él se encogió de hombros y su mente viajó hasta esos momentos. Hubo un momento de silencio antes de que comenzara a contarle lo que había pasado.

—Tu madre siempre fue terca, así como eres tú. Si no le gustaba algo lo más fácil para ella era pedir el divorcio, como yo sabía que íbamos a regresar se lo concedía. Al llegar al segundo divorcio y después de casarnos por tercera vez, le dije que era la vencida, que si nos divorciábamos de nuevo, no le volvería a pedir que se casara conmigo. Se me estaban agotando las ideas ¿Sabes?

Paige sonrió con nostalgia al imaginárselo.

—¿Entonces no ibas a volver con ella si se divorciaban por tercera vez?

—De ninguna manera, la iba a conquistar de nuevo, pero casarnos no. Y como sabía que hablaba en serio, a tu madre le gustaba estar casada conmigo, en familia contigo y así estuvimos los últimos veinte años de treinta juntos. Los mejores de mi vida.

Paige tomó su mano y la besó. No había marcha atrás.

—Me lo imagino, papá.

Él la miró como si quisiera decirle algo.

—¿Te casaras de nuevo con Gabriel?

Paige lo miró a los ojos y por primera vez, no tenía que fingir con alguien. Su padre la conocía muy bien y si tomaba una decisión era porque así lo sentía.

—Sí, me casaré con Gabriel de nuevo.

Marshall saltó de su asiento y aplaudió emocionado.

—¡Mi hija se casa de nuevo! —Gritó a los cuatro vientos. Enfermeras y otros ancianos empezaron a aplaudir. Paige quería que se la tragara la tierra.

—¡Papá! —Le gruñó—¿De nuevo? ¿En serio? Van a decir que soy una zorra.

Marshall lo pensó mejor y volvió a gritar:

—¡No es una zorra! ¡Se casa con el mismo hombre de nuevo!

Paige cerró sus ojos y negó con la cabeza.

«*Voy a matar a Gabriel*»

Cuando Paige se despidió de su padre, prometiéndolo que vendría con Gabriel a

traerlo para el día de su boda, se fue hasta las oficinas del asilo para pagar la mensualidad. Al llegar ahí, la señorita encargada le sonrió y la felicitó por su compromiso.

—Necesito el recibo de este año para pagar—Le dijo Paige.

Ella tecleó algo en su ordenador y la miró sorprendida.

—Alguien ya ha cancelado por usted, señorita Rayven—Le entregó una factura a su nombre.

Paige la tomó y Gabriel vino a su mente, solamente él podía hacer como eso y la pregunta era que cómo se había enterado de que su padre estaba aquí.

—¿Por qué permitieron que alguien que no fuera yo pagara? —Le preguntó un poco molesta.

—Dijo que cancelaba de parte suya, señorita Rayven. Usted siempre ha sido puntual, pensamos que se trataba de algo a última hora su atraso.

—Lo sé, he tenido muchas cosas por hacer, pero siempre he sido puntual.

—¿Hay algún error?

Si se negaba a que Gabriel pagara sus cuentas empezaría una guerra que no quería en esos momentos. Hizo la excepción y se prometió que le devolvería cada centavo junto a los veinte millones anteriores.

—Ninguno, muchas gracias.

—A usted, señorita Rayven.

El reloj marcaba las seis de la tarde. Necesitaba ir a casa, darse una ducha y prepararse para ir a la mansión de los Wylde. Estar rodeada de toda la familia de Gabriel la ponía ansiosa, la querían, y ella a ellos. Pero no podía con tanta farsa.

—Acabemos de una vez con esto—Dijo viéndose al espejo.

La gata Gabriel se paseaba por sus pantorrillas para que lo acariciase así que lo tomó en su regazo mientras se maquillaba.

—Solamente espero que lo odies tanto como yo, Gabriel.

La gata maulló en respuesta. Imaginarse la cara de Gabriel cuando le dijera que la gata llevaba su nombre iba a ser el chiste del año.

Dejó a la gata Gabriel en el suelo y se metió en el vestido, esta vez blanco, con un pequeño escote al frente y atrás. Su cabello lo había recogido en un moño, y había pintado sus gruesos labios de un rojo carmesí que a Gabriel volvía loco. En cuanto terminó y esperaba a Gabriel, su móvil comenzó a timbrar.

Al leer de quien se trataba se puso nerviosa.

—Hola Abell—Respondió en un tono seco.

—Paige—Escuchó que suspiró como si el pecho le doliera.

Abell, no sabía cómo describir su relación con él. Todavía no sabía a

dónde había quedado su relación después de tanto tiempo. Abell había sido su cliente, pero en cuanto puso un pie en su oficina y la conoció, desistió de buscar compañera y se encaprichó en hacerla su esposa. Algo que Paige definitivamente no quería.

Era su primer cliente, no podía enamorarse de su primer cliente y mucho menos de Abell, quien era primo de Gabriel.

—Tanto tiempo sin saber de ti.

Paige no sabía qué decir, Abell era un hombre de treinta años, de cabello negro y ojos verdes como las hojas. Demasiado guapo, demasiado hermoso y casi perfecto si no fuera porque le gustaba desaparecer por meses para luego aparecer como si nada hubiese pasado. Eso era lo que les había pasado. Habían salido un par de veces, compartieron la cama una noche y al día siguiente tenía que irse a Kuwait.

—Pensé que estabas en alguna misión, es parte de tu encanto. Enlistarte y desaparecer.

Lo que le decía sonaba como un reproche, pues era eso. Un reproche por ser el hombre más egoísta de todos, ni siquiera Gabriel era así de frío como Abell cuando se trataba de dejarla ir.

—Quiero verte. —Le dijo Abell.

Ella quería decirle que también quería verlo, pero para decirle que estaba a punto de casarse de nuevo con su primo. Pero no tuvo el valor de hacerlo, en cambio, hizo lo que mejor sabía hacer y lo que había aprendido de él, huir.

—Me tengo que ir, Abell.

En cuanto cortó la llamada, el timbre de la puerta la trajo a la realidad. Caminó hasta la puerta y ahí estaba Gabriel, en un perfecto traje de tres piezas, con su cabello largo perfectamente peinado y sus ojos azules viéndola de pies a cabeza.

—Te ves maravillosa, Paige.

—Tú no estás mal—Le dijo ella.

Gabriel la miró insegura y enfadada.

—¿Sucede algo?

—¿Nos vamos? —Cambió la pregunta.

Él asintió y apenas logró divisar un gato a lo lejos viéndolo como una amenaza antes de que Paige cerrara la puerta.

—¿Tienes un gato?

—Es gata—Paige caminó junto con él hacia la puerta del edificio—Y se llama Gabriel.

No habían pasado tres minutos cuando Gabriel se cansó del silencio que invadía en el interior del auto.

—¿Te sientes bien, Paige? Estás un poco callada.

—No me gusta que te metas en mis asuntos, Gabriel. Que vaya a ser tu esposa no quiere decir que tengas que pagar lo que no te corresponde.

«Wow»

Gabriel sabía que su enfado y nerviosismo estaba muy lejos de ser solamente sobre su padre.

—Si te refieres a que pagué la institución donde está tu padre, no me voy a disculpar.

Ella lo retó con la mirada. Si así se iba a comportar no estaba dispuesta a soportarlo.

—No tenías derecho, Gabriel. Es mi padre y para que te quede claro, tengo el dinero para cuidar de él.

—Y no estoy diciendo lo contrario, solamente quise hacer lo mejor para ti. ¿Por qué no me dijiste que Marshall estaba ahí? Me he sentido terrible todo el día.

—¿Terrible? No tienes por qué sentirte así, es mi padre, no el tuyo.

—Como si lo fuera también, así como te preocupaste y te preocupas por el mío, también lo hago con el tuyo.

Le creía. Sabía que hablaba en serio. Si algo tenía Gabriel es que era demasiado noble con el mundo. Y eso siempre fue un arma de doble filo. Pero la realidad era que ella estaba tomando la excusa de su padre para tomar distancia con él en todo lo que quedaba de camino. La llamada de Abell la había puesto nerviosa. ¿Qué si se daba cuenta que volvería a casarse? O peor aún, que Gabriel se diera cuenta que Abell y ella estuvieron saliendo.

No es que eran muy unidos, de hecho siempre tuvieron rivalidad y diferencias que nunca entendió. Pero eran familia.

—Lo lamento—Las palabras de la boca de Paige salieron—Te agradezco, pero por favor, no lo hagas de nuevo.

Gabriel tomó su mano y ella como si lo quemara, se negó, pero Gabriel como terco que era, la tomó de nuevo.

—Si vamos a estar en casa de mis padres, tienes que ir practicando a que mi presencia y mi tacto no te tome por sorpresa ¿No crees?

«Como si fuera tan experta como tú para fingir que todo está bien»

—Nada de lo que tenga que ver contigo me toma por sorpresa, Gabriel

Wylde.

«*Mentir también funciona*» pensó Gabriel y su mano descansó con la de ella en lo que restaba de camino.

Al llegar a la mansión Wylde, tanto Gabriel como Paige se sorprendieron al ver tantos autos. Pues se trataba de una fiesta de compromiso de Gabriel Wylde y nada de los Wylde era pequeño, siempre les gustaba sacar la casa por la ventana cuando se trataba de celebrar, ya lo sabía Paige y nunca se había acostumbrado a ello.

Gabriel bajó primero del auto y después le tendió la mano a Paige quien la tomó como si fuera un vaso de agua en el desierto.

—Gabriel, esto es demasiado, no puedo hacerlo—Le dijo Paige a punto de llorar. Gabriel le tomó la cara y sin tapujos y sin pedir permiso estrelló sus labios con los de ella. Tomando a Paige por sorpresa—de verdad—quedó inmóvil, mientras Gabriel conseguía entrar su lengua dentro de su boca, y al lograrlo todo nerviosismo de esfumó.

Cuando se separó de ella sin querer hacerlo por nada del mundo, la miró a los ojos.

—Ese beso te dará para pensar por el resto de la noche y te olvidarás de los nervios.

Y funcionaba de maravilla. No había nada mejor que dejar a una mujer pensando en un beso. Olvidabas todo lo demás, buscando una respuesta o significado a un simple beso, pero lo que Gabriel no sabía era que él de simple no tenía nada.

—¿Entramos? —Le tendió su brazo y Paige se enganchó de él sin decir nada. Caminaron hasta el interior y sus padres fueron los primeros en recibirlos.

—Querida—Haydi la abrazó—Estás tan hermosa.

—Gracias, Haydi, ¿Cómo estás?

—Ahora que los veo juntos, feliz que nunca.

Cuando hubo momento de saludar al señor Wylde, él le sonrió y tomó su mano para plantarle un beso suave y casto en agradecimiento. Según Patrick y Haydi, Paige y Gabriel estaban enamorados y su reconciliación no solamente les caía como anillo al dedo, sino que era el deseo de Patrick, aunque en otros términos que Paige desconocía.

—Señor Wylde.

—Nada de «Señor» espero que esta vez ya puedas llamarme por mi nombre, Paige.

Ella solamente pudo sonreír. Mientras Gabriel y su padre intercambiaban

miradas.

—No lo arruines esta vez, Gabriel—Le amenazó.

Gabriel miró a Paige y sin quitar sus ojos de ella, respondió:

—No lo haré, papá.

Se les unieron los hermanos de Gabriel, Drew y Barbie quienes felicitaron a los novios. En cuanto pasaron a la sala principal y siguieron saludando al resto de los invitados, Gabriel llamó la atención para hablar públicamente:

—Gracias a todos por venir—Comenzó a decir—Pero sobre todo, quiero darle las gracias a la mujer más hermosa, inteligente, noble e inigualable de todas...Mi prometida, Paige Rayven.

La sala se llenó de aplausos y sonrisas, y a pesar de que todo aquello estaba planeado, Gabriel y Paige jugaban bien su papel de "fingir" pues se sentían cómodos y felices. Gabriel sacó de su chaqueta una pequeña caja de terciopelo color púrpura y de ella, el anillo más hermoso que Paige había visto nunca con una gigante piedra blanca que deslumbraba. No se le parecía al primer anillo que usó y que aún tenía en su joyero muy en el fondo de un cajón con todos los recuerdos que con él tenía.

Se acercó a ella y tomó su mano.

—¿Aceptas casarte conmigo?

«¿Otra vez?» pensó y casi lo dice en voz alta. Pero había algo que notó en la mirada de Gabriel y es que nada de lo que decía parecía fingido o actuado. Mucho menos ensayado.

—Sí—Respondió.

Gabriel colocó el anillo de medio millón de dólares en su dedo y la besó en los labios, tras besarla, la abrazó y cuando Paige miró sobre su hombro, alguien en particular no estaba nada feliz.

Abell.

8



Abell había sido el último invitado en llegar. No podía creerlo, hasta que lo miró con sus propios ojos. La mujer de la que estaba enamorado se casaba otra vez con su primo y de nuevo, volvía a ser parte de la familia, pero no como él quería.

—Felicidades—Abell dijo al acercarse.

A pesar de que Gabriel no sabía nada de lo que había pasado entre ellos dos, su primo nunca le cayó bien, pues no se tenía que ser un genio para darse cuenta de la forma en cómo siempre miró a Paige. Como hombre Gabriel

—Abell—Pronunció Gabriel—¿Qué te trae por acá?

—Lo mismo que a ti—Respondió—Paige.

—¿Disculpa? —Se acercó a él como si fuera a romperle la cara ahí mismo, hasta que Paige tomó su mano y cortó su contacto visual.

—Gabriel.

—Me refería a que tu celebración con Paige me trajo aquí.

Se creía muy listo, pero Gabriel no era ningún tonto, y al ver a Paige tan nerviosa también dudó de ella por un segundo.

—Paige—Barbie llegó a ella—Quiero ver tu anillo.

Abell desapareció y Gabriel se estaba volviendo loco. Había gato suelto y él lo iba a averiguar. En cuanto a Paige, ella estaba distraída cuando Max se acercó a Gabriel.

—¿Qué ha sido eso? —Preguntó disimuladamente.

—Lo mismo me pregunto yo. ¿Estás seguro que Paige no salió con nadie en estos cuatro años?

Max vaciló. Desde luego que sabía pero no estaba seguro, hasta que miró a Abell esa noche y retó a Gabriel. Pero aun así, decidió mentir, pues no era ni el momento ni el lugar y de todas maneras, sería su esposa, no importa lo que pasara.

—Salió con hombres sin importancia, comida de una noche, nada serio ni de lo que tengas que preocuparte.

Cena, no importaba si era de una noche o no, todo lo que tenía que ver con Paige lo volvía loco.

Paige salía del tocador cuando Abell la estaba esperando fuera de éste. Sin que nadie los viese, Abell tomó a Paige del brazo y la atrajo hacia él. Tenía el corazón roto, no sabía si odiarla o raptarla ahí mismo. Le había mentido, de todas las veces que hablaron sobre Gabriel, ella le dijo que no sentía nada por él y que era parte de su pasado.

— ¿Puedes explicarme qué está pasando?

—No tengo nada que explicarte, Abell. Te fuiste y ni siquiera sé a qué estabas jugando cuando estabas saliendo conmigo, no pretendas que mereces una explicación cuando fuiste tú quien se fue sin dar una.

Le cayó como agua fría. Y más a Gabriel quien estaba escuchando su conversación sin que se percataran de ello. Abell quiso acercarse cuando Paige dio un paso hacia atrás.

—No te acerques a mí—Puso sus manos frente a ella—Estás en la casa de tu primo.

— ¿Te casarás con él? Así nada más, después de lo nuestro. Me voy un día y cuando regreso resulta que vas a casarte de nuevo con él... quien no te valoró desde la primera vez.

—No voy a permitir que hables de Gabriel de esa forma. Solamente a nosotros dos sabemos lo que pasó la primera vez, no voy a permitir ni que tú ni nadie nos juzgue y mucho menos tú a él.

Abell respiraba con dificultad. La mujer de la que estaba enamorado parecía otra.

—Necesito que me lo expliques, Paige. Necesito una explicación ¿Siempre has estado enamorada de él?

No tenía cordura. El momento estaba volviéndose bastante incómodo y difícil de asimilar. Nadie sabía el contrato, el negocio que todo el matrimonio era. Un negocio que le estaba costando caro. Paige no amaba a Abell y aun así, estuvo a punto de romperle el corazón cuando se fue, después de esa noche, aunque él no se hubiese marchado, lo de ellos no podía ser.

—Te fuiste—Pronunció Paige—Y aunque hubiese sido diferente, seguiríamos igual, tú por tu lado y yo por él mío, Abell. Lo de nosotros fue un error. Lamento si te di falsas esperanzas, pero siempre ha sido Gabriel.

No tenía que decir nada más. Pero sí debía hacer algo. Probar sus labios por última vez. En cuanto dio un paso hacia enfrente, Gabriel salió de su escondite.

—No te atrevas a tocarla, Abell.

Cerró sus puños y se dio la vuelta para encararle. ¿Él estaba dándole una orden? Era un militar respetado, un capitán que daba órdenes, no al revés.

—¿Te atreves a darme órdenes?

—Estás en mi casa, a punto de tocar a mi mujer.

—No es tu mujer. —Atacó.

—Lo fue y lo será. —Miró a Paige y luego lo miró a él—Siempre supe que sentías algo por ella, pero no me imaginé que tuvieras los huevos de hacer algo. Vete ahora mismo, sino quieres que te mate aquí mismo.

Abell miró por última vez a Paige y sin bajar la mirada, se acercó a Gabriel para decirle algo por última vez.

—Si vuelves a dejarla—Lo amenazó él esta vez—Seré yo quien te mate... primo.

Abell se perdió por el pasillo. Paige estaba helada, Gabriel estaba furioso, tenía ganas de mandar todo a la mierda. Romper el compromiso, su pacto y olvidarse de ella de una jodida vez.

—Gabriel puedo explicarlo...

—¿Te acostaste con él? —La voz le temblaba. Paige quería llorar, echarse a correr, pero no iba a hacer ni una ni la otra, más que ser honesta con él como hasta ese día lo había sido.—Tu silencio lo dice todo...

—Gabriel...

—Te casarás conmigo mañana—Soltó sin más—Seré yo quien dé las condiciones de ahora en adelante, Paige.

Se quedó sola en el pasillo. Se unió a ella Haydi, y Paige tuvo que, por primera vez esa noche, fingir y pensar en el beso que Gabriel le había dado, sabía que, pasaría mucho tiempo para que él volviese a besarla de la misma manera.

La forma de verla lo dijo todo. Estaba con el corazón roto. Aunque no había sido un engaño, podía entenderlo y también Gabriel en el fondo de su rencor y furia podía entender por qué Abell se había fijado en ella.

Era perfecta. Pero no cambiaba el hecho de que era su familia y que él haya tenido el valor de ir por ella mientras él ya no estaba. ¿Qué podía hacer? Descargar su enfado más con el primo que nunca le cayó bien y ser frío con ella. Terminar con el jodido contrato de una vez, pero ahora, no podía dejarla ir.

—He visto a Abell irse hecho una furia—Se encontró con Sam—¿Ha pasado algo?

—Me alegro que estés aquí, Sam. Lo he jodido todo, Gabriel se ha enterado de todo, hoy, precisamente hoy en el día de nuestro compromiso.

—Mierda.

Paige buscó con la mirada a Gabriel, no lo encontró por ningún lado. Temía que hubiese ido detrás de Abell, pero a los pocos minutos lo miró hablando con Max. Cayó en una conclusión, primero fue su padre y después Abell, no podía haberse enterado de otra manera más que la obvia, él la había investigado.

Una mujer hizo una entrada triunfal en el lobby de la mansión Wylde, cuando Paige se volteó y miró que era Isabella Fears, sintió que la sangre empezaba a hervir dentro de sus venas.

—¿Qué hace esa mujer aquí?

Buscó a Gabriel con la mirada y no lo encontró por ningún lado. Cuando Bella se perdió dentro de la multitud y subió escalera arriba. Paige se puso en marcha y la siguió. Al subir las escaleras, y buscar a Gabriel ahí, no se imaginó que, Bella estuviese ya con él a punto de besarlo, aunque a diferencia de ella, Bella se apresuró cuando escuchó que la seguía.

Gabriel se apartó asustado y cuando lo hizo, era demasiado tarde, Paige lo había visto todo.

—¡Paige!

Ella corrió escalera abajo, los invitados no se dieron cuenta, ni su amigo tampoco, quien estaba bastante entretenido con Haydi. Gabriel salió detrás de Paige y la tomó del brazo antes de que huyera.

—¿De eso se va a tratar todo esto? —Preguntó Paige con el corazón en la mano—Escenas patéticas como estas de reproche. Al menos yo tuve la decencia de poner a Abell en su lugar, en cambio tú...

—No sabía que ella vendría, lo puedo jurar.

—No tienes que darme explicaciones, Gabriel. Esto es una farsa, puedes estar con la mujer que quieras, pero a mí, nunca me tendrás más que escrita en un papel.

—Paige...

—Te veo mañana, Gabriel. Al menos no serás el único que tenga su despedida de soltero.

Cinco horas después, Paige disfrutaba de la compañía de su padre. Se había instalado en su habitación, podían recibir visitas y cuando Marshall recibió la de su hija, no cabía de la emoción.

—No me dijiste que te casabas mañana. ¿Por qué no estás en tu despedida? Ahora la juventud hace cosas extrañas.

—Sí, como estar con su padre, viendo una película y disfrutando de unas palomitas con extra mantequilla. De verdad, papá. Estoy bien. No quería estar en otro lugar más que aquí contigo. Mañana temprano no sé qué me espera con tanta preparación, supongo que Gabriel se encargará.

Su padre no era ningún tonto. No se veía enamorada, más bien desesperada, aunque no sabía por qué. Pensó que serían ideas suyas, que estaba nerviosa por la boda o algo similar. No quiso hacer ninguna pregunta. Mañana sería el gran día para ella y esperaba que todo saliera bien.

Por otro lado, Gabriel terminaba su botella de whisky, Max estaba con él y no estaban solos, disfrutaban de dos mujeres que bailaban sensualmente en su regazo.

—¿Estás bien?

—Mejor que nunca, Max.

—La cagaste, claro que no estás bien. —Atacó a su amigo por el incidente con Bella.

Después de que Bella se diera cuenta a última hora en todos los medios que Gabriel iba a casarse, aunque no sabía con quién, no dudó en ir tras él y verlo con sus propios ojos. Estaba furiosa, una leona a punto de cazar su presa, ya encontraría la forma de vengarse de Gabriel y conocer en persona a su futura esposa.

—*Me las pagarás, Gabriel*—Fueron sus últimas palabras.

Él no le tenía miedo, pero sabía de lo que era capaz y no quería que por ningún instante se acercara a Paige y le hiciera daño.

—¿Tú lo sabías?

—¿De qué hablas? —Ignoró Max.

—Sabías que Paige y Abell estuvieron juntos.

—Amigo, ellos estuvieron juntos menos de lo que te puedas imaginar. Abell y su mierda militar lo alejan de todo el mundo.

Gabriel se rió incrédulo.

—Se acostaron, ella me lo dijo.

—¿Y qué? Tú has estado con muchas mujeres, sin contar que una de ellas te besó esta noche y tu prometida los vio, dale un respiro.

—Es mi jodido primo.

—Entonces no te cases. Si no puedes soportarlo, no te cases.

—Mi plan es que Paige se enamore de mí otra vez, no voy a desistir. Así

tenga que ser un hijo de puta con ella de nuevo, no me importa.

Max negó con la cabeza, quien se enamoraría primero sería él y su plan descabellado. Había empezado todo mintiendo, nada bueno podía resultar de eso.

9



Muchas horas después de decir «Acepto» Paige y Gabriel abandonaban su jet privado. Paige estaba cansada y solo quería dormir. La luna de miel era en Grecia y estaba muy estresada como para disfrutar de las vistas. Todo había sido hermoso y casi perfecto si no hubiese fingido más de la cuenta.

Se habían casado en la mansión Wylde, su madre había hecho un gran trabajo preparando todo en menos de veinticuatro horas. Lo que el tiempo no podía hacer, el dinero sí. Y ellos tenían mucho para preparar una boda a último momento. Todo por capricho de Gabriel.

—¿Estás muy cansada? —Preguntó Gabriel, quien dejó caer las maletas en el auto del aeropuerto. Parker su chofer y guardaespaldas esperaba por ellos en el estacionamiento.

—En realidad sí, apenas y dormí.

Gabriel bufó.

—¿Noche muy loca de despedida de soltera?

—En realidad es incómodo dormir unas pocas horas en un asilo de ancianos, pero sí, la noche estuvo muy loca con las películas con mi padre.

Eso lo descojonó.

—¿Pasaste tu despedida de soltera sola con tu padre?

—Sip—Hizo sonar la "p" como si no tuviera importancia su pregunta—Me imagino que la tuya fue diferente, se te ve bien.

Se sentía mal. Él la había arrojado a que pasara sola, con su padre, en un lugar lleno de ancianos, si hubiese sabido los hubiese sacado de ahí mismo y pasar los tres en su apartamento charlando toda la noche. Pero la realidad era que él durmió en los pechos de una bailarina, la cual ni recordaba su nombre.

—Parker, bienvenido al trabajo. Recuérdame no darte más vacaciones.

Era su mano derecha, su chofer y su guardaespaldas, sin él y sin Joan era un desastre. Parker era un hombre en sus cincuenta, bastante fuerte y serio. El calvo grandullón miró sobre sus gafas a la mujer que Gabriel tenía al lado.

—Mi mujer, Paige—Los presentó—Paige, él es Parker, mi mano derecha, chofer y guardaespaldas, siéntete segura si estás con él, cualquier cosa que

necesites y yo no estoy, te entiendes con Parker.

—Señora Wylde—Le hizo reverencia—Un placer conocerla.

—Lo mismo digo, Parker, dime Paige. Lo de señora todavía no me acostumbro, a pesar de que ya me han llamado así en el pasado.

El sarcasmo de Paige era nuevo para ambos hombres. Parker estaba al tanto de quién era ella y qué significaba para Gabriel. No sabía los detalles, pero lo que sí sabía era que Gabriel no había vuelto a ser el mismo desde que se divorció y ahora que la misma mujer estaba presente, se le veía un brillo en los ojos y algo más.

Entraron al auto y un puñado de fotografías captó el momento. Paige se quejó y Gabriel podía entenderla.

—Max me ha dado unos papeles para que los firmes—Le dijo—Pero podemos verlos después de que descanses.

—Los veremos ahora.

Más papeles, y más contratos y acuerdos.

—De acuerdo.

Gabriel sacó de su portafolio un folder negro. Mordió su labio inferior y se tardó más de la cuenta para dárselos a Paige. Cuando ella miró, se dio cuenta que era el acuerdo y contrato de confidencialidad que tanto temía leer.

Contrato de confidencialidad y acuerdo Matrimonial

A LAS 20:00 HRS.

LONDRES.

YO, PAIGE ELIZABETH RAYVEN. FIRMO ESTE ACUERDO DE MATRIMONIO. EN EL QUE PACTO CON GABRIEL WYLDE LO SIGUIENTE:

CONDUCTA

- A. LA ESPOSA NO DEBE HABLAR/DISCUTIR/COMENTAR/ESCRIBIR SOBRE ESTE CONTRATO DE CONFIDENCIALIDAD SIN SU ABOGADO PRESENTE.**
- B. LA ESPOSA DEBE DORMIR EN LA MISMA CAMA Y HABITACIÓN QUE SU ESPOSO SIN IMPORTAR DIFERENCIAS.**
- C. LA ESPOSA DEBE RESPETAR Y SER FIEL MIENTRAS ESTE CONTRATO SEA VIGENTE.**
- D. LA ESPOSA NO DEBERÁ MANTENER CONTACTO CON NINGÚN EX BAJO NINGÚN MEDIO O CIRCUNSTANCIA.**
- E. LA ESPOSA ASISTIRÁ A TODOS LOS EVENTOS DE SU ESPOSO YA SEA DE PLACER O NEGOCIOS.**
- F. LA ESPOSA NO SERÁ OBLIGADA A TENER RELACIONES SEXUALES SIN CONSENTIMIENTO PROPIO AUNQUE SU ESPOSO LO SOLICITE.**
- G. LA ESPOSA GUARDARÁ CUALQUIER TIPO DE SECRETO QUE SU ESPOSO LE CONFIERE.**
- H. LA ESPOSA NO DISCUTIRÁ EN PÚBLICO CON SU ESPOSO.**
- I. LA ESPOSA NO PASARÁ NINGUNA NOCHE FUERA DE CASA SIN CONSENTIMIENTO DE SU ESPOSO.**
- J. LA ESPOSA PUEDE SOLICITAR LOS SERVICIOS DE UN TERAPEUTA DE PAREJA SI LO NECESITE.**
- K. LA ESPOSA DEBERÁ TRATAR CON EL MISMO RESPETO QUE SU ESPOSO SE REFIERA A ELLA DENTRO Y FUERA DEL HOGAR.**

ATUENDO

- A. LA ESPOSA VESTIRÁ DENTRO Y FUERA DE LA CASA CONFORME A SU CONFORMIDAD.**
- B. LA ESPOSA DEBERÁ USAR SIN EXCEPCIÓN LO QUE SU ESPOSO LE REGALE: JOYAS, VESTIDOS, ZAPATOS, ETC.**
- C. LA ESPOSA PODRÁ REGALARLE A SU ESPOSO CUALQUIER ATUENDO U OBJETO QUE**

ELLA QUISIERE.

DOMINIO

- A. LA ESPOSA ESTÁ OBLIGADA A GASTAR/USAR LA O LAS TARJETAS DE CRÉDITO QUE SU ESPOSO DEMANDE.**
- B. LA ESPOSA NO PEDIRÁ PERMISO/AUTORIZACIÓN A SU ESPOSO PARA HACER CUALQUIER TIPO DE REMODELACIÓN EN EL HOGAR.**
- C. LA ESPOSA PODRÁ COMPRAR TODO LO QUE NECESITE.**
- D. LA ESPOSA TENDRÁ ACCESO A TODAS LAS CUENTAS BANCARIAS Y BIENES DE SU ESPOSO.**

ESTE CONTRATO ES VIGENTE DURANTE UN AÑO ACORDADO DE BUENA FE ENTRE LAS DOS PARTES.

EL CONTRATO QUEDA ANULADO POR CUALQUIER FALTA DE CARÁCTER PENAL: ASESINATO, ROBO, HURTO, LESIONES, ETC.

Terminó de leer todo aquello, era ridículo y debía decirlo en voz alta.

—Es una estupidez, a excepción de que no tengo que acostarme contigo. Todo lo demás me parece absurdo, no quiero tu dinero y mucho menos acceso a tus cuentas bancarias, no lo hice en el pasado y no lo haré ahora, Gabriel.

Él se reía de aquello, pues le tocó firmar el mismo.

—Tengo los mismos términos que tú, no puedes acostarte conmigo sin mi consentimiento.

A pesar de su burla, ella sonrió para sus adentros. Gabriel quería matar a Max, él lo había hecho a propósito, todo era en beneficio de ella, más que él.

Paige tomó el bolígrafo y lo firmó. Pues Gabriel no tenía nada de qué preocuparse después de todo.

Le arrojó los papeles de mala gana, le importaba poco la cláusula de comportamiento y en cómo debía de tratarlo. Gabriel para ella era un hijo de puta mimado, y ella desde luego no estaba para soportarlo.

—Estaremos casados un año ¿No tienes algo que decir al respecto?

—Estuvimos casados dos ¿Qué tan malo puede ser un año? —Dijo con sarcasmo—Ah, y lo de asesinarte o robarte, no te preocupes, no estoy tan loca como crees.

—Lo ha hecho, Max. No lo tomes personal.

«*Supongo que es tarde para lamentarme.*» Pensó en decirle a Gabriel, pero se quedó callada.

Se instalaron en uno de los mejores hoteles de Grecia. Las maletas ya estaban en su habitación en medio del mar, se sintieron cómodos con el nuevo clima y tenían ganas de arrancarse las ropas porque hacía un calor alucinante.

—Esto es increíble—Dijo Paige al ver aquella vista—Es hermoso.

—Siempre quisiste venir a Grecia ¿Verdad?

—Sí, es hermoso, gracias Gabriel.

Le gustaba su cambio de humor, no quería pasar una luna de miel con una actitud negativa con ella, después de todo, tenía que soportarse mínimo, un año. Uno de los dos tenía que dar el brazo a torcer, así que lo llevarían un día a la vez, aunque no sería nada fácil. Ambos se conocían y si uno no terminaba huyendo, el otro terminaba con el corazón hecho pedazos.

Gabriel prefería que esta vez fuese él el que terminara con el corazón roto, debido a que, Paige era una mujer increíble, solamente que ella no lo sabía.

El restaurante preparó algo especial para ellos, sin nadie más que el

personal de servicio a su alrededor. Paige apareció con un vestido largo de algodón floreado y su cabello estaba suelto dejándose ir por el viento de Grecia de esa tarde. El sol estaba por ponerse en el horizonte mientras ellos disfrutaban de las vistas. Paige mordió su labio inferior al ver a Gabriel, vestido casualmente, con un pantalón blanco y una camisa blanca a juego, su cabello rebelde se movía como el de ella, y ya estaba poniéndose rojo debido al sol, lo que hacía resaltar sus grandes ojos azules.

—Espectacular—Dijo él.

—Sí, el lugar es espectacular—Paige tomó un sorbo de su copa de agua.

—Me refería a ti—sonrió Gabriel.

Ella solamente asintió. No sabía si en el contrato decía que tenía que dar las gracias por cada alago que Gabriel le daba o si debía hacer lo mismo ella. Si lo dijese o no, no iba a hacerlo. Que la demandara si era posible, iba a respetarlo como siempre lo había hecho, nada más. Se podía meter su acuerdo y contrato por donde más le cabía a él y a Max, solamente que no podía decírselo a los cuatro vientos.

Al terminar de comer, Paige tomó su móvil y se retiró de la mesa sin el permiso de Gabriel.

—Hola, papá.

—Hola, cariño ¿Han llegado bien?

—Sí, papá. Hemos terminado de comer, el lugar es espectacular ¿Cómo estás tú?

—Las enfermeras me están volviendo loco. Dicen que no son horas de hacer llamada, les he dicho que estás al otro lado del charco, pero no entienden.

—Papá, no te metas en problemas. Te llamaré yo para que no tengas problemas.

—*Señor Rayven, es hora de ir a dormir.* —Escuchó en el fondo.

—Ya voy, bruja.

—¡Papá! —Lo reprendió. —No seas grosero, ve a la cama, te llamaré.

—De acuerdo, cariño.

—Te quiero.

Paige colgó la llamada con una sonrisa incrédula en su rostro, su padre era todo un personaje, lo echaba de menos y más ahora que se encontraba lejos de él. Nunca se habían distanciado tanto por mucho tiempo. Se preguntaba cuánto duraría la luna de miel, esperaba que no mucho, por muy bello que era el lugar, debía regresar a Londres y trabajar. Solamente porque era la señora Wylde de nuevo, no quería decir que ISH no era importante para ella, al contrario.

Agradecía a Sam que se encargaría de todo mientras ella no estuviera, pero aun así, ella no era una mujer de hogar y mucho menos ama de casa.

—¿Está todo bien? —Preguntó Gabriel, trayendo con él dos copas de champán y le ofreció una.

—Sí, mi padre se metió en problemas por llamarme, ya sabes como es.

Sonrió porque sabía que Marshall era un hombre de su ley. También lo echaba de menos. Cuando lo miró en la boda lo abrazó y lloró en su pecho pidiéndole que cuidara de su hija, fue la escena más dulce de la noche y por nada del mundo haría todo lo contrario.

—¿Quieres hablar? —Dijo Paige.

—¿De qué quieres hablar?

—No lo sé, pensé que sería bueno que habláramos, si tienes algo que decir, preguntas por hacer no lo sé.

Gabriel tenía millones de preguntas, pero no sabía si ella estaba dispuesta a responderlas al pie de la letra. Para empezar, necesitaba preguntarle cómo había sido la idea de tener su propia empresa matrimonial, a lo que Paige le contó toda la historia. Siempre había querido algo así, no es tan diferente a lo que Sam le había dicho aquella vez en la oficina. Aunque fuese inusual, era increíble que lo había logrado.

—No fue fácil—Dijo Paige—El banco no quería darme un préstamo para remodelar el edificio, así que terminé por comprarlo, lo hipotequé y lo remodelé. Los primeros clientes fueron de mucha ayuda para pagar una parte de la hipoteca y hasta el año pasado pude liquidar todo. Pensé que nunca lo lograría.

—¿Por qué no me pediste ayuda? —Le reclamó.

—¿Dinero? Gabriel nunca me ha interesado tu dinero, ni siquiera hace cuatro años, ni cuando éramos novios recién salidos de la universidad, al menos tú ya trabajabas, siempre me gustó que lucharas por lo que querías, pero yo tenía otros sueños, siempre quise lograr las cosas por mí misma.

Y eso lo enamoraba más que nunca. Pero estuvo sola durante mucho tiempo, no podía imaginarse lo difícil que pudo haber sido.

—Quisiera saber, Paige sin peleas...

—¿Sobre Abell? —Terminó por él y Gabriel asintió.

Ella miró hacia el mar que era iluminado ya por las estrellas. No se dieron cuenta cuando ya era de noche ¿Cuánto tiempo llevaban ahí fuera hablando? ¡Y sin pelear! Tiempo record, pero estaban tocando temas prohibidos. De todas maneras, ella decidió contarle, no era una gran historia y debía dejar el tema zanjado de una vez por todas.

—Iba a ser mi primer cliente en ISH. Se sorprendió verme ahí. No quiso ser mi cliente, en cambio me pidió una cita. Por supuesto me negué. Desapareció entonces y coincidimos un día en un café. Fue agradable conversar con él. Esa noche se iba a una misión y me pidió una cita.

—Pensaste que era la última vez que lo verías—No había sido una pregunta. Por supuesto no iba a negarse.

—Iba a ver sangre, disparos, guerras, muerte en unas horas. Me estaba pidiendo una cita, una cena. Pensé que le hacía un favor. Así que acepté, comimos y se fue. Cinco meses después regresó y salimos de nuevo. —Hizo una breve pausa al ver que Gabriel tragaba en seco—Una noche fuimos a mi casa. Y al siguiente día había nota a mi lado en vez de él.

—¿Te enamoraste? —Temía que hiciera la pregunta.

—No Gabriel, no me enamoré de él. Pero no voy a mentirte. Creo que hubiera pasado si él no hubiese desaparecido después de esa noche. Lo volví a ver el día de nuestro compromiso. Casi tres años después.

—Escuché que la pasó mal en Afganistán, parece que no los dejaban regresar. Mi tío tuvo un colapso debido a eso.

—Me lo puedo imaginar. Pero eso no cambia las cosas. En tres años pudo haberse comunicado conmigo, y no lo hizo.

—¿Lo hubieras esperado?

—No lo sé, nunca espero a alguien en realidad. Ni siquiera te esperé a ti y aquí estamos en nuestra luna de miel.

10



Una semana después de visitas turísticas por todas las islas griegas, era momento de regresar a Londres. Gabriel y Paige se llevaban bien, al menos hasta el momento. Una semana era poco para decir si no se iban arrancar los pelos una vez Londres tocara la realidad. Habían optado por dormir en habitaciones separadas en Grecia, pues Paige lo convenció de que haría todo lo que el contrato decía, una vez vivieran como marido y mujer en su casa. Estaban de vacaciones, quería asimilar todo y Gabriel lo entendió.

Todas las noches se despedían estrechando su mano y se dirigían a su habitación. Para Gabriel era difícil conciliar el sueño, tenían a unos cuantos centímetros a su esposa. Se la imaginaban en su sexy pijama, mordiendo su labio inferior y eso lo volvía loco. Desde ahí podía sentir el perfume que Paige aplicaba en su cuerpo antes de meterse a la cama y con el simple hecho de querer verla hasta el siguiente día era lo único que lo hacía dormir.

En el aeropuerto de Londres varios fotógrafos lo recibieron. Paige agradeció tener a Gabriel a su lado para no caerse y ser la noticia a primera plana. En cuanto llegaron al auto, ya Parker estaba esperando por ello.

—Me duele la cabeza—Se quejó Paige—Creo que me enfermaré.

Gabriel colocó su mano en su sien y en efecto tenía algo de temperatura.

—Llamaré a mi doctor ahora mismo.

—No es necesario, con unas cuantas aspirinas y Gabriel a mi lado podré.

—¿La gata Gabriel? ¿En verdad se llama así? —A pesar de que estaba sorprendido no se sintió ofendido.

—Sam lo mandó a tu casa, espero que lo traten bien.

—Ahora también es tu casa—la corrigió Gabriel—De cualquier manera, llamaré al doctor, no vaya a ser que te contaminaste con la comida de Grecia.

—No hables de comida que no puedo soportarlo—Hizo mojito y se acurrucó a su lado. A Gabriel lo tomó por sorpresa, pues era la primera vez que se mostraba cariñosa. O era la fiebre, qué sabía él. La acostó sobre su pecho y llamó a su médico de cabecera. Paige se veía un poco débil, pero hermosa. Y ya quería llegar a casa para meterla a la cama.

Joan los recibió con una gran sonrisa y un fuerte abrazo a los dos.

—Paige, ella es Joan, mi ama de llaves y como una segunda madre.

—Señora Wylde, es un placer conocerla al fin.

—Por favor, dime Paige—Le dio dos besos en la mejilla.

—Joan, Paige no se siente bien, he llamado a Jeff ¿La habitación está lista? Paige tras escucharlo, brincó.

—Gabriel, no quiero dormir en tu habitación, puede ser contagioso.

—De eso, nada. —Le ayudó a entrar a la casa.

Cuando Paige miró lo que tenía frente a ella, casi le da algo. Flores blancas, rosas blancas por todo el lobby de la casa. Aquello era simplemente hermoso y sabía que Gabriel lo había preparado para ella. Pues siempre le gustó tener flores frescas dentro de la casa, decía que la vida no solamente tenía que estar en los seres vivos, sino también en las cosas y todo a su alrededor.

Pudo divisar que Gabriel aún conservaba aquel reloj que había sido regalo suyo cuando pasaba por la sala principal y se dirigía escalera arriba. No le dio tiempo de ver más, pero ya lo tendría.

—Descansa, Jeff llegará en cualquier momento.

—De acuerdo, pero que sepas que estás exagerando, Gabriel.

—Eres mi esposa, nada de lo que te pase es exagerar.

Le dio un beso en su sien y salió de la habitación. Para cuando llegó al piso de abajo, Jeff entraba por la puerta principal.

—Gabriel.

Le dio la mano y un toque en su espalda. Eran buenos amigos y había asistido a la boda de Gabriel.

—Es Paige, creo que el viaje le ha sentado mal.

—O casarse contigo —Bromeó.

Quería creer que no se trataba nada de eso. No llevaba ni veinticuatro horas en la ciudad como su esposa y ya estaba ardiendo en fiebre y muy enferma. Quería creer que se trataba de una gripa y que no era el efecto de señora Wylde otra vez.

El doctor Jeff llegó a la habitación de Paige y empezó a examinarla como también estudiar sus síntomas. Como lo sospechó, no era nada grave.

—El cambio de clima te ha afectado un poco, te sentirás mejor una descansas y comas bien. Si estás haciendo algún tipo de dieta o ejercicio es mejor que lo dejes por una semana hasta que tu cuerpo recupere la fuerza necesaria. Te daré medicamentos para eso.

—Gracias doctor.

—Dime Jeff, llevo años conociéndote.

Paige le sonrió a él y a Gabriel. Conocía a Jeff desde años y sabía que Gabriel confiaba en él. Ver su rostro la llevó al pasado, al recordar que fue él quien le dio la amarga noticia de que había perdido a su bebé.

—Mi trabajo aquí está hecho—Dijo Jeff al despedirse—Cuídala bien y mantenla hidratada. Si la fiebre no se va en doce horas, llámame.

—De acuerdo, gracias Jeff.

Joan acompañó a Jeff a la puerta. Mientras Gabriel seguía en la habitación.

—Le traeré algo de sopa—Dijo Joan cuando regresó. La imagen de Gabriel fue de viva preocupación. Tenía cuatro años de trabajar para él y nunca lo había visto en una escena de esas.

Al llegar la media noche Paige estaba como nueva y leía un libro antes de dormir. Gabriel al terminar los pendientes en su despacho subió a su habitación para ver a Paige y la encontró con su pijama de seda color crema, boca abajo leyendo un libro.

Su miembro brincó en agradecimiento y cerró la puerta detrás de él.

—¡Gabriel!

Paige asustada, saltó en su cama y se cubrió con la sábana debajo de ella.

—Lo siento, debí tocar.

—¿Qué haces aquí?

Él no entendía o ella no entendía qué estaba pasando.

—Entrando a mi habitación—Le dijo él como si se tratase de algún experimento.

—Pensé que era mi habitación.

Gabriel seguía sin entender. Hasta que cayó en la lógica conclusión y recordó lo que ella le pidió antes de casarse.

—¿Estás hablando en serio? Estamos casados, es *nuestra* habitación.

—No, te dije... Mierda, el contrato.

Gabriel sonrió como si hubiese ganado la lotería. Empezó a desnudarse frente a ella camino a la ducha y fue un espectáculo para Paige. Sintió que la temperatura volvía a su cuerpo, pero solo se trataba de nerviosismo y mucha ansiedad. Gabriel ahora se ejercitaba más. Tenía su cuerpo dolorosa y perfectamente marcado. Y la V en su cintura la hizo gemir para sus adentros.

—Tierra llamando a Paige.

Se lanzó a su almohada y cubrió su rostro con la misma sábana. Se sentía

avergonzada. La había sorprendido viéndolo de arriba abajo con gran deleite. Cuando escuchó el agua en la ducha pudo respirar. Gabriel no tardaría en regresar a la cama. Para dormir con ella ¡Juntos!

Improvisó una pared con unas cuantas almohadas en medio de la King donde iban a dormir. Sacó una sábana extra del armario cerca del baño y se metió de nuevo a la cama. Para cuando Gabriel salió de la ducha ella fingía dormir.

Gabriel dio un paso fuera de la puerta del baño y lo que tenía frente a él le causó gracia. No dijo nada. ¿Qué tanto aguantaría su muro criminal? Recordaba lo loca que era al dormir y lo que él hacía con su cabello mientras dormía.

Se metió a la cama sin hacer ruido. Poco a poco encontró la cabeza de Paige en las sábanas y tocó su frente para asegurarse de que la fiebre se había ido. La tocó más de lo normal hasta que sintió que Paige temblaba ante su tacto.

—Descansa, Paige.

No escuchó respuesta de ella y se envolvió en la sábana que Paige había dejado para él. No tardó mucho tiempo en quedarse dormido. Pues aunque un muro de almohadas lo separaba de ella, bastaba para volver a dormir en paz, algo que hacía cuatro años no recordaba.

En la mañana Paige abrió sus ojos y encontró el brazo de Gabriel sobre su abdomen, y los dedos de él enredados sobre su cabello. Salió de la cama como pudo y se metió a la ducha. Para cuando salió Gabriel estaba sentado sobre la orilla de la cama, quejándose del dolor de cabeza esa mañana.

—¿Te sientes bien? —Preguntó preocupada.

—Buenos días—Dijo él.

—Buenos días, Gabriel. ¿Te sientes bien?

—Sí, de vez en cuando tengo dolores de cabeza así, ya se me pasará.

Gabriel nunca había sufrido de dolores de cabeza antes y eso le preocupó.

—Le pediré a Joan que te traiga algo.

—No es necesario. Tengo mi medicación aquí—Se levantó y fue a una de las cómodas del baño, sacó un frasco grande de pastillas y se metió dos a la boca.

—¿Por qué tienes tantas pastillas ahí?

Gabriel se quedó sin decir nada. Bajó su mirada, y al mismo tiempo llegó a grandes pasos hacia ella que se encontraba en el marco de la puerta del baño. Paige asustada, sin poder hacer nada, no protestó. Gabriel respiraba con gran dificultad en su boca, en su cuello y permanecía con los ojos cerrados como si le

doliera verla.

—¿Quién te crees que eres para dormir así en mi cama y crear una ridícula barrera entre tú y yo?

Abrió la boca para decir algo, pero las palabras no llegaban.

—Gabriel, yo...

—¿Crees que esto es un juego? Un matrimonio arreglado de veinte millones. ¿Tienes idea de lo difícil que será para mí dormir a tu lado sin poder tocarte como lo hacía antes?

—Gabriel, ya hemos hablado de eso. Es un contrato, un acuerdo entre tú y yo...

—¡A la mierda! —Golpeó el marco de madera por encima de la cabeza de Paige, a pesar de que eso no la asustó, podía entender su enfado.

—Por favor—Paige tocó su cabeza con ambas manos—Te dolerá más la cabeza, intenta descansar.

«No quiero descansar, eres tan malditamente perfecta.»

En ese momento Paige se dio cuenta que había cometido un error. Casarse con él bajo sus términos. Se habían besado antes. En la noche de su compromiso y cuando se casaron. Pero cuando Gabriel pegó sus labios a los de ella sin esperarlo, supo que estaba hablando en serio. No había nadie a su alrededor, no tenía que fingir. La estaba besando porque quería besarla, porque era su mujer.

—Será cuestión de tiempo para que ya no tengas que fingir.

Se metió a la ducha y la dejó ahí, sin decir nada, sin protestar y con ese beso en sus labios.

Gabriel Wylde se estaba metiendo en sus entrañas, en su cabeza pero iba a permitir que se metiera en su corazón. No otra vez. Tenía que esperar un año, solamente un año y recuperaría su vida, así como él.

Esa tarde Paige decidió hacer uso de las tarjetas de crédito que encontró en su bolso. Varias membresías de los mejores club a los que Gabriel asistía y era socio con su padre. Nada de eso le importaba, pero tuvo una gran idea.

—¿Me puedes decir qué hacemos viendo camas?—Le preguntó Sam. Ambos estaban en una tienda de muebles para el hogar. Una de las cláusulas decía que podía comprar lo que quisiese. Así que, se estaba comportado como una verdadera esposa, tal y como Gabriel lo quería.

—Después nos iremos al gimnasio y a comer.

Sam divertido de ver a su amiga, no protestó.

—Veo que el casamiento te ha sentado bien.

—Ni que lo digas, necesito estar ocupada todo el día, necesito todas las excusas posibles para no pasar tiempo con Gabriel. Me está volviendo loca.

—¿Loca o confundida?

—Loca e histérica.

Después de pasar por toda la tienda y hacer unas cuantas compras. Paige y Sam se fueron al gimnasio. Paige se encontraba activa, pero su mente estaba un poco dormida en los besos y la caricias que Gabriel le daba esa madrugada mientras dormía.

—Ten cuidado con esa bolsa de boxeo, si tuviera la cara de Gabriel te entendería, pero no la tiene.

Paige daba golpes secos. Los ruidos que hacía mientras golpeaba la bolsa, hacía eco en el salón.

—Necesito esto.

—Lo sé, hace mucho tiempo no te veía así. Siempre que venimos estás relajada, ahora parece que quieres matar a alguien. ¿Quieres decirme qué sucede?

Entre más golpes daba, más se daba cuenta que lo que necesitaba no era darle golpes al saco de boxeo, sino hablar.

—Gabriel, es lo que pasa. Se comporta como el macho alfa perfecto. Me manda mensajes extraños cada vez que abre su boca... Y hoy me besó cuando se metió a la ducha y cuando se fue a trabajar.

Sus golpes eran más fuertes. Tanto que estaba a punto de hacerse daño sin darse cuenta.

—Paige, vas a lastimarte.

—No, él quiere lastimarme. De nuevo.

Más golpes, una y otra vez, arriba y abajo hasta que se escuchó un chasquido en su muñeca y Paige gritó de dolor.

—¡Mierda!

Sam corrió hacia ella y la tomó con cuidado del brazo.

—Te dije que te lastimarías.

Lo miró con lágrimas en sus ojos, no estaba segura qué dolía más. Si el nuevo Gabriel o el daño en su muñeca.

—Tienes que calmarte y vivir un día a la vez. Será un año. Primero días, semanas y meses hasta que el primer año pase y serás libre otra vez. No puede ser difícil, ya fue parte de tu vida.

Paige se secó las lágrimas. Sam tenía razón, pero se equivocaba en una cosa.

—Ése es el problema, Sam. Que él ya fue parte de mi vida y me costó mucho arrancarlo de ella la primera vez.

—¿Tan malo es ahora?

—No. Por mucho que me cueste aceptarlo. No lo es, es diferente. No conozco a este nuevo Gabriel.

Sam la abrazó y besó su frente. Le ayudó a levantarse del suelo.

—Vamos, tenemos que llevarte al hospital.

—No puedo creer que sea una recién casada con tanta ira que casi acabo con mi muñeca.

—Pensemos mejor que la ira se debe a que necesitas sexo, mucho sexo.

—¡Oye!—Le dió un codazo.

—El sexo te lo puedes dar tú misma, estoy. Seguro que aún tienes los juguetes que te regalé.

Mientras Paige estaba en la sala de emergencias esperando a que la enfermera terminara de examinar su brazo, se dió cuenta que tenía varias llamadas perdidas de Gabriel.

Gabriel en su oficina, se estaba volviendo loco. Era inaceptable que su esposa no respondiera sus llamadas. Quería disculparse e invitarla a almorzar para recompensar su comportamiento de ese día en la mañana.

Cómo no obtuvo respuesta, había alguien que seguro sabía dónde se encontraba su mujer y que no se atrevería a no responderle.

—Es Gabriel—Dijo Sam al tomar su móvil y ver la pantalla.

—No le respondas.

—Si no le respondo, el maldito me cortará huevos.

—O te los corto yo primero—Lo amenazó.

Sam puso sus ojos en blanco y respondió.

—Gabriel.

—¿Dónde está?

Directo y al grano.

Sam maldijo para sus adentros. El hombre se volvería loco cuando se enterase dónde estaban.

—Eh, Gabriel. Estamos en la oficina.

Estaba nervioso y no sonaba convincente. Lo intentó una vez.

—¿Dónde está mi esposa, Sam?

Tras escucharlo resoplar, optó por decirle la verdad, aunque Paige cumpliera con su amenaza.

—Bien. Pero primero debes calmarte, ha ocurrido algo mientras estábamos en el gimnasio...

—¿Qué sucede? ¿Paige está bien? ¿Dónde están?

—Estamos en el hospital, Paige ha tenido un accidente mientras estaba en la bolsa de boxeo...

—¿¡Qué!?!—Gabriel se puso de pie y dejó a un lado lo que hacía. Tras Sam decirle en qué hospital estaban, colgó la llamada y salió hecho un rayo junto con Parker.

La enfermera terminaba el vendaje en la muñeca de Paige cuando se escucharon los pasos de un hombre enfadado que maldecía a todos a su paso.

—¿¡Dónde está!?!— La voz de Gabriel inundó la sala cuando miró a Sam. Se corrieron las cortinas y la miró sentada en la camilla. Tenía el cabello en una coleta alta y estaba vestida con ropa de gimnasio demasiado provocativa para su gusto.

Paige estaba esperando que le gritara, en cambio, se acercó a ella y la abrazó fuerte.

—Estuve a punto de perder la cabeza por ti.

—No es nada, Gabriel. Me he torcido la muñeca en el saco de boxeo es todo. La enfermera dice que en unas semanas estaré bien.

—Sólo, déjame malditamente abrazarte, joder.

Le dio una risita nerviosa. Se había olvidado lo exagerado que podía ser cuando se trataba de estar en un hospital y más en la sala de emergencias.

—¿Qué te hace tanta gracia? —La voz ronca de Gabriel borró su sonrisa. —Has sido irresponsable ¿Qué estabas pensando?

—Lo siento, tienes razón. Fui irresponsable.

Gabriel se alejó de ella para verla a la cara, era la primera vez que no le llevaba la contraria desde que estaban casados.

Tenía ganas de besarla, pero Paige se quejó a propósito del dolor en su muñeca y rompió la magia.

—Quería que almorzáramos juntos, pero si...

—Qué buena idea, Gabriel—Interrumpió Sam—Paige me estaba diciendo que se moría de hambre.

—¿De verdad? —Preguntó Gabriel seriamente—Estás lastimada...

—Y te ha dicho que está bien—Volvió a decir Sam. Paige lo fulminó con la mirada. ¿De qué parte estaba?

Gabriel la miró esperando respuesta de su parte. Ahora almorzarían juntos

como cualquier pareja. Y de nuevo, el jodido contrato vino a su cabeza y lo de comer juntos no estaba ahí escrito.

—Creo que necesito descansar.

Gabriel asintió con la cabeza.

—Le diré a Parker que te lleve a casa, me llevaré tu coche.

—Gracias.

Para cuando Paige estaba en casa, con el vendaje en su mano, admiraba sus compras. Había hecho un gran trabajo con Sam a pesar de cómo había terminado su día. Apenas era la primera semana en Londres como la señora Wylde... faltaba más que una semana para que todo acabara.

11



Paige acariciaba a la gata Gabriel cuando Gabriel, su esposo entró a la habitación. Encontró a su mujer en la cama, pero no en la de él.

—¿Qué es esto? —Dijo Gabriel. Empezó a desnudarse frente a ella. —Veo que te has sentido bien hoy.

—Lo hizo Parker con Joan. Deberías de tener un abogado más preciso. El contrato decía que debíamos de dormir en la misma cama y en la misma habitación. He comprado la misma cama King tuya y la he colocado al lado. No estoy violando nada.

Paige sonrió mostrándose muy lista. Pero en cambio Gabriel, rompió en una gran carcajada. La imagen de tener dos camas King en la misma habitación era ridículo, pero entendía el punto. No quería que durmiera con él.

—Bien jugado, Paige.

Se metió al baño y minutos después se escuchó el agua correr. Paige pensó que Gabriel se enojaría o algo por el estilo, en cambio, se miró indiferente. Ella sintió un poco de desilusión que no reconoció. Arrojó ese pensamiento a un lado y se quedó dormida junto con Gabriel, su gata.

En la mañana para cuando despertó, Gabriel no estaba. Miró en el reloj y marcaban apenas las siete de la mañana. Se metió al baño y dispuso a prepararse. Cuando bajó, Joan servía el desayuno de Gabriel, quien vestía un perfecto traje oscuro.

—Buenos días.

—Buenos días, Gabriel.

—Buenos días, señora Wylde ¿Quiere desayunar?

—Buenos días, Joan. Por favor dime Paige y sí, gracias.

—Enseguida.

La mañana se veía hermosa. Paige estaba con su muñeca un poco adolorida pero no dijo nada.

—¿Cómo te sientes hoy? —Le preguntó Gabriel—Veo que estás vestida para ir a trabajar.

—Sí, tengo que trabajar, es mi realidad.

Gabriel la observaba se mostraba nerviosa esa mañana. O es que no recordaba que su misión de “Dormir en camas separadas” no le había resultado, pues en medio de la madrugada rodó hasta donde estaba él y lo envolvió entre sus brazos.

«*Supongo que no te acuerdas*» Pensó Gabriel mientras terminaba su café. Joan le dio unas pastillas y él se las tomó.

—¿Más pastillas? —Le preguntó Paige.

—Sí, me duele un poco la cabeza.

—¿Otra vez?

—Sí, otra vez.

Se levantó de su silla una vez hubo terminado su desayuno y se acercó al rostro de Paige para darle un beso en los labios sin que se lo esperara.

—Tu única realidad soy yo—Susurró en su oído.

Paige cohibida no supo que decir. Dejó su desayuno a medio comer y se despidió de Joan y su gata que desayunaba en su plato nuevo en la cocina.

Al llegar a la oficina, era como si nada hubiese cambiado. Ni la vida de Tillie ni la de Sam habían cambiado. Solamente la de ella.

Cuando el reloj marcó la hora de almuerzo, alguien entraba en su oficina. Gabriel.

—He venido para que comamos juntos y necesito pedirte un favor.

—Lo que sea que tengas que pedir no es necesario que me invites a comer primero, Gabriel. Solo tienes que pedirlo.

Llegó hacia ella y la besó en la boca, de nuevo sin que se lo esperara.

—Hola—Le dijo.

—Hola—Respondió ella en susurro—Tienes que dejar de besarme de esa manera, no es necesario fingir aquí ni en casa.

—¿A ti quién te dijo que estaba fingiendo? Deberías de acostumbrarte, eres mi esposa.

Un beso, eso era todo. Tampoco era que se tenía que acostar con él cada noche ¿O sí? Pero, aunque Gabriel ya lo había sentenciado que todo era cuestión de tiempo, ella se mantenía fuerte y respetaba el trato.

—Me voy Sam.

—Que la pasen bien.

Gabriel se acercó a Sam y le tendió la mano, confuso Sam la tomó y viendo a Paige, ambos hombres se dieron la mano.

—No te agradecí por lo que hiciste ayer, gracias Sam.

—No es nada, es mi mejor amiga.

Gabriel miró a Paige y dijo:

—Y es mi mujer, por eso te agradezco lo que hiciste de llevarla al hospital y decirme lo que había pasado. Es bueno saber que hay alguien responsable.

Su esposa, puso los ojos en blanco y Sam le hizo un guiño.

Gabriel y Paige salían del ISH cuando un fotógrafo casi por accidente tropieza con Paige. Gabriel lo fulminó con la mirada y Paige, a sabiendas de lo que era capaz, tomó su mano.

—¿Nos vamos, cariño?

«Cariño»

Parker abrió la puerta para ellos y entraron al auto.

—Malditos fotógrafos—Se quejó Gabriel.

—Relájate solamente hacen su trabajo.

—Son un peligro, ellos y su maldita cámara. Es por eso que es mejor que estés conmigo en cualquier momento.

Ella lo miró como si estuviese bromeando.

—Hablo en serio, Paige.

—Repito: Estás exagerando. No van a hacerme daño, Gabriel. Además, sé defenderme.

Él miró su muñeca para recordarle algo.

—Con una muñeca rota, lo dudo, señorita. Haz lo que se te pide sin discutir.

—Basta, Gabriel. No lo haré, tengo mi auto y ese otro auto que has comprado para mí, es demasiado, no tenías que hacerlo. Pero si te hace feliz, lo usaré, pero no estaré contigo todo el tiempo. Tú tienes una empresa que dirigir y yo no siempre tengo que estar en la oficina, tengo citas que atender y clientes que debo conocer.

—Que lo haga Sam. Ni siquiera tienes por qué trabajar, te lo doy todo.

Parker quien escuchaba todo, se mantenía al margen. Paige se sintió ofendida. Nada de lo que Gabriel decía tenía sentido.

—Estás loco, Gabriel. Es mi empresa, el trabajo de Sam es diferente al que yo hago, y con eso de que me lo das todo te repito que no necesito tu dinero.

Como toda una loca histérica, sacó las tarjetas de crédito de su billetera, incluso aquellas que no tenían un límite de fondo y se las lanzó en las manos. Gabriel se puso rojo como un tomate de lo furioso que estaba.

—Paige—Cerró sus ojos en forma de advertencia—Detente ya, estás haciendo un berrinche.

—No voy a permitir que me ofendas de esa manera solamente porque no acato tus órdenes, Gabriel. Soy tu esposa no tu esclava.

—Es parte de tu contrato—Le recordó de forma tajante—Dejar que cuide de ti, forma parte de tu contrato...

—¡Basta! —Le grito furiosa a punto de llorar—¡No pienses atacarme con eso ahora! El contrato dice que...

—¡Sé lo que dice el maldito contrato, Paige! —Ahora era él quien levantaba la voz y ella escuchaba—¡Sé que todo esto es parte de un maldito contrato!

Se tocó la cabeza como si le doliera a causa de sus gritos. Paige se asustó y tenía miedo de tocarlo. Gabriel permaneció con los ojos cerrados y tocaba su sien. ¿Qué le sucedía?

—¿Gabriel estás bien?

No respondió. Poco a poco se acercó a él y cuando Gabriel sintió su cercanía, la tomó de sus brazos y la estrechó hacia él. Estaba a escasos centímetros de sus labios. Podía sentir y escuchar el latido de su corazón, no sabía si era el de él o ella. Lo que sí sabía era que esa mujer lo estaba volviendo loco y de la mejor manera.

—No voy a soportarlo por mucho tiempo, Paige—Le advirtió. No necesitó darle detalles. Necesitaba hacerla suya. Cumplirían un mes muy pronto y lo más lejos que había llegado era sentarla dormir a su lado sin poder tocar más allá que su cabello.

Parker detuvo el auto en el restaurante favorito de Paige. El Oxo. La anfitriona reconoció a Gabriel y a Paige enseguida y les ofreció la mejor mesa de esa tarde. Paige recordó la última vez que estuvo ahí. Fue cuando miró a Gabriel y cuando éste terminaba con su entonces novia diseñadora de modas.

—Sam me dijo que te gustaba este lugar.

—¿Desde cuándo hablas con Sam de mis cosas favoritas?

—Dame un poco de crédito, necesitaba saber algunas cosas nuevas de mi esposa.

Se sintió un poco traicionada, pero en vez de enfadarse, lo retó.

—Deberías de aprender a conocerme, esposo.

Le sonrió en respuesta. Pues tampoco era una tarea difícil. La mesera llegó y ambos ordenaron la especialidad del día. Una vez estaban disfrutando de una silenciosa comida, Paige recordó el favor del que le habló.

—¿Qué favor necesitas?

Gabriel tomó un sorbo de la copa con agua antes de responder. Le gustaba hacer eso, pues era los segundos perfectos para deleitarse de tener a Paige de frente. Le gustaba como se veía esa tarde—no era que otras veces no—Pero amaba la seguridad con la que se vestía, elegante, provocadora y sexy. Le decepcionó un poco ver su cabello recogido, pero al recordar que dormía con el cabello suelto, lo llenó de satisfacción.

—Esta noche tengo una cena de beneficencia a la que me gustaría que me acompañaras.

—¿Sobre qué es?

—Rocco Altria colabora con la UNICEF en programas infantiles de países latinoamericanos y apoya campañas contra el hambre, la sequía, los conflictos bélicos y los altos precios de los alimentos en Somalia, Yibuti, Etiopía y Kenia.

—No lo sabía ¿Fue idea de tu padre?

—En realidad fue mía, hace tres años. A mi padre le encantó la idea. Una vez al año hago esta cena de beneficencia. A muchos empresarios no les importa pagar veinte mil libras por un plato de comida y alardear sobre cuán humanitarios son.

Paige estaba sorprendida.

—¿Veinte mil libras por un plato? Debe ser muy bueno.

—En realidad lo es y lo vale.

—Pues en ese caso cuenta conmigo.

Él le sonrió un poco en respuesta. Casi no le veía sonreír desde su viaje, al menos no de verdad. Quería preguntarle si le sucedía algo, pero cuando iba a hacerlo, la mesera llegó para asegurarse de que todo estaba bien. Para cuando se fue, Gabriel volvió a tomarse otras dos pastillas y le preguntó si quería regresar a la oficina.

—Sí, por favor.

Cuando estaban de nuevo en el auto, Paige revisaba su correspondencia desde su móvil. Noticias sobre farándulas y su rostro por todas las alertas del Google. Ella del brazo con Gabriel Wylde y ya tenía un nuevo título. La casamentera recién casada.

—Me llaman la casamentera recién casada ¿Puedes creerlo? No sé cuánto tiempo pueda soportar esto ¿Tú como lo llevas?

—En realidad no veo noticias si es lo que estás preguntando. Y nunca me habían acorralado tanto los fotógrafos, puedo entender ahora por qué lo hacen, eres hermosa y están investigando todo sobre ti. ¿Algo que me quieras decir que pueda enterarme por ahí? —Bromeó.

—No, claro que no. Lo sabes todo. Si hay algo que se me ocurra, te lo haré saber.

—De acuerdo.

Gabriel recibió una llamada. Algo sobre negocios y sobre la cena de esa noche. Paige se preguntaba qué debía usar esa noche. Tenía unos cuantos vestidos nuevos todavía en el armario, regalo de Gabriel junto con todo un armario nuevo lleno de joyas, ropa y zapatos. Algo encontraría por ahí, pero sabía también y conociéndolo un poco que un vestido nuevo—otro— ya esperaba por ella.

—Ya que no quieres que te acompañe al trabajo, te dejaré a Parker, él será tu chofer.

—¿Qué? ¿Y tú? No puedes estar sin seguridad, Gabriel.

—Tendré a otro.

—¿Qué tal si ese otro lo dejas para mí y tú te quedas con Parker? — Intentó negociar como si se trataba de quien se queda con la custodia de un hijo imaginario.

—No confío en nadie más que en Parker, lo tendrás a él, fin de la discusión.

—Pero...

—Sin peros, Paige. Haz lo que se te dice.

No le gustaba nada la idea. No soportaba la idea de que Gabriel anduviese por ahí sin seguridad y su mano derecha. No podía hacerle eso. Él era más importante que ella. Además, ¿Qué tan difícil era andar de aquí para allá con él? ya lo había dicho, ella no pasaba mucho tiempo en la oficina algunas veces, mientras que Gabriel, estaba en su oficina todo el tiempo. Fue cuando se le ocurrió una idea.

—Gabriel, acepto tu oferta. Puedo irme al trabajo contigo, queda de camino mi oficina. Y si tengo que salir, le pediré a Parker que me lleve. Me siento más tranquila si ambos lo tenemos.

—De acuerdo. —Dijo sin más.

—¿Sí?

—Sí, sabía que serías más inteligente que yo.

Paige entrecerró sus ojos y quería ahorcarlo.

—¿Lo sabías? —Le preguntó de nuevo.

—Sí, mi chica es lista.

Iba a decirle que no era su chica, pero recordó el dolor que le causó la pelea y decidió dejarlo para después. Ya se la cobraría luego.

—¿Qué debo usar? —Le preguntó tímidamente. La mirada de Gabriel fue todo un poema, pues era la primera vez—hasta en el pasado—que le hacía esa pregunta. —Realmente quiero que todo salga bien, nunca he estado en una cena de beneficencia antes.

—Si no te importa, Joan debe estar recibiendo ahora mismo el vestido que mandé a comprar para ti.

Se removió nerviosa. Ni siquiera sabía si él sabía su nueva talla.

—¿Y si no me queda? —Dijo en susurro, se le veía nerviosa y ya empezaba a jugar con su cabello.

—Tus curvas y tú quedarán perfectos en él, confía en mí. Tengo buen ojo... y tacto.

—¿A qué te refieres con buen tacto? —Lo encaró.

Él se estaba saliendo con la suya. Quería provocarle, causarle morbo, el morbo de hacerle saber que la tuvo entre sus brazos muchas noches y que supo conocer cada centímetro de su piel mientras dormía.

—He hecho más que verte dormir, Paige. He memorizado cada centímetro de tu piel, tu cuerpo, tu rostro, tu cabello. Sé que con ese vestido te verás hermosa, sin ti, es solo eso... un vestido.

Paige regresó a la oficina, para beneficio de ella y de Sam, ambos trabajaron mejor que nunca e incluso Sam estaba invitado a la cena de beneficencia.

—¿Puedo llevar a alguien?

Paige lo miró.

—¿De qué me he perdido? ¿Estás saliendo con alguien?

—Bueno, tú te casaste y te fuiste de luna de miel. Tillie y yo hemos salido un par de noches y conocí a alguien en el Fantasy la otra noche, su nombre es Roe, es un buen chico y quiero que lo conozcas.

—Pues en ese caso me gustaría conocerlo. Quiero saber quién ha estado tratando de robar a mi mejor amigo mientras no estaba.

Terminaron lo que restaba de horas para dar por cerrado el día laboral y se despidieron con un beso y un abrazo como salían hacerlo. Para cuando Paige salía de su pequeño edificio, Parker esperaba por ella. Se sintió un poco decepcionada al no ver en el interior del auto a Gabriel, empujó ese sentimiento a un lado y se recostó en el asiento.

—¿Gabriel llegara a casa hoy o me veré con él en la cena de beneficencia?

—Vendrá por usted, señora Wylde.

Paige puso sus ojos en blanco.

—Llámame por mi nombre, Parker.

—Lo siento, señora. Son órdenes del señor.

—El señor—Lo imitó—Algo me dice que nunca lo llamas por señor, solamente cuando yo estoy presente.

Atisbó que Parker sonreía bajo sus gafas de bibrón. Le dio gusto saber que Gabriel había estado en buenas manos todo ese tiempo. Y se preguntaba si Parker sabía que ella ya había existido en la vida de Gabriel antes.

—¿Hace cuánto trabajas para Gabriel, Parker?

—Hace algunos años—Le respondió y adivinó adónde quería llegar—Y sí señora, sé muy bien que usted fue su esposa, de hecho, antes trabajaba también para su suegro, es por eso que no nos habíamos conocido.

—Tiene sentido, casi nunca me enteraba de nada de lo que pasara en la compañía, Gabriel no era muy comunicativo conmigo en ese entonces.

Se quedó mirando por la ventana y se daba cuenta que poco a poco su vida encajaba con la de Gabriel. Recordaba la amenaza, más bien la advertencia de Gabriel.

Será cuestión de tiempo.

El tiempo no había sido el mejor aliado de Paige. Le tomó bastante tiempo haberlo superado, prefirió llorar noches enteras antes que llegar a odiarlo. Y todo lo hacía por el amor que alguna vez se habían tenido. Ahora que estaba casada nuevamente con él, le costaba trabajo acostumbrarse al nuevo Gabriel. No era que antes era malo, el amor había venido con tiempo de caducidad. No era tan difícil como ahora, no había tiempo, más bien un contrato de un año.

¿Qué pasaría en un año? Si ya en pocas semanas había empezado a sentirse bien con él, a desayunar juntos por la mañana y ahora debía acostumbrarse a que la llevase al trabajo. Ahora la estaba involucrando en la vida social de su compañía, algo que antes no había hecho.

¿Qué pasaría en un año?

Se hacía esa pregunta una y otra vez. Gabriel era un hombre bueno, atractivo, rico y todo lo que cualquier mujer se pudiera imaginar. Lo mejor de todo, era que ya había probado lo que era estar en la cama con alguien como él. El sexo con su ex y ahora esposo había sido colosal, morboso y sexy. Su nueva actitud de macho alfa la excitaba y se preguntaba si seguía siendo tan bueno o mejor en la cama como antes.

Se apostaba todo a que era mejor. El sexo ahora podía ser salvaje, pues tenían mucho reproche y cosas pendientes.

Pero si llegaba a enamorarse nuevamente de él, lo perdería todo. El

contrato decía un año. Imaginarse que Gabriel se aprovechó de su supuesta estafa para casarse con ella, la llenaba de reproche, pero de no ser así, estaría en la cárcel y lo habría perdido todo también.

No podía enamorarse de un hombre que le había fallado en el pasado y que le ofreció millones para casarse con ella en el presente para tomar el mando de su empresa. No podía enamorarse de alguien como él, que actuaba a beneficio propio y ahora estaba jugando el mismo juego. No podía olvidarse de que, al pasar un año serían felices para siempre uno alejada del otro. Pues en cuestión de horas se habían acostumbrado a las miradas.

Al roce.

A los mensajes subliminales.

A las risas.

A su encanto y a su protección.

Podía sentir que Gabriel aún estaba enamorado de ella, o eso creía. Lo sabría al final del contrato. Debía esperar un año para darle rienda a su corazón, antes no.

El vestido era un Dior negro de mangas largas, descubierto de la espalda con un suave toque de encaje y largo hasta los tobillos. Su figuraba se marcaba a la perfección, su cabello suelto y sus labios de un vino peligroso, la hicieron ver la mujer más peligrosa de la noche.

—No me reconozco—Le dijo a Joan que la admiró desde que bajó las escaleras.

—Se ve hermosa. Gabriel tiene mucha suerte de tenerla de nuevo.

Paige le sonrió.

La puerta principal se abrió y Gabriel entró en un esmoquin nuevo. No pudo cerrar la puerta detrás de él, contuvo la respiración y tuvo que respirar con dificultad cuando sintió que se ahogaba al ver a su mujer frente a él con el vestido que había elegido para ella esa noche.

—Hola—Le dijo Paige—Te ves bien ¿Te has cambiado en la oficina?

—Sí...

Caminó hasta ella, y aunque no había nadie que supiera su secreto, como si no existiera alguno, la besó en los labios y ella abrazó su cintura, aspirando fuerte su perfume y embriagándose de él.

—Hola, nena—La saludó—Estoy arrepintiéndome de mi elección por ese vestido. Me gusta, pero todos los ojos estarán en ti esta noche.

—Exageras.

—Ya te dije que todo lo que tenga que ver contigo nunca será exagerado.

Su mirada cambió y de nuevo, volvió a ser el hombre arrogante y serio de la noche. ¿Qué le sucedía? Podía besarla y decirle cosas fuera de lugar, incluso seducirla, pero en cuestión de segundos era como si recordara el contrato y fuese tan frío como la noche. Paige no se sintió mal, le hacía un favor más bien. Así que, se metió de lleno en su papel de esposa esa noche.

Llegaron a la zona West End de Londres, pues una sala inmensa en uno de los teatros más importantes de la ciudad les esperaba.

Antes de bajar del auto, Paige habló con su padre, pues le extrañaba y quería saludarle y desearle buenas noches. Pidió hablar un segundo con Gabriel y éste con una sonrisa tomó el móvil de Paige para desearle una buena noche.

Los fotógrafos esperaban la gran entrada. Había una alfombra roja donde muchos de sus colegas y gente importante tenían la oportunidad de ser fotografiados en tan cotizado evento.

—Es muy grande—Le dijo Paige—Estoy segura que todo saldrá bien esta noche.

—Eso espero, será una noche larga.

—¿Te duele la cabeza?

Gabriel arrugó en cejo.

—No.

—Bien, tengo pastillas en este pequeño bolso por si te sientes mal.

—No será necesario, pero gracias—Dijo con desdén.

Quería pensar que era el estrés y que se sentía abrumado por tanto espectáculo, en vez de enfadarse con él. le dedicó una tierna sonrisa. Eso rompió el pecho de Gabriel. Su mala leche se debía a que en la lista de invitados estaba su ex novia. Ese mismo día en la tarde, no pudo recoger en compañía de Parker a Paige en el trabajo. Pues su ex novia Isabella Fears le había declarado la guerra muy temprano en su oficina. Le dio un ataque de celos y terminó desmayada en su oficina a causa de la cólera que le dio, ver una fotografía de Grecia que Gabriel tenía en su escritora de la luna de miel.

—Vas a pagarla muy caro, Gabriel.

—Estoy seguro que el infierno tiene espacio para mí, Isabella. No necesito que me lo recuerdes, haz el favor de no acercarte a mí o a Paige ¿Has entendido?

Ella se burló de él. Tenía un plan o al menos eso estaba pensando. Estaba locamente enamorada de Gabriel y la única que merecía el título de señora y aparecer en las noticias como en revistas, era ella.

—Es una vaca.

—¡Cállate, Isabella! No voy a permitir que insultes a mi mujer de esa

manera.

Fue entonces cuando le arrojó uno de sus tacones y empezó a gritar como una loca desquiciada. Parker tuvo que sacarla de ahí a rastras. Gabriel estaba bastante afectado y su dolor de cabeza le impidió salir de su oficina.

—Ve por Paige y llévala a casa—Le ordenó.

—¿Gabriel? —La voz de Paige lo trajo a la realidad. Ver el dulce rostro de su esposa lo llenó de valor para enfrentar el mundo. La beneficencia era uno de sus mejores proyectos del año y su padre estaba muy orgulloso de él.

—Vamos.

Salieron de la limusina, tomados de la mano caminaron por la alfombra roja del teatro. Paige tenía la sonrisa congelada y apretaba la mano de Gabriel en múltiples ocasiones. Le pareció una eternidad cuando llegaron al interior del teatro y el aire acondicionado le ayudó a recuperar el aire de sus pulmones.

Se dispusieron a saludar a muchos de sus socios. Todos admiraban a la nueva señora Wylde y Gabriel se sentía el hombre más afortunado del mundo.

Cuando la cena fue servida, pasaron todos al comedor. Paige junto a Gabriel compartían una mesa solos. Se preguntaba si había sido a propósito que solamente ellos dos estuviesen en la misma cena.

—Hay cuatro personas en cada mesa ¿Por qué solamente nosotros estamos en ésta?

Gabriel hizo su plato a un lado. Estaba exquisito, pero no tanto como seguro sabía Paige. Lo que había debajo de ese caro vestido lo llenaba de incertidumbre.

—Porque no iba a permitir que otros hombres respiraran cerca de ti. He visto cómo te miran, quisiera arrancarles la cabeza, uno a uno, pero necesito el dinero de ellos antes.

Ella abrió sus ojos como plato al escucharlo hablarle de esa manera. ¿Qué le sucedía? ¿Había tomado?

—Creo que estás loco o borracho.

—Quizá ambas, loco por ti y borracho de ti.

—Gabriel...

—¿Qué tengo que hacer para hacerte mía? —Disparó la pregunta y las piernas de Paige se apretaron. La verdad es que no tenía que hacer gran cosa. Solamente desearla, como en ese momento ella también lo estaba deseando.

—Eso no sucederá.

—¿Por lo que dice el contrato? ¿Qué te parece si lo hago pedazos? O lo

cambio y pongo que tienes que ser mía todas las noches en la que aún estemos casados ¿Estaría bien?

—No estaría nada bien, Gabriel. Los contratos no funcionan así.

—Entonces olvídate del maldito contrato y sé mía. Sé que me deseas, como yo a ti. Lo puedo ver en tus ojos. ¿Por qué te resistes? ¿Crees que dormir en otra cama lo arregla todo? No Paige. Después de que sales del tocador y caminas en ese ridículo atuendo sexy para dormir mi verga salta en agradecimiento en busca de ti.

Escucharlo decir la palabra «Verga» la llenó de calor. Necesitaba salir de ahí y bañarse con agua fría.

—Debes detenerte, Gabriel ¿Crees que no he pensado en eso? ¿Qué pasará en un año? ¿Olvidarás todo el asunto del contrato y serás feliz conmigo? ¿Qué me garantiza que no eres el mismo de antes? Creo que son demasiadas preguntas para una noche ¿No crees?

Lo volvía loco, la forma en cómo le hablaba y lo retaba, lo volvía loco.

—Creo que la que ha bebido mucho esta noche, eres tú.

Sentía su corazón romperse. ¿Por qué no tenía una respuesta?

—Lo que pase dentro de un año, ni siquiera yo lo sé. Lo único que puedo decirte es que esta noche, no dormirás en esa cama que has comprado, dormirás conmigo, después de hacerte gritar más de una vez mi nombre. ¿Has entendido?

—Estás loco...

Se levantó de su silla como un imán y cuando menos se lo esperó, lo tenía cara a cara. Respiraba con dificultad. Se daba cuenta que el aliento de Gabriel era el sabor al vino blanco, veneno del que nunca se cansaba de probar. Gabriel tocó su cabello, su barbilla y la besó en los labios antes de retirarse.

—Tengo un discurso que dar, cariño. Si me disculpas.

Sam buscaba con los ojos a Paige. La miró sentada en una mesa a ella sola y le dijo a su pareja, que lo siguiera.

—Quiero que conozcas a alguien.

Cuando llegó a la mesa, la sonrisa de Paige era más falsa que su traje Calvin Klein. Sabía que Gabriel había hecho de las suyas. Confundirla antes no era más fácil, ahora tenía nombre y apellido Gabriel Wylde.

—Señora Wylde—La saludó—Quiero que conozcas a Rou—Los presentó—Rou, ella es Paige, mi jefa y mejor amiga.

—El placer es todo mío, Paige. Sam no para de hablar de ti.

—Sí, Rou ¿Por qué no nos traes una copa?

—Si tienen que hablar a espaldas mías, mejor que sean dos—Dijo Rou antes de retirarse.

Una vez quedaron solos. Paige le contó todo lo que estaba pasando con Gabriel, desde sus dolores de cabeza extraños hasta la propuesta de esa noche.

—Lo único que me preocupa son los dolores de cabeza ¿Se drogará?

—Desde luego que no, Sam

—Pues si te acuestas con él seguro te dice la verdad ¿Qué tienes que perder? Creo que lo necesitas.

Ella lo fulminó con la mirada. A veces su amigo no la entendía por completo o la conocía más que ella misma.

—Lo averiguaré y no tendré que acostarme con él para que eso suceda.

—De acuerdo, felicita a Gabriel de mi parte. Todo esto es espectacular y me está haciendo quedar bien con Rou.

—¿Tú y él van en serio? ¿No es muy serio y joven para ti?

—¿Tú crees? —Lo vieron a lo lejos como si lo estuviesen acechando.

—Es lindo, pero no recuerdo cuándo fue la última vez que tuviste algo serio con alguien.

—La seriedad es demasiado para mí. Vamos a ver adónde nos lleva, no es que me vaya a casar como tú.

Se burló y Paige le dio un golpe en su hombro. Miró a Gabriel a lo lejos hablando con un hombre mayor. No estaba segura si era un socio o colega, pues a todos ya se los había presentado menos a él. No quería acercarse, pero Gabriel estaba demasiado tenso ante su presencia. Sin tiempo que perder caminó hacia ellos, el desconocido la miró de pies a cabeza y le sonrió en respuesta.

—¿Gabriel, está todo bien?

—¿Gabriel no vas a presentarnos? —Su voz y su rostro, ahora que lo veía de cerca, le hacía familiar a alguien. Pero no sabía quién.

El estado de ánimo de Gabriel había cambiado en segundos. Se preguntaba si era a causa de ella o del hombre que tenía frente a ella. Se mostraba amigable, pero la cara de Gabriel le decía que estaba bastante incómodo ahora que ella estaba con ellos.

—Paige, él es el Dr. Francis, el hermano mayor de Jeff.

Eso era. Se parecía mucho a Jeff, ya decía ella de dónde venía lo familiar.

—Mucho gusto, Dr. Francis.

—Llámame Dimitry, el gusto es mío. Le comentaba a Gabriel que es una pena no haber estado en su boda. Me da mucho gusto que haya alguien quien lo ponga en su lugar ahora.

Paige no sabía si reírse. El comentario del Dr. Francis estaba algo confuso. ¿Cuidar de él? ¿Acaso se encontraba enfermo?

En ese momento Parker se acercó a ellos y le susurró algo en el oído a Gabriel.

—Regreso en un momento—Le dio un beso en la mejilla a Paige y fulmino con la mirada a Dimitry—Te dejo en buenas manos.

—Me lo apuesto.

Una vez quedaron solos, Paige no podía sacar ese pensamiento extraño. Sabía que Jeff, el hermano de Dimitry eran buenos amigos con Gabriel. Y recordó que una vez Jeff le habló sobre su hermano mayor, era psiquiatra, pero no estaba segura.

—¿Es psiquiatra?

—Sí, y neurocirujano ¿Cómo lo supiste?

—Conozco a Jeff, me habló de usted en una ocasión, pero no estaba segura. No sabía que vendría, no he visto a Jeff por ningún lado.

—No pudo venir, en raro que ambos estemos juntos socialmente, siempre uno tiene que cubrir al otro.

Entre más hablaban, más se daba cuenta que Dimitry era igual de llevadero que su hermano Jeff. Pero algo en sus ojos, en la forma en cómo miraba a Gabriel y cómo lo estaba reprendiendo preocupado antes de que ella llegara. Fue entonces que Paige tuvo una ingeniosa idea.

—Ya que estamos en ello, me preocupa los dolores de cabeza que está sufriendo Gabriel últimamente. ¿Debería preocuparme?

Dimitry la miró sin preocupación como si supiera de lo que estaba hablando o peor, que sabía de lo que estaba hablando.

—Es normal después de la radioterapia. Debe bajar el ritmo del trabajo y lo más importante no estresarse. Sé que lleva una gran carga ahora, CEO y que se casó de nuevo. Me alegro por ambas, pero me alegro más de que te tenga a ti... de nuevo. Espero no te moleste, Jeff me lo contó.

Lo único que quedó en el aire fue la palabra «Radioterapia»

—Perdón, Dimitry ¿Radioterapia?

Era tarde para mentir. Ella buscaría en internet el significado de esa palabra y era mejor que se lo dijera ahora o se enteraría de la peor manera si Gabriel empeoraba.

—Lo lamento...—Quiso huir, pero Paige le tomó del brazo con lágrimas en sus ojos.

—Por favor, dime que no es lo que estoy pensando.

A lo lejos Gabriel reía con uno de los socios. Imaginar que algo le estaba pasando le dolía en el corazón.

—No lo sabes ¿Verdad? El maldito no te lo ha dicho.

Ella negó con la cabeza.

—Solamente he visto que sufre de dolores de cabeza y tiene extraños cambios de ánimo. Lo segundo no es extraño de él.

Dimitry se sentó en la silla más cercana. Había una mesa vacía, así que, para que Gabriel no los viera, ambos se sentaron. No sabía cuál sería la reacción de Paige al enterarse.

—Gabriel sufre de un tumor cerebral.



—¿Un qué?

El corazón le latía bastante fuerte. Sentía que le faltaba el aire y solo quería salir corriendo de ahí como una cobarde. Pero en cambio, respiró profundo y continuó lo que el Dr. Francis tenía que decirle acerca de Gabriel.

—Los dolores de cabeza, posible pérdida de memoria, cambios en el humor, vómitos en otros casos se deben a los efectos secundarios de la radioterapia. Hace tres años detectamos un bulto en su cerebro, la buena noticia es que está en etapa I, y los tratamientos son de radioterapia. Con medicación esos efectos secundarios se irán.

—¿Tumor cerebral? —susurró sin poder creerlo.

—Paige, sé que la palabra es terrible. Los tumores son células anormales que crecen en el cerebro o alrededor de éste. Hay tumores malignos y otros que se pueden extirpar con diversos tratamientos. Gabriel tiene suerte que el de él está desapareciendo. Así que ten fe que él estará bien.

—Pero... está sufriendo ¿Qué hay de una cirugía?

—Gabriel se niega. Hay muchos factores, entre ellos una lesión y...

—La muerte—Concluyó Paige.

—Sí, pero es la forma más eficaz para acabar con él antes de que siga creciendo o se expanda en un lugar peligroso.

—No puedo creer que no me haya dicho nada.

—Ahora que lo sabes, puedes persuadirlo. Tienen que intentarlo.

—¿Qué tan seguro es?

—El miedo es inminente, pero Gabriel como te dije está en la primera etapa. Él no quiere entenderlo, su familia lo entiende, pero como médico y como amigo es la mejor opción. La radioterapia está funcionando, el tumor ha dejado de crecer, pero es un tratamiento agresivo y la mejor manera es acabar con él mediante cirugía.

—Yo también lo creo y tengo miedo.

El móvil de Dimitry sonó y se trataba de su esposa.

—Me dio gusto conocerte, Paige, sé que Gabriel me matará por habértelo

dicho, pero no me arrepiento.

—Gracias por decírmelo, lo mantendré informado y espero hablar de esto con él pronto.

Se despidieron y a lo lejos pudo ver a Dimitry que se despedía de Gabriel. Su semblante había cambiado. Sus cambios de humor se debían a eso. También de que ahora ya no conducía, en cambio tenía a Parker. No se podía imaginar cómo su padre lo había arrojado a llevar el mando de la empresa en su estado y peor aún, exigiéndole que se casara. Aunque eso último le alegraba, pues sabía que no había mejor mujer para él en momentos así, que ella, aunque le costara aceptarlo.

Paige tenía ganas de llorar, así que decidió ir a tomar un poco de aire en las afueras del teatro. Había pocas personas ahí y agradeció para sus adentros. Ahora más que nunca no debía dejarlo y temía que el contrato de un año pasara volando.

Paige continuaba caminando hasta que de pronto una mano tapó su boca y la otra rodeó su cintura para acorralarla entre los arbustos cerca de la piscina del jardín.

—Shhh, soy yo—Era la voz de Gabriel. A pesar de sentirse aliviada quería matarlo. ¿A qué estaba jugando ahora?

Sus manos recorrían todo su cuerpo y Paige, aunque se negara, terminó gimiendo en su mano en respuesta. Aquello se sentía bien. La mano de Gabriel hurgó por debajo del vestido hasta llegar a su sexo, por encima de su ropa interior empezó a acariciarla mientras Paige sentía la dureza detrás de ella.

—Gabriel...

—Te deseo tanto, nena—gimió en su boca y la besó con arrebató. Se estaba volviendo un juego peligroso, adictivo y hasta cruel. ¿Cómo se le ocurría acorralarla de esa manera en el jardín?

—Detente, por favor...

—Ruégame que te haga el amor—Le ordenó. En la oscuridad. La giró e hizo que lo viera a la cara. Su rostro estaba duro, serio y lleno de deseo. En cambio Paige a punto de llorar y golpearlo ahí mismo. Lo deseaba tanto que dolía y más le dolía que enfermó mientras ella no estaba.

—Estás enfermo...—Lo abrazó como si su vida dependiera de ello. Gabriel se quedó inmóvil. No era un insulto, tampoco una pregunta. Era una realidad.

—¿Quién te lo dijo?

—No importa, quiero ayudarte, ¿Por qué no me lo dijiste?

La apartó dolorosamente de su pecho para verla a la cara.

—¿Te habrías casado conmigo? —Le reprochó—¿O me habrías dejado?
Eso la dejó helada.

—¿Estabas enfermo antes?

—No, pero lo sospechaba, no quería saber la verdad hasta divorciarnos, no quería que te quedaras conmigo por...

—No se te ocurra decir la palabra «Lástima» Gabriel, sabes que jamás me sentiría así por ti.

—¿Qué sientes ahora? —La miró a los ojos y la tomó del cuello para que lo besara. Aun sus labios sin tocarse volvieron a repetir la pregunta—¿Qué sientes ahora?

Ella no sabía lo que sentía. Quería besarlo, quería abrazarlo, quería golpearlo y salir corriendo. De todas solo supo hacer una.

Callar.

—Es lo que pensé—dijo Gabriel antes de irse y dejarla ahí sola. Bajo la noche fría de Londres.

Paige quería llorar, pero se mantuvo fuerte, la llenó de tranquilidad saber que, aunque se fuese en ese momento, dormirían juntos en la misma habitación y hablarían.

Regresó al interior de la sala y se encaminó hasta el tocador. Los hombres se le quedaban mirando y ella sonreía en gratitud, ellos mostraban respeto y admiración por ella y cuando estaba del brazo de Gabriel, se sintió como si fuese parte de la realeza.

Cerró el pestillo y se sentó en el váter para calmar sus nervios, cuando salió y arregló su maquillaje una rubia entró a imitarla.

—Así que eres tú—La voz de la mujer, hizo que Paige la mirara, pues no era una mujer cualquiera.

Isabella Fears.

—¿Disculpa, te conozco?

Isabella la miró de pies a cabeza como si memorizara cada centímetro de Paige.

—No puedo creer que Gabriel me haya cambiado por una—La miró de pies a cabeza con desaprobación—mujer como tú. ¿Qué talla eres? ¿50?

—Soy 30, y ya sé quién eres tú, la que no llega a un número saludable.

Isabella se rio de una forma incrédula, pues tenía frente a ella a su enemiga número uno. Solamente faltaba verla de pies a cabeza a la mujer que había

arruinado sus planes, para trazar su venganza.

—Sé que Gabriel necesitaba casarse—Masculló mientras se miraba en el espejo—Será cuestión de tiempo para que te deje y regrese conmigo. La belleza lo es todo y no me mal entiendas, tienes un bonito rostro, pero no creo que tu cuerpo diga lo contrario. Dime, ¿Es difícil para él tocarte en las noches?

Las palabras de Isabella se estaban saliendo de control.

—No tan difícil como me lo hizo saber algunos momentos afuera—Dijo Paige—Estoy contando los minutos para ir a casa con él y terminar lo que hace unos momentos empezamos.

Eso hizo enfurecer a Bella.

—Gabriel te dejará. No ha habido otra mujer y no la habrá. ¿Acaso no te lo dijo? Yo cuido de él, de su enfermedad. ¿Qué te hace pensar que un papel va a cambiar eso? Me apuesto lo que quieras que no has estado con él en esos momentos, o que ni siquiera lo sabes.

—Lo sé y tienes razón, no he estado con él. Pero lo estaré.

—¿Te dijo dónde estuvo hoy? Yo elegí el esmoquin que usa, yo planeé esta cena de beneficencia con él. Siempre he sido y seré la única mujer para él.

Justo en el blanco. Quería creer que era mentira. Pero tampoco estaba tan segura. Gabriel apenas le dijo que la cena era ese mismo día. Tampoco estuvo en casa después del trabajo. Todo lo que le decía Bella arrojaba a que era verdad. Se había casado por compromiso, no por amor.

—Si tan mujer de él eres ¿Por qué no se casó contigo?

Bella se burló de ella y de la pregunta. Tomó su bolso y se encaminó a la puerta, cuando la abrió se detuvo para responder a su pregunta.

—A mí también me gusta ser caritativa.

Se tuvo que agarrar de la orilla del lavabo para no caerse. Qué palabras más crueles las de Isabella. Se rehusaba a creer que era verdad. Y solamente había una forma de creer en ellas o las de Gabriel. Era su esposa, ninguna mujer encaprichada con él la iba a humillar de esa manera.

Terminó de pintar sus labios, se aseguró de verse bien y salió del tocador de mujeres. Divisó a Gabriel de lejos y sin pestañear, lo tomó del brazo.

—Si me disculpan, caballeros tengo algo que hablar con mi esposo.

Gabriel se dejó hacer y le hizo un saludo a Parker, avisándole que era momento de irse.

—¿Paige, qué haces?

Ignoró su pregunta y ahora era ella quien tomaba el mando de la relación. En el interior de la limusina, comenzó a besarlo.

—¿Qué te parece si hacemos un tour en el centro de Londres, Parker?

—Entendido, señora.

Paige apretó unos botones del panel cerca de Gabriel. Y un vidrio oscuro los dividió de Parker y el espectáculo que estaban por hacer. Gabriel no sabía qué demonios le pasaba a esa nueva Paige, pero la conocía y ella solamente podía actuar así si alguien le provocaba lo suficiente.

«*Maldita Isabella*» Pensó Gabriel para sus adentros. Pensó que se había encargado de ella. Para cuando estaba con Dimitry, Gabriel fue avisado por Parker que Isabella estaba entrando al lugar. Se deshizo de ella y de sus amenazas antes de que Paige la viera.

Pero ahora, viendo a Paige convirtiéndose en una fiera celosa, le daba la espina de que se la había encontrado.

—¿Qué te ha pasado, Paige?

—Me pasa, que tu ex novia me dio un mensaje y quiero saber si es verdad.

Lo besó en los labios, en el cuello y se deshizo de su corbatín. Gabriel estaba duro, le excitaba todo lo que le hacía y le dolía el pecho al pensar que Isabella habría sido una vil con ella.

—Paige, no tienes que hacerlo.

—Sí tengo y debo, soy tu esposa...

—¡Basta! —Le gritó y quitó sus manos de su cuello—Tú no eres así, deja de actuar. No sé qué te habrá dicho Isabella. Pensé que me había encargado de ella.

—Pues ya ves que no. Ha marcado territorio. Dime algo, Gabriel ¿Qué ves en mí?

—Paige...

—Ella es perfecta, es hermosa. Es una perra, pero no es como yo. Yo soy una...

—Si dices algo sobre tu peso—Le advirtió poniéndole un dedo en sus labios—Voy a malditamente enfadarme contigo.

Paige estaba a punto de llorar. De hecho, estaba llorando. El hombre más guapo, cotizado, rico y filántropo estaba casado con ella. Ella era solamente una casamentera divorciada. Vivía con una gata y su postre favorito era la vainilla con galletas de chocolate y el helado de yogurt. No podía estar con alguien como él. Ya lo había perdido una vez y se culpó por ello. ¿A qué había regresado? ¿A qué estaba jugando?

—Sólo quiero saber... qué soy para ti...

Las manos de Gabriel buscaron su rostro esta vez. Ella lo miró a los ojos,

con los suyos llenos de lágrimas y no supo qué decirle. No tendría su respuesta, a ninguna de las preguntas que se había estado haciendo todo ese tiempo.

—¿Quieres saber qué eres para mí? —Le dijo Gabriel y ella asintió con la cabeza—Te lo demostraré.

Al llegar a su habitación la colocó sobre la cama, su cama y comenzó a desnudarse frente a ella. Paige se le rodaban las lágrimas y no sabía por qué. No se sentía triste, tampoco molesta o nerviosa, al contrario, sentía que su pecho se estaba desprendiendo y que su corazón comenzaba a latir cada vez que lo veía a los ojos.

—Eres tan hermoso, Gabriel.

Eso lo hizo sonreír. El espectáculo que tenía frente a ella le bastaba para ponerse de pie y darle rienda suelta a lo que su cuerpo, mente y corazón querían hacer esa noche.

—Y tú eres mi esposa—Dijo con voz ronca y cargada de deseo—Y esta noche, quiero hacerle el amor a mi esposa.

La tomó de las manos e hizo que se pusiera de pie. Empezó a quitarle aquel ridículo vestido, el culpable de que ningún hombre quitara los ojos sobre ella. Se deshizo de él, dejándola en ropa interior.

—Encaje.

—¿Te siguen gustando estas cosas?

—Me gustas tú, Paige. Que no se te olvide.

«¿Cómo podría?»

La tumbó de nuevo sobre la cama y comenzó a besar sus pies, subiendo por sus pantorrillas, sus muslos y lo siguiente con la otra. Gabriel sentía que Paige temblaba debajo de él como si fuese una adolescente, como aquella primera vez cuando le hizo el amor por primera vez y la hizo mujer.

—¿Quieres que me detenga? —Le preguntó, rogando para sus adentros que le dijera lo contrario.

—No—Lo miró a los ojos—Quiero que me demuestres quién y qué soy para ti.

Gabriel sonrió en sus labios antes de besarla y le dijo:

—Voy a demostrarte que eras y eres la definitiva para mí.

Le arrancó su ropa interior de un tirón, haciéndola gemir en su boca y se deshizo de su sostén, sacándolo por encima de su cabeza. Besó sus labios, su cuello bajando hasta sus pechos y acariciando sus pezones con la punta de su lengua. Paige gemía del placer que le daba y cómo con maestría llegó hasta su

sexo y lo devoró como si de él dependiera el aire que respiraba.

—Gabriel...—Jadeó.

—Temía que mi boca olvidara tu sabor—Metió más su lengua—Pero no lo hizo.

Cuando Paige se sacudió, llena del placer que le provocaba, Gabriel regresó a sus labios, dándole de su sabor y se colocó sobre ella. Llevó sus manos hacia arriba en su cabeza y se hundió.

—¡Gabriel!

Adoraba que gritara su nombre. Era la única mujer que podía decir su nombre de esa forma, a ninguna se lo había permitido después del divorcio, pero eso no se lo podía decir a Paige. En cambio, ella su cuerpo le recordaba que no había otro hombre que conociera a la perfección su placer, lo odiaba, pero lo amaba a la vez.

—Joder, Paige. Te sientes tan bien.

—Coincido.

Gabriel se incorporó y tomó sus piernas, las colocó entre sus hombros y bombeo con más intensidad. Paige se había equivocado, no era mejor en la cama, era único. Cada uno de sus movimientos, embestidas eran perfectas. Ningún hombre podría ser perfecto en la cama, y el que lo era... era peligroso. Gabriel Wylde era peligroso, solamente que ella ya lo sabía.

—Dime que dejarás de actuar y serás mi esposa de verdad—Le exigió mientras la penetraba—Dímelo Paige, o me volveré loco. Moriría sin ti...

La muerte no era algo cómodo para hablar en ese momento. No después de haberse enterado de que él estaba enfermo.

—¡Dímelo!

La puso de rodillas, se colocó detrás de ella y la empotró sin esperárselo. Paige gritó agradecida.

—Dímelo, Paige. No te lo pediré de nuevo, puedo estar dándote todo el placer que quieras hasta que me ruegues que pare.

—¡No quiero que pares! —Exclamó con excitación.

—No lo haré, nena.

Estaba cerca, muy cerca. Tomó en puños apretados la sábana debajo de ella y dejó caer su cara en el colchón para perderse en un nuevo orgasmo.

—Maldita sea, Paige... no he terminado contigo.

Se aferró a su culo, tiró más de ella hasta que encontró su propio placer, llenándola de su semilla y dejándose caer sobre ella. Los dos se quedaron así un par de minutos más, hasta que cerraron con un beso la noche. Gabriel fue el

primero en quedarse dormido y Paige tocando su melena le respondió a su petición.

—Seré lo que quieras que sea, Gabriel. Siempre y cuando te olvides del contrato y me enseñes a amarte de nuevo.

Él logró escucharla y su corazón se partió. ¿Ella no lo amaba? Él la amaba con locura, desde que sintió su sabor fue como el sabor que revivió todos sus sentidos.

La amaba.

«*Estoy jodido*»

Tres horas después, Gabriel no podía conciliar el sueño. Tomó el mal y nuevo hábito. Sacó de su mesita de noche unos cigarrillos de menta, un cenicero y su encendedor y se fue hasta el balcón. Desde ahí miraba la espalda desnuda de Paige sobre su cama.

Encendió un cigarrillo e inhaló fuerte hasta llenar de humo sus pulmones. La noche era fría, o la madrugada. No le importaba. Estaba feliz y al mismo tiempo su conciencia no lo dejaba tranquilo. La había hecho suya a base de mentiras. Meterla en su cama no estaba permitido y ese sentimiento era mutuo entre los dos. Si Paige se enteraba que Gabriel la hizo su esposa con mentiras no se lo perdonaría.

«*A la mierda, ella me pertenece ahora*»

La nariz de Paige picó y abrió sus ojos. La silueta de Gabriel en el balcón la despertó y el humo que salía de su boca. Se levantó de la cama como pudo y caminó hasta él desnuda.

Sus curvas.

Su cabello desaliñado gracias a él.

El color de su piel.

Sus labios rojos e hinchados por sus besos.

Hicieron que su miembro se pusiera duro como el fierro.

—¿Gabriel, desde cuándo fumas? —Cruzó sus brazos debajo de sus pechos esperando respuesta.

—Lo siento, solamente lo hago cuando no puedo dormir.

—No me gusta que fumes, no te hace bien ¿Lo sabe Dimitry?

Gabriel ladeó su cabeza.

—¿Vas a acusarme con mi médico?

—No, pero si no lo dejas de hacer, lo haré y no sólo con él, también con tus padres.

Gabriel divertido, apagó su cigarro en el cenicero y salió del balcón para encontrarse con ella.

—Te necesito entre los labios, que la noche es muy larga y un cigarro es sólo humo.

Volvieron a hacer el amor esa noche y esta vez, no había barrera que lo separara, por primera vez en mucho tiempo, durmiendo como marido y mujer.

13



Gabriel despertó primero y no encontró a Paige en la cama. La buscó en la ducha y dedujo que ya se encontraba abajo desayunando. Se preparó y eligió uno de sus trajes de tres piezas y salió de la habitación. Escuchó la risa de Paige, cuando llegó a la cocina, estaba ahí con Joan, con una gran sonrisa y tomando jugo de naranja.

—Buenos días, Gabriel ¿Desayunas en el jardín? —Le dijo Paige.

—Me tengo que ir—Dijo con voz fría. —¿Has desayunado ya?

¿Qué sucedía con él?

—No tengo apetito, tomaré algo en la oficina—Le dijo ella con desdén.

Sabía que de nuevo, estaba en su semblante de hombre serio. Después de haber pasado la noche con él, no esperaba lo contrario. Gabriel se estaba comportando extraño, pero agradecía que no iban a tener la conversación de lo sucedido.

—Si es así, entonces nos vamos.

Paige y Joan se vieron entre sí. Ambas mujeres sabían que Gabriel podía ser intenso y a la vez una dulce paloma. Tomó su bolso, su abrigo y salió junto con Gabriel al auto donde Parker esperaba. Cuando el auto por fin arrancó, Gabriel iba con el cejo fruncido y no entendía por qué. Al recordar que podía ser uno de sus dolores matutinos le preocupó.

—¿Te sientes bien?

—¿Por qué lo preguntas? —Le devolvió la pregunta. Trató de no mirarla. Pero esa mañana había un brillo en sus ojos y era el motivo del que se sintiera mal y actuara como un hijo de puta.

Ella sabía de su enfermedad.

Ella se había casado con él.

Ella no sabía que él le había mentado.

Ella había sido de nuevo suya.

Suficientes motivos para ser todo un esnob esa mañana y las siguientes.

—Lamento molestarte—Bajó la mirada avergonzada.

Su suspiro hizo que Gabriel tomara su mano y así, en silencio continuaron hasta que llegaron al ISH. Gabriel bajó del auto primero para dejarla frente a su

puerta. El rostro de Paige era de decepción. Su sonrisa se había borrado por culpa de él y no pudo soportarlo.

—Espera—Le dijo cuando ella giró sobre su eje. La tomó del rostro y le dio un beso en los labios. —Que tengas un buen día, nena.

Ella lo miró confundida. El hombre tenía problemas.

—¿Hice algo que te molestara?

—No has hecho nada, Paige. No vuelvas a pensar algo como eso.

—¿Entonces por qué estás enfadado?

—No lo estoy, al menos no contigo, sino conmigo mismo.

Ella tocó su rostro y él cerró sus ojos.

—No me gusta, no cargues con culpa, Gabriel. ¿Estamos bien?

Asintió con la cabeza y al ver la sonrisa en el rostro de su esposa hizo que él también sonriera aun con su seriedad a flote.

—Por favor, desayuna—Le pidió Gabriel—Vendré por ti hoy, quiero que me acompañes a una junta.

—¿Tengo que ir?

—Sí, quiero que me acompañes porque después iremos de compras.

—De compras, eh. Entonces será una junta aburrida.

—No si te tengo a mi lado—Le dio un beso casto en los labios que duró unos segundos más y se despidieron.

Paige entró a su oficina con una sonrisa y Sam fue el primero en adivinar.

—¿Gran noche?

—Te hago la misma pregunta.

—Pues sí, pero no tanto como la tuya. Que vengas con ese brillo y una sonrisa en tu rostro solo significa que has tenido un buen revolcón.

—Coincido.

Hablaron sobre cómo la pasaron en la beneficencia y hasta el altercado que había tenido con Isabella. A Sam le preocupó que una mujer como Isabella Fears se sintiera intimidada por Paige. Era una celebridad y la forma en la que actuaba no era del todo sana.

—Ten cuidado con esa mujer.

—Está celosa, no creo que pase a más.

—De cualquier manera, ten cuidado.

—Sí, papá.

El portafolio crecía cada vez más. El asunto legal sobre el Jeque pasaba a ser una anécdota de mala leche entre la empresa. Nuevas parejas felices y nuevas citas

enmarcaban el calendario del ISH. Y cuando terminó de atender una llamada. Recibió otra de su esposo que esperaba por ella fuera de la oficina.

Cuando Paige salió sintió un escalofrío y pensó que era clima.

—¿Qué sucede? —Le preguntó Gabriel.

—No lo sé, de repente sentí que alguien me observaba a lo lejos y sentí mucho frío.

—Con ese vestido—Dijo Gabriel—Hasta yo no puedo quitar mis ojos de ti.

—Exagerado.

Al llegar al restaurante que quedaba en uno de los hoteles exclusivos de Londres, Paige supo que la junta no sería nada aburrida. Los colegas y posibles clientes de Gabriel estaban esperándolo. Para cuando llegaron, tres hombres de trajes muy caros se pusieron de pie y los ojos fueron directo a Paige.

—Es un placer, señora Wylde.

—Mucho gusto—Dijo tímidamente.

El mesero llegó por la orden de los cinco y diez minutos después, estaban disfrutando de un delicioso manjar. Paige apenas había tenido tiempo de comer en el día, por lo que cada bocado que se llevaba a la boca, la dejaba con ganas de más.

—¿A qué se dedica, señora Wylde?

Gabriel iba a responder, pero ella se le adelantó.

—Tengo mi propia empresa matrimonial.

—¿En realidad eso existe? —Preguntó el otro de ellos. El tercero no había cruzado palabras con ella y solamente se limitaba a verla. Gabriel se dio cuenta enseguida de cómo la miraba y no le gustó para nada.

—Sí, y es un buen negocio ¿Verdad, Gabriel?

—En realidad lo es—Respondió Gabriel mirando al más joven que no dejaba de ver a su esposa.

Mientras ellos hablaban entre sí, Gabriel susurró en el oído de Paige:

—Wallas no deja de verte ¿Tendré que romperle la cara?

—Gabriel—Le dijo su nombre en forma de represalia.

—Señor Wallas—Masculló Gabriel en voz alta—No me ha dicho qué le parece la propuesta de Rocco para su empresa. Siendo familia de la realeza española, nos haría el honor de tenerlo como cliente.

Wallas sin quitar los ojos de Paige respondió:

—Y a mí me gustaría tener su suerte para casarme con una bella mujer. Señora Wylde ¿Le importa si visito alguna vez su empresa? Digo, para buscar

esposa. Algo me dice que fue así como el señor Wylde se casó con usted.

La mandíbula de Gabriel se tensó:

—En realidad Gabriel y yo nos conocemos desde que teníamos veinte años —Respondió Paige con orgullo—Estuvimos casados después de eso, y ahora nuevamente volvemos a estar casados, señor Wallas. Pero, respondiendo a su pregunta, ISH tiene las puertas abiertas para usted, estoy segura que podemos hacer algo por usted.

Wallas se lamió los labios. Gabriel estaba que se lo llevaba el demonio. Quería partirle la cara. Estaba coqueteando con su mujer en sus narices. Y Paige, estaba en problemas por coquetear con él, o al menos así lo pensaba el cabezón de Gabriel.

Para cuando la comida terminó y los caballeros se retiraron, al momento en que Wallas se acercó a Paige para despedirse de beso en la mejilla, Gabriel marcó territorio.

—Cuidado, señor Wallas. No permito que nadie se acerque a mi esposa.

—Vaya hombre—Wallas levantó sus manos en rendición—Estoy ante el gran Wylde después de todo. Ha sido un placer, para ambos.

Le tendió la mano a Gabriel y éste la tomó a regañadientes. Para cuando quedaron solamente Paige y él, era momento de una pelea más a la lista.

—No puedo creer que coquetearas con él en mis narices.

—¿Coquetear? Estás loco, estaba siendo cortés.

—La cortesía no es ofrecerte en buscarle mujer, estoy enfadado contigo.

—¿Para eso me has traído? ¿Para que sea un trofeo para ti? Tenía que ser amable con ellos, Gabriel. No puedo creer que estés enfadado por ello.

Fue la primera en levantarse y buscar la salida del hotel. Parker estaba esperando por ellos. Gabriel venía detrás de ella y Paige enfadada no le dirigió la palabra para más nada que para decirle que la llevara de nuevo a la oficina.

—Se cancelan las compras—Dijo en berrinche—Acabo de recordar que le prometí a Sam que lo acompañaría a elegir colores para su apartamento.

No encontraba otra excusa. Y mucho menos algo coherente. Gabriel lo sabía, así se ponía cuando estaba enfadada, se llenaba de excusas sin sentido. Se dio por vencido, se irían de compras en otra ocasión y no quiso seguir discutiendo con ella.

—Parker, al ISH.

—Sí, señor.

—Gracias—Dijo Paige.

—Te quedas con Parker—Contraatacó. Sabía que si no estaba con él, al

menos estaría con Parker, y si estaba con él. Sabría cada uno de sus movimientos.

Ella rodó sus ojos en enfado, pero no dijo nada. Total. Era parte de ser su esposa, le gustara o no.

Al llegar a la oficina le propuso a Sam irse de compras, o solamente pasar el rato, con tal de salirse con la suya y no salir con Gabriel. Sam lo miró divertido y aceptó enseguida. Optaron por ir a las calles de Londres y ver algunas de las tiendas de alta costura de la ciudad. Quería caminar y despejar la mente por un rato.

Mientras visitaban las tiendas, Paige seguía con escalofríos.

—Tengo la maldita sensación de que alguien nos sigue—Le dijo a su amigo.

—Claro, el grandulón nos sigue.

Paige miró que Parker caminaba con sus gafas detrás de ellos. Pero no, sintió alivio por ello. Pero no se iba esa sensación extraña de que alguien los seguía. Lo terminó olvidando después de un rato y tras comprar uno que otro par de zapatos para ella y Sam se despidieron en un abrazo cuando Sam recibió una llamada de su nueva conquista.

—Te veo mañana.

Cuando Paige iba a subirse al auto, una voz detrás de ella la detuvo.

—Paige.

—Abell—Se quedó sorprendida. No le había visto desde la fiesta de compromiso.

—Veo que estás bien. Quería disculparme por la otra noche.

Estaba arrepentido. Era un buen hombre, pero a Paige le rompía el corazón que las cosas hayan salido de esa manera. Era momento de pasar la hoja.

—Abell no hay resentimientos, no has hecho nada malo. Lo lamento me tengo que ir.

—¿Te veré algún día? —Le dijo al momento que ella iba a subir al auto— Para charlar, después de todo somos familia. Puede estar mi primo si quieres, creo que también le debo una disculpa.

—¿A qué debe tu cambio? No es que seas un mal hombre, Abell pero la última vez las cosas no resultaron bien entre nosotros ni con Gabriel.

—Lo sé, la verdad es que he conocido a alguien. Me gustaría que alguna vez la conocieras. Estoy llevándolo poco a poco y estaré un tiempo en casa.

—Eso me da gusto—Le dijo con sinceridad.

Abell le sonrió de verdad.

—Hasta pronto, Paige.

Parker que había presenciado todo. No dijo una sola palabra. Tampoco era que le fuese a decir a Gabriel, aunque le daba igual si se enteraba o no. No había hecho nada malo. Terminó por subirse al auto y se quedó pensando en eso último que le dijo Abell.

Llegando a casa, no estaba el auto de Gabriel. Paige supuso que no había llegado todavía del trabajo, por lo que decidió refrescarse un poco y tomar un poco de té en el jardín de la casa. Era su lugar favorito hasta ahora. Donde quiera que mirara había flores de colores y el pasto era tan verde que parecía un lienzo recién pintado. También una un jacuzzi al fondo, junto a una gran piscina.

Escuchó pasos detrás de ella y pensó que era Gabriel, pero cuando escuchó los gritos de Joan detrás de ella se volteó.

—¡No puede entrar así!

—Soy la novia de Gabriel—Dijo una mujer.

—¿Novia? —Hablo en voz alta Paige. Al ver de quien se trataba le dio una mirada a Joan de que estaba bien. pues Isabella Fears no le había bastado marcar territorio la otra noche, también lo tenía que hacer en la propia casa de Gabriel.

—Joan, yo me encargo.

Isabella le dedicó una mirada de desaprobación a Paige, la miró con el mismo repudio de arriba debajo de siempre. Paige no se sintió intimidada por ella esta vez.

—¿En qué puedo ayudarte, Isabella? Está de más decir que no has sido invitada a venir a esta casa y sobre lo de ser novia de Gabriel, te recuerdo que es de mi esposo de quien hablas, así que respeta esta casa y a mí.

Ella se rió a carcajadas.

—¿A ti? Una estafadora, no puedo creer que Gabriel no sepa la clase de mujer que eres. Te he estado investigando y he venido a decirle a Gabriel toda la verdad. Me tomó por sorpresa darme cuenta que, ya habías estado en su camino antes.

—Te llegó tarde el memo, Isabella. Si no tienes nada más que decir, haz el favor de salir de esta casa antes de que Gabriel te encuentre aquí.

Isabella la confrontó más de cerca. Solamente estaban ellas dos en el jardín y la única que levantaba la voz era Isabella. Se había aparecido un poco extraña, no por su locura, sino la forma en la que vestía. La última vez que la vio se mostraba todavía elegante, pero al contrario de ese día, usaba jeans rotos y una camisa a cuadros que era mínimo tres tallas menos de la de ella.

—Vengo a decirle a Gabriel la clase de mujer que eres. Te he investigado, has sido demandada por estafadora...

—Mi esposa no es ninguna estafadora, Isabella—La voz de Gabriel se escuchó detrás de ambas mujeres. La primera en girar sobre su propio eje fue Isabella.

—Gabriel. ¿Cómo pudiste casarte con una mujer así?

—No es de tu incumbencia, Isabella. Haz el favor de bajar la voz y retirarte.

Gabriel saludó a Paige besando su frente. Isabella veía el espectáculo. Joan había llamado Gabriel enseguida, y para su suerte estaba muy cerca de casa por lo que aceleró el auto antes de que Isabella cometiera una locura.

—Llegas tarde, Isabella. Gabriel sabe sobre la demanda y está solucionado.

Isabella se rió frente a ellos.

—¿Lo sabe todo? ¿Estás segura de eso?

Gabriel se sorprendió tanto como Paige no sabía de lo que esa mujer estaba hablando hasta que le arrojó una fotografía de Paige y Abell de esa misma tarde.

—Ha estado viéndose con tu primo ¿Sabías que habían tenido un romance?

Paige se quedó helada ante aquella situación. La sensación de que alguien la seguía se trataba de Isabella siguiéndola. Había tomado fotografías de Abell cerca del auto donde ella estaba a punto de subirse y donde mantuvieron una corta conversación.

—¿Qué es esto?

—Gabriel puedo explicarlo.

—¡Miente ahora! ¡Maldita vaca! —Le gritó Isabella—Eres una perra, no eres mejor que yo.

Gabriel arrugó las fotografías y las tiró a un lado. Llegó a grandes zancadas hacia Isabella y la tomó del brazo. Esa mujer estaba loca y se estaba saliendo de control. Haber seguido a su mujer solamente le daba una señal y era que era peligrosa tanto para él como para ella.

—¡Suéltame! —Le gritó Isabella. Gabriel la arrojó hacia Parker.

—Sácala de aquí antes de que cometa una locura.

Paige estaba en trance. No le tenía miedo a la reacción de Gabriel, sino a los alcances de Isabella Fears para con ella.

Gabriel regresó donde estaba ella. Paige iba a decir algo, pero cuando

abrió la boca Gabriel la estrechó entre sus brazos y le dio un beso largo en los labios.

—Yo... Gabriel puedo explicarlo.

—No necesito que me expliques nada, me lo ha dicho Parker y sé que no fue tu culpa.

—Sí, pero esa mujer...

—Me encargaré de ella—Le prometió viéndola a los ojos.

Era la primera vez que no creía en sus palabras. Sabía que no era por él, sino por ella. Esa mujer estaba loca y estaba dispuesta a todo para separarla de él. No sabía cuánto soportaría, lo único que sabía era que tenía que ser fuerte por el bien de los dos.

La luna salió esa noche, dando un espectáculo. Gabriel se metió a la cama y tras besarla en los labios la ató al cabecero de la cama.

—Eres un perverso.

—Te dejaré esposada en mi cama, así nadie podrá verte—Le besó el vientre—Sentirte—Le besó los muslos hasta llegar a su monte de venus—Ni desearte—Terminó en su sexo.

—Gabriel.

—Necesitamos hacer las paces, nena.

—No sabía que estábamos enojados—Se burló.

—No necesitamos estar enfadados para hacer las paces.

Estaba de acuerdo.

La hizo suya, la hizo gritar su nombre y la llenó con su semilla. Desató sus manos cuando ambos obtuvieron su placer y se quedaron dormidos bien abrazados.

Era un sábado y visitaron al padre de Paige. El señor Rayven tras ver a su yerno se le llenó los ojos de alegría.

—Quiero que vivas con nosotros—Le soltó Gabriel de repente y hasta Paige quedó impresionada—No quiero venir a visitarte, este no es un lugar para ti y lo sabes.

Él le sonrió.

—Ustedes son una pareja ¿Qué harán con un viejo como yo?

—Papá...

Por más de que aquel lugar fuese hermoso y tuviese todas las comodidades. Tanto a Paige como Gabriel no lo querían ver ahí pero era terco y

les decía una y otra vez que no quería ser una carga y tampoco alejarse de los amigos que había hecho en todo ese tiempo ahí.

—Vendrás a verlos—Le dijo Gabriel—Piénsalo.

En ese momento Paige se dio cuenta que Gabriel no necesitaba hacer mucho para enamorarla, solamente se tenía que mostrar compasivo y siendo él mismo con los demás. Amoroso y atento con ella. No recordaba cuándo había sido la última vez cuando estuvieron casados que le había visto así de relajado, vistiendo solamente una polo blanca y su chaqueta.

Se estaba enamorando y no era buena señal.

Se despidieron del señor Rayven y por fin, se dispusieron a ir de compras.

—Pero no necesito nada, Gabriel. Estoy segura que estás haciendo un gran sacrificio en estos momentos. —Nada de eso. Nunca hice esto contigo, dame el placer de hacerlo ahora. Quiero que remodelemos el estudio de música. Yo nunca lo utilizo y sería buena idea que lo usaras como tu propio estudio. Tus clientes pueden visitarte y no tendrás que salir de la oficina ni de la casa.

Ella se echó a reír.

—Con que de eso se trata. No quieres que salga de casa, por eso quieres montar un estudio en casa. Gabriel Wylde tienes que ser más persuasivo.

La acorraló al final del pasillo, en esa parte de la tienda no había nadie y metió su mano por debajo de su falda.

—No necesito persuadirte, nena. Solamente voy por lo que quiero y tú eres todo lo que quiero.

Ella lo besó con ganas y apretó su trasero. Gabriel brincó de sorpresa, estaban jugando como un par chiquillos, hasta que una señora de mayor edad los sorprendió chiflándoles.

Salieron de ahí con la frente en alta, aunque avergonzados.

Ya habían elegido los muebles, el color de las paredes e incluso el equipo que Paige necesitaba. Estaban viendo unos cuadros de decoración cuando Gabriel decidió tocar un tema poco cómodo para Paige.

—¿Te han propuesto matrimonio?

—Sí, tú lo has pedido dos veces y te dije que sí—Dijo en forma de broma.

—Muy lista pero sabes a lo que me refiero.

—Gabriel, no vamos a hablar de ello. Es incómodo y no vale la pena.

—¿Incómodo para ti o para mí?

—Para ambos ¿Podemos no hablar de ello?

—No, quiero que me lo digas. No solamente yo te lo he propuesto en tu

empresa, eso lo sé. Quiero saber si hubo alguien más.

Ella caminaba como si no lo escuchaba. Gabriel miraba cada movimiento que hacía. Tocaba su cabello, rasgaba su nariz y todo tipo de cosas que la delataban de lo nerviosa que estaba.

—Abell lo propuso y diez hombres más. Ahora esos hombres están felizmente casados, como tú y yo.

Lo sabía. Sabía que su primo había llegado lejos, pero quería escucharlo de su boca. Se llenó de rabia. Y por un segundo se sintió traicionado.

—¿Estás enfadado?

—¿Debería? —Dijo con sarcasmo y tomando el mando de macho alfa en celo. Paige entendió que su día había terminado. Gabriel estaba realmente enfadado y no quiso decir más. Tenía el derecho a estarlo, como hombre y como su esposo, lo tenía. Era su familia y Abell había traicionado ese vínculo familiar cuando puso los ojos en la mujer de su primo.

—Debes dejar el pasado atrás si quieres que yo también lo haga, Gabriel.

—¿A qué ha venido eso?

—No lo sé, debería de ser yo la que me enfade contigo por las constantes amenazas de tu ex. Pero salgo en tu defensa y tú te molestas porque Abell me propuso matrimonio y otros diez hombres. A ninguno le dije que sí y se te está olvidando que ahora soy tu esposa.

—Por un año—Le recordó y eso le dolió más a ella que a él—Lo lamento no quise decir eso.

—Tienes razón—Ella fingió no estar herida—Tiene tiempo de caducidad y deberíamos de hacer que ese tiempo sea lo más sano para los dos.

Llegaron a casa. Paige se fue directo a tu habitación y no bajó a la hora de la cena. Se metió al baño y decidió quitarse el vendaje de su muñeca, pues ya se sentía mejor y apenas le dolía.

Gabriel le ordenó a Joan que le subiera la cena a su esposa, pero Paige amablemente le dijo que no tenía apetito.

—Sea lo que sea que haya hecho mi muchacho pasará.

Paige solamente supo sonreír. Pues ella también esperaba lo mismo.

—¿No quiere comer? —Preguntó preocupado al ver a Joan regresar con la bandeja intacta.

—No hagas comer a fuerza a una mujer herida, Gabriel. Siempre te lo he dicho. Si no quiere comer, es mejor que no la obligues.

Se fue a su estudio. Miró el calendario y recordó que el día siguiente era

el cumpleaños de su padre. Más drama o más actuación frente a los Wylde. La cabeza quería dolerle, pero se tomó un par de pastillas que apenas y aliviaban el dolor. No sabía cuánto podía soportarlo y el tema de la cirugía estaba ahora en la mente de su esposa.

Si Paige no iba a amarlo como él nunca había dejado de hacerlo, no tenía sentido luchar para seguir viviendo. Hacía mucho tiempo le había dado la bienvenida a su enfermedad y creía que estaba preparado para lo que viniese.

Pensaría lo contrario si había algo por qué vivir y luchar, mientras no.

Entró a la habitación. Paige no estaba en la cama que habían compartido las últimas noches juntos. Estaba de nuevo en la suya a una distancia ridícula de él. De nuevo, estaba en su papel de esposa por contrato y eso no lo iba a permitir. No después de lo que pasó entre los dos.

Se dio una ducha primero y luego sin que ella se lo esperase, se metió en su cama. La abrazó por detrás y besó su cabello.

—Lo lamento, Paige.

—No haré las paces contigo, Gabriel.

Él se rió en su nuca.

—Estoy de acuerdo. La cabeza me duele un poco, será mejor que descansemos.

Eso la alarmó. Se dio la vuelta y ahora estaban cara a cara en la oscuridad. Comenzó a acariciarle la cabeza y eso para Gabriel era confortante.

—¿Quieres que te traiga algo?

Él negó con la cabeza y habló.

—Lo que necesito está aquí.

Le dio un beso en su frente y siguió acariciándole la cabeza hasta que escuchó que su respiración se normalizó. Con lágrimas en los ojos y el corazón hecho pedazos ella también se quedó dormida.

Cuando un Wylde está de cumpleaños se celebra a lo grande, pero en familia. Lo que tenían planeado esa tarde en la mansión Wylde era una barbacoa exclusiva en familia. Las mujeres vestían casual y en vestido de verano. Paige se miraba adorable en su vestido blanco.

—Cielo, te ves hermosa. Estás más delgada, espero que Gabriel no sea el culpable.—Dijo Haydi—Yo bajo mucho de peso cuando me estreso con Patrick. Me voy a la cama sin cenar.

—Pues no es mi caso, Haydi.

Gabriel puso los ojos en blanco. Sus hermanos se unieron a la conversación y Patrick llamó a Gabriel para hablar en privado.

—Quiero hablar contigo.

—Papá, si es sobre la cirugía ya te dije que no lo haré.

—Dimitry está preocupado. ¿Lo sabe Paige ya?

Gabriel miró a lo lejos a su esposa.

—Sí lo sabe y también quiere lo mismo.

—¿Entonces por qué no lo haces? ¿Acaso quieres morir?

—¿Quién va a morir?—Dijo Barbie al escucharlos.

—Nadie, Barbie. Tu hermano que va a morir si no cierra algunos contratos en Rocco.

Barbie creyó la excusa de su padre. Todos lo sabían menos Barbie. Sabía que su hermano estaba enfermo, pero no que iba a morir. Aunque las probabilidades eran pocas después de todo.

El jardín era más grande que el de la casa de Gabriel. Es por eso que ahí se habían casado. Pero no era tan grande para que Paige no pudiese escuchar la conversación que ellos tenían. No se habían dado cuenta cuando Paige estaba detrás de ellos, cerca de la piscina escuchando de lo que hablaban.

—Max me dijo que Paige accedió a casarse contigo por la vieja cláusula.

—No puedo creer que Max te lo haya dicho.

—Tarde o temprano me iba a enterar de que te casaste mintiéndole a tu esposa. Te dije que no era necesario que te casarás ya. Podrías ser soltero y CEO de Rocco Altria al mismo tiempo.

—Tengo mis razones, papá. No voy a hablar de eso contigo ahora, es tu cumpleaños.

Paige quería morirse.

Se había burlado de ella. Aprovechado de que necesitaba de su dinero para casarse con él. Todo era una farsa, una vil mentira. No podía confiar en él. Ella había sido honesta con él y no había recibido lo mismo. Se sintió traicionada y como una total idiota. Regresó a la cocina donde estaba Haydi. Escondió sus lágrimas y el amor que empezaba a sentir por el hombre que era su esposo y de nuevo, empezó a cumplir con su contrato, esta vez de verdad.

¿Hasta que el tiempo los separe?

—¿Estás enamorado?—Le preguntó si padre. Para cuando Gabriel respondió a la pregunta, Paige ya se había ido.

—Creo que siempre lo he estado.

Paige se reunió con sus cuñados y su suegra, volvió a sonreír mientras disfrutaba con ellos. Era increíble que pronto en un año, no les volvería a ver. Se lo había prometido desde el segundo en que aceptó la propuesta de Gabriel, pues ellos no se merecían nada como aquello y en cuanto se enteraran iban a quedar con el corazón destrozado.

En todo el camino Paige se mantuvo fría, los papeles se habían invertido y no había nada que pudiera detenerla. Aquellas cláusulas de respeto le valían menos que un pepino. Si tenía que mandarlo a freír lo haría enseguida. Pero pensó en algo mejor, se empezaría a comportar como la mujer que nunca fue para él y que definitivamente no quería.

Cómo era fin de semana en la noche, lo primero que hizo fue llamar a Sam e invitarlo al club de siempre por unas copas. Lo pensó mejor e iría un poco más lejos de la ciudad. No quería que Gabriel se enterara aunque si lo hacía, le daba igual.

Esperó que él se metiera en su despacho tras recibir una llamada de Max, pensó que él también tendría planes esa noche así que subió a su habitación y se cambió lo más rápido posible. Eligiendo un vestido demasiado escotado y corto para su gusto, pero que esa noche le quedaba espectacular. Apenas y peinó su cabello con los dedos y estaba radiante, un poco de maquillaje, y los escabulléndose de nuevo hacia el lobby de la mansión.

Logró tomar su bolso y la llaves de su auto, aquel que Gabriel le había comprado y que, no había tenido la oportunidad de disfrutar de una aventura. Estaba segura que se arrepentiría pero ya estaba cruzando por los portones gigantes que la alejaban de casa cuando se dió cuenta.

Miró el móvil y no había un llamado alguno de Gabriel.

—Espero que estés listo, pasaré por ti. Tengo que apagar el móvil.

Sabía que, si lo dejaba encendido Gabriel la llamaría histérico, sabía también que sería débil y respondería al primer llamado. Por eso decidió apagarlo.

London Blake abrió las puertas para Sam y Paige. También se les unió Tillie y Roe. Los cuatro empezaron a bailar y a tomar lo primero que el mesero les ofreció.

No iba a emborracharse, tampoco cometer una locura, solo quería olvidarse de aquello que había escuchado y que su corazón no se quebrara más.

—Gabriel está llamándome—Le avisó Sam un poco nervioso. Su amiga era osada, pero él no. Conocía a Gabriel ya sabía que cometería una locura, era

capaz de ir a buscarla con la policía militar si era posible.

—Ignóralo, la estamos pasando bien.

—¿Ha pasado algo?

Ella antes de responder se sirvió otra copa.

—Pasa que no soy un ama de casa y quiero divertirme esta noche. Vamos a bailar.

Se levantó de su mesa y bailando al ritmo de Sun comes up de James Arthur, revoloteó su trasero y llegó a la pista de baile. Sus amigos rieron y la siguieron. Empezaron a bailar hasta que otra multitud también se apoderó del momento.

Cerró sus ojos por unos segundos y se imaginó estar bailando a la orilla de la playa desierta. La música por doquier y disfrutando de la soledad. Nunca se había sentido tan libre como en ese momento, pero cuando sintió un cuerpo moverse detrás de ella, abrió los ojos y cayó a la realidad.

—Gabriel...

—No te puedes esconder de mí, Paige. Eres mi esposa.

Estaba embobada primero, viéndolo bailar como nunca antes lo había visto. Ni siquiera el día de su boda bailaba así. Movía sus caderas con maestría y su masculinidad y porte que le daba su atuendo, mostrando un poco su cuello y una pequeña cola de caballo hizo que se le hiciera agua la boca.

—Me gusta cómo luce tu cabello.

—No vine hasta aquí para que me dijeras que te gusta mi cabello, Paige. Quiero que nuevas ese lindo culo sobre mí como lo estabas haciendo hace un momento.

La canción terminó y otra mejor empezó. Shapes of you sonó y su cuerpo reaccionó. Sam y los otros chicos apresuraban el espectáculo de los recién casados y se dieron cuenta que ahí había amor y mucha tensión sexual también. El escape de Paige le iba a costar caro, solo era cuestión de tiempo para que Gabriel reaccionara.

Todos bailaban, pero lo que Gabriel y Paige tenían era algo más. Gabriel colocó su mano en su vientre, ella seguía moviéndose frente a él y sentía su dureza crecer cada vez más. Acalorada, enfada y sintiendo muchas cosas más logró seguir bailando hasta que la canción acabó.

En cuanto empezó una lenta, desapareció entre la multitud y corrió hasta el tocador de mujeres. Se aseguró que no hubiese nadie y cerró con pestillo. Comenzó a mojar un poco su rostro, estaba acalorada. En ese momento un fuerte sonido en la puerta la asustó.

—Paige, sal de ahí.

Gabriel estaba del otro lado.

Enfadado.

Excitado.

Desesperado por qué le abriera la puerta. La cogería ahí mismo si era necesario para recordarle a quién pertenecía.

—Vete, Gabriel.

—No voy a irme sin ti. Ni puedo creer que te hayas escapado ¿Acaso eres una irresponsable adolescente?

Se rio para sí misma. ¿Irresponsable? Estaba siendo demasiado responsable.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Abre la puerta.

—¡No!—Gritó. Las copas se le estaban subiendo por la cabeza. Quería matarlo ahí mismo, no solamente la seguía también era un hijo de puta mentiroso y manipulador.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué actúas así?

—¿Actuar? El que actúa es otro.

—Abre la puerta, Paige o soy capaz de tirarla.

—Haz lo que quieras.

Paige luchaba por ni llorar y también con su corto vestido. Tanto que uno de sus tacones se rompió y la llevaron directo al suelo.

—¡Ay!

Todo lo de su bolso cayó al suelo, haciendo un fuerte sonido y chocando con la papelerera. Gabriel que aún seguía del otro lado se alarmó.

—¡Paige, abre la puerta!

Ella pateó la papelerera con uno de sus tacones, haciendo otro gran estruendo. Gabriel no lo soportó y pateó la puerta.

La encontró sentada en el frío piso, con la mirada baja como si estuviese avergonzada, esa simple imagen le desbocó el corazón. Llegó hasta a ella y la levantó de ahí.

—Estoy bien.

—No, no estás bien. ¿Cuánto has bebido?

Paige le causó gracia.

—Lo suficiente para tratar de olvidar.

—¿Olvidar el qué?

Mujeres comenzaron a entrar al tocador, quedándose asombradas por la presencia de Gabriel. Paige las fulminó con la mirada.

—Más les vale que no vean a mi esposo con sus lujuriosos ojos.

Gabriel estaba impactado por esa nueva faceta de Paige. Nunca antes lo había celado de unas desconocidas como cualquier mujer enamorada... Y borracha.

—Vamos.

La sacó de ahí como pudo, no sin antes colocarle los zapatos. Le faltaba un tacón y Gabriel maldijo para sus adentros.

—¿Puedes caminar?

—Creo que aún con los zapatos intactos me sería imposible.

No paraba de sonreír como si todo lo que estaba ocurriendo fuera gracioso.

—Me gusta tu entusiasmo, vamos a ver si mañana te sientes igual.

La tomó de la cintura y Paige se negó. Gabriel volvió a tomarla esta vez más fuerte hasta que se encontraron con sus amigos.

—Se me ha roto un tacón—Se quejó al llegar.

—Creo que tengo unos en el coche, calzamos igual.—Salió al rescate

Tillie.

Gabriel se sentó y tomó de lo que Paige estaba bebiendo. No permitió que se sirviera más y le dedicó una mirada de advertencia a Sam.

—Tillie eres la mejor.

—Ahora regreso.

La música era demasiado para la cabeza de Gabriel, pero no se iría a ningún lugar sin su mujer.

—Gabriel, te presento a Roe.

Ellos se saludaron con un movimiento de cabeza, pues no podía darle la mano porque sostenía de una pierna a Paige por si quería escaparse y en otra impedía que siguiera bebiendo.

—Gabriel Wylde.

Paige se quejaba de Gabriel sin el más mínimo cuidado. Tillie regresó con un par de zapatos de tacón y le calzaron a la perfección.

Cómo no podía beber entonces hablaría. Quería conocer según ella el Gabriel de esa noche, el que bailó sensual por todo su cuerpo.

—¿Pueden creer que nosotros dos ya habíamos estado casados?

Sam intentó callarla, dedicándole una mirada de desaprobación. Pero ella lo ignoró. Mientras que Gabriel solamente la escuchaba.

—Ahora tenemos un contrato muy jugoso. Tiene sus beneficios, debo decir. Pero no estoy de acuerdo con muchas cosas. ¿Habían escuchado hablar sobre los acuerdos matrimoniales?

—De hecho sí—Respondió Roe—Escuché que una vez el esposo de una ex jefa que tuve la había hecho firmar un acuerdo de posiciones y juegos

sexuales.

—¿Y accedió? —Preguntó Tillie y Paige al unísono.

—Estuvieron casados dos años, deduzcan ustedes.

Paige lo encontró divertido y perfecto para molestar. Gabriel, pensaba que, si lo irritaba él se iría y la dejaría en paz la noche con sus amigos.

—Deberías sugerírselo a tu abogado, Gabriel. A la próxima cuando te divorcies de mí, que sea un poco más creativo.

—¿Divorcio?—Roe preguntó. Sam le susurró algo al oído, entendió que no debía preguntar. Pero ya era tarde. Paige estaba lista con su respuesta.

—Sí, nos hemos casado porque necesitaba veinte millones de dólares. Nunca pensé que valiera tanto una mujer como yo, la mercancía está intacta, pero no nueva si saben a lo que me refiero...

—Paige...

La situación se estaba volviendo incómoda para todos. Gabriel estaba que echaba humo por la nariz.

—No he dicho nada malo, Gabriel. ¿Acaso tú tienes algo que decir?

Él la miró a los ojos, había estado llorando. Se le notaba que estaba incómoda por algo y no era por su presencia solamente. Había algo más.

—Me voy—Se levantó e hizo contacto visual con todos como si les estuviese ordenando algo. —Señores.

—Ve con cuidado, cariño y no me esperes despierta.

Se levantó Paige y caminó con maestría hasta la pista de baile. En cuando dio un paso ahí, como si el infierno estuviese lleno, se encontró con otro rostro conocido.

—¿Paige?

Abell se acercó a ella. Se dio cuenta que estaba borracha.

—No sabía que estabas aquí, Paige. ¿Has venido sola?

En vez de responder a su pregunta y preocupación, lo tomó del brazo, sin importarle dejar a la pareja de Abell sola. Lo arrastró hasta la pista de baile y comenzó a bailar con él. Paige no sabía lo que le provocaba ese comportamiento a Abell.

—Paige, estás matándome...

—Te mataré yo a ti sino quitas tus sucias manos de ella—Escuchó una voz ronca.

Paige se quedó sin poder moverse, estaba enfada con él.

—Gabriel—Paige habló, sabía que estaba hablando en serio. No se dio cuenta del peligro en el que estaba hasta que miró sus ojos llenos de ira.

—Ven aquí, Paige—Le ordenó con firmeza. Sabía que no se repetiría.

Abell se acercó un poco más protegiendo a Paige con su cuerpo, pero Paige dio un paso adelante.

—¿O harás qué, Gabriel? —Abell lo retaba con miedo alguno. Apenas y logró ver el puño que se acercó a su rostro sin previo aviso y lo tumbó al suelo. Gabriel tomó del brazo y con la cargó en sus hombros, sacándola de ahí lo más rápido que podía y pasando por toda la multitud.

—¡Gabriel!

—¡Te lo advertí! —Masculló azotando su culo. Miró a sus amigos a lo lejos y se dieron cuenta de lo que había pasado, así que dio por terminada la noche. En cuanto sintió el aire frío de la noche, Gabriel la bajó de sus hombros, apenas y se podía mantener de pie, así que con maestría fue capaz de meterla al auto en cuanto lo trajeron.

—Voy a matarte Gabriel.

—Ya hablaremos de eso, entra.

Paige entró haciendo una rabieta. Gabriel metió la mitad de su cuerpo para colocarle el cinturón de seguridad. Fue entonces cuando Paige se dio cuenta que todo era real. Gabriel estaba ahí, sus ojos, su boca, su largo cabello y su aroma. Estaba ahí, era real y estaba en problemas.

—Estoy tan enfada contigo.

La miró a los ojos y ella sentía que no podía respirar ante su presencia.

—Yo soy el que debería decirlo. Estoy tan malditamente enfadado contigo, Paige.

Cerró la puerta y entró al auto, cuando arrancó, Paige comenzó a llorar. No sabía si de borracha o porque recordaba que Gabriel la había hecho su esposa mintiéndole.

—¿Qué tratas de olvidar para que actúes de esta forma, Paige? Tú no eres así. ¿Y Abell? Por Dios santo, debí matarlo ahí mismo. Siempre está metiéndose en mi camino.

—Eres un exagerado.

—Déjame que te lo explique: Mi maldito mundo se detuvo cuando no te encontré en la habitación, perdí la cabeza cuando me di cuenta que te habías escapado, y te encuentro aquí borracha y eso no es todo, con el hijo de puta de Abell. ¿Dime Paige? ¿Por qué más debería de exagerar?

Si lo ponía de esa forma, era de entender la frustración que quería. Ella se dio cuenta que tenía razón, no solamente había cometido un error. Había cometido varios.

Paige se secó las lágrimas, miró por la ventana y las calles de Londres la conmovieron más. Se dio por vencida y le dijo toda la verdad.

—Intentaba olvidar la conversación que tuviste con tu padre el otro día sobre nuestro matrimonio.

Gabriel supo entonces que nada de lo que hiciera la haría olvidar su mentira. Ahora era él quién no tenía nada que decir y su enfado se convirtió en dolor y vergüenza de que ahora su esposa sabía toda la verdad.

—Intentaba olvidar por qué te he empezado a querer, Gabriel. ¿Tú lo sabes? ¿Dime cómo lo hiciste la primera vez? Porque yo lo he olvidado.

Su cabeza se echó hacia atrás, las lágrimas nublaron sus ojos y los cerró, quedándose inconsciente cada vez que respiraba.

—¿Me quieres? —Gabriel hizo la pregunta, esperando el silencio como respuesta. Paige gimió y movió sus labios, abriendo su boca para hablar.

—Sí, te quiero.

La metió a la cama, desnuda y limpió lo que quedaba de su maquillaje en el rostro debido a las lágrimas con un paño mojado. Se tomó su tiempo, admirando desde sus pestañas, la punta de su nariz y sus labios carnosos.

«¿*Qué nos pasó?*» Gabriel lo pensaba una y otra vez. Se metió a la cama, la abrazó por detrás y se quedó dormido inhalando el único aroma que le daba tranquilidad.



Esa mañana, Gabriel acariciaba a la gata amiga suya y cómplice. Observaban a Paige dormir, ya tenía listo para ella un par de pastillas y jugo de arándanos. Y también otra propuesta que no sabía si la aceptaría.

—Buenos días— Le dijo Gabriel cuando la miró quejarse por la luz que apenas se asomaba por la ventana.

—Buenos días, Gabriel.

—¿Cómo te sientes?

Ella se quejó del dolor de cabeza que empezaba a aparecer.

—No muy bien.

Gabriel tomó las pastillas y se las dio junto con un poco de agua. Paige se incorporó sobre la cama y lo tomó como si su vida dependiera de ello. Agradecida le regresó el vaso con agua y no necesitaba darle las gracias, pues le sonría pese al dolor.

—¿No recuerdas nada de anoche?

Ella negó jurando demencia. Recordaba se había metido en problemas por escaparse, pero nada más. También había algo borroso sobre Abell, pero no estaba segura, tampoco iba a preguntarle a Gabriel.

—Lamento si hice algo que te enfadara.

—¿De verdad?

Estaba entretenido. Pues sabía que ella apenas y recordaba. También un poco decepcionado, pues sabía que no iba a volver escuchar de sus labios con tanta brevedad que lo quería.

Lo quería.

Lo quería tanto que dolía.

—Sé cómo puedes arreglarlo. Anoche fuiste una chica muy mala, Paige. Debería castigarte. Azotarte el culo como lo hice anoche, pero dado a que me confesaste lo que sientes por mí, ahora quiero algo más de ti.

No entendía de lo que hablaba. Cuando a Gabriel se le metía algo entre ceja y ceja no había nada que lo detuviera.

Nada lo había hecho en el pasado y nada lo haría ahora.

—¿Qué quieres, Gabriel?

Apenas y se escuchaba su voz, estaba nerviosa, ansiosa y acalorada. Pues Gabriel estaba desnudo frente a ella de lo más normal en una pareja. Y sus pezones estaban duros, cuando dolieron, fue que se dio cuenta que ella también estaba desnuda.

—Quiero que me des un hijo.

Paige se atragantó con su propia saliva. ¿Acaso estaba loco? Sea lo que sea que Paige había hecho la noche anterior debió haberlo dejado anonadado. ¿Sentimientos? Se dio cuenta que su borrachera de anoche le había costado claro y su corazón y mente la habían traicionado. La sonrisa que tenía Gabriel en el rostro era increíble, tierna como caprichosa. Es lo que era un capricho.

—Me mentiste, Gabriel. Y ahora me pides que te dé un hijo ¿Por quién me tomas? Esto no es un matrimonio estrella. Tenemos un contrato.

—A la mierda el contrato, me quieres y te quiero. Quiero que tengamos un hijo.

A ella se le pusieron los ojos llorosos. Ya lo habían intentado en el pasado. Haber perdido al bebé la había marcado. Se había jurado que no lo intentaría más y mucho menos con el mismo hombre a quien también rompió su corazón y la ilusión de ser padre.

—Gabriel, yo...

La tumbó en su espalda. La gata salió disparado de la cama y Gabriel comenzó a hacer lo suyo. Ya no tenía la ropa puesta ni ella tampoco, se fue directo a lo que quería, su sexo y lo tomó en sus manos, acariciándolo suavemente. Se sorprendió al sentir su humedad tan rápido. Y fue Luz verde para besarla y colocarse sobre ella.

—Por Dios, Gabriel.

—Dame lo que quiero, nena.

Comenzó a bombear de adentro hacia afuera.

Dentro y fuera, dentro y fuera.

Hasta que sus almas nuevamente se volvieron a encontrar.

Comenzó a sentir que alguien la miraba, aun estando dentro de la casa, sentía que alguien la miraba. Sentía mucha ansiedad, y hasta había empezado a escuchar voces en su cabeza recordándole su contrato.

—Déjame en paz.

—¿Dijiste algo?—Gabriel que estaba cerca, la observaba como si tuviese una guerra en su cabeza.

—Eh no, pásame mi bolso, por favor.

Gabriel sabía lo que buscaba, lo hacía todas las mañanas y era su enemigo a muerte, por suerte la noche anterior lo había pensado muy bien y su plan marchaba de lo mejor. Las pastillas anticonceptivas de Paige habían sido reemplazadas por vitaminas hacía menos de una semana. Se odiaba a sí mismo por lo que había hecho, pero cuando iba a decírselo Paige ya se había metido uno a la boca sin darse cuenta el primer día que la miró haciéndolo. Habían hecho el amor en diferente ocasiones, por lo que, ya era un poco tarde.

Solo era cuestión de tiempo. Hacerla suya y pronto le daría un hijo. Una decisión egoísta, pero no iba a dejarla ir. En poco tiempo el maldito contrato que había firmado llegaría a su fin y automáticamente estarían divorciados. No lo iba a permitir.

—¿Qué planes tienes para hoy?

Paige estaba en trance. Miraba el jardín y era como si le hablara. Algo no estaba bien con ella.

—Paige. —Tocó su mano y ella saltó sobre su asiento.

—Mierda, Paige ¿Te sientes bien?

Asustada, temblando. Negó con la cabeza y asentía a la vez.

—No lo sé, yo... me siento extraña... No sé.

Embarazada quizás aún no estaba y si fuera el caso una embarazada no hablaba sola ni actuaba como Paige. Tampoco las pastillas le estaban afectando, pues en la clínica le dijeron que eran vitaminas y que no podían lastimarla.

De cualquier manera se aseguraría de nuevo. Paige se levantó de la mesa, retirándose al tocador, fue cuando Gabriel tomó el frasco de pastillas de Paige y se lo metió a la bolsa del pantalón para tirarlas,, no quería correr el riesgo de que por su culpa Paige estaba enfermando.

Al día siguiente Paige concertaba una cita desde su despacho, tenía un nuevo cliente, pero éste la quería conocer en persona. Cuando Paige le ofreció visitarla en la mansión, su nuevo cliente se rehusó, pues tenía poco tiempo y el tiempo que le llevase ir mejor lo invertiría en elegir a su próxima esposa. Algo que no era de extrañarse. La regla número uno era satisfacer las necesidades de sus clientes por lo que aceptó reunirse con él en un café.

Se trataba de un actor modelo de treinta y cinco años. Iba a decirle a Gabriel que saldría a verse con un cliente, pero le dijo que vería a Sam.

—Que te lleve Parker.

—No es necesario, tengo el coche y además tiene GPS ¿Recuerdas?

Su sarcasmo lo hizo sonreír a medias. Pero cuando Paige se despidió de él con un beso en los labios, no le quedó otro remedio que dejarla ir.

—Lamento que te enterarás, Paige.

No podía resistirlo. Lo estaba matando.

—Regreso en una hora, Gabriel. —Ignoró su disculpa, pues no tenía nada que decirle, al menos por los momentos. Nada cambiaría y si él no hubiese mentido de igual forma se hubiese casado con él, necesitaba de él desde un principio.

Paige llegó al café, le sorprendió al ver que solamente había dos personas dentro del lugar. Pidió un café y llamó a su cliente pero no respondió. Mientras esperaba, llamó a su padre para saludarlo y también a Sam para que le contara que lo había sucedido la noche anterior. No podía creer lo que Sam le decía y estaba en trance de nuevo. Comenzó a mostrarse incómoda no solo por lo que su amigo le decía, sino porque su visión se volvía cada vez pesada.

Apagó el ordenador y se levantó para ir al tocador.

Solamente escuchó cuando su móvil cayó al suelo y luego ella.

Tenía frío, mucho frío. Escuchaba unos gemidos como si vinieran de alguien de al lado. El olor a tabaco le estaba dando náuseas y al recordar que estaba en un café, abrió los ojos para darse cuenta que estaba desnuda y que no estaba en el café.

La habitación no era lujosa, y los gemidos venían de la televisión, pornografía barata. Comenzó a llorar histérica intentando recordar lo que había pasado.

Vacío.

No recordaba nada. Y cuando miró que a su lado, está ahí su ordenador, su ropa y su móvil con muchas llamadas de Gabriel.

Corrió a vestirse y salir de donde sea que estaba. Lo primero que hizo fue bajar y no había nadie en recepción. No se atrevía a preguntar siquiera y se dio cuenta que había pasado cuatro horas desde que había salido de casa.

No había sido violada. Tampoco le habían robado ¿Entonces qué hacía ahí?

Su coche estaba en el parking del hotel y corrió hasta él. Lo primero que hizo fue conducir al apartamento de Sam.

—¿Qué hiciste qué? Paige por el amor de Dios. ¿Estás bien?

Ella temblaba.

—No lo sé. No lo sé... yo... hoy es domingo, solo quería ser cordial y aceptar reunirme con este sujeto... yo no sé qué pasó... estoy segura que nunca llegó.

—¿Entonces cómo llegaste ahí?

Ella negó con la cabeza.

—No lo sé. Solamente estaba ahí y Gabriel no debe saberlo.

—Por supuesto que debe saberlo. No sabes si te violaron.

El timbre del apartamento de Sam fue tocado sin parar. Tan seguros como el infierno que se trataba de Gabriel. Había llamado a Sam y éste sin saberlo cometió el terrible error de decirle la verdad a Gabriel sobre que Paige no estaba en su casa. Fue entonces cuando Paige llegó.

—Debe ser Gabriel. Ha estado buscándote como loco.

—¿Le dijiste que estaba aquí?

—Es tarde para eso, cielo.

Abrió la puerta y Gabriel entro histérico buscando a Paige. Mientras ella le decía todo lo que estaba pasando, Sam le había avisado a Gabriel que ahí estaba, nerviosa y actuando extraño. Era su esposo y sabía que, como él la protegerían de cualquier cosa.

—¿Se puede saber dónde estabas?!

No le dio tiempo de responder lo único que hizo fue abrazarlo. Cómo si no existiera un mañana. Estaba sudando frío.

—Maldita sea, Paige ¿Qué tienes?

—Yo...

Paige cayó en sus brazos. Su corazón estaba acelerado y las lágrimas por todo su rostro. A Gabriel se le vino su mundo abajo cuando la sostuvo. Sam llamó de inmediato a emergencia y una ambulancia llegó enseguida.

Para cuando llegaron hospital ya Gabriel sabía la verdad.

—No puedo creer que se haya expuesto de esa forma.

—Gabriel, debes entender que a Paige no le gusta que controlen su trabajo. Si hubiese sabido que era peligroso reunirse ella sola con ese sujeto ella jamás hubiese accedido.

Gabriel maldecía por todo lo alto.

Mientras despertaba Paige en la habitación, el doctor Jeff entró con los resultados de los exámenes.

—Qué bueno que no ha despertado. Lo que tengo que decirles no es nada bueno.

—¿Qué tal tiene mi esposa, Jeff?

—Paige ha sido drogada con algo muy peligroso. Es una droga que utilizan los violadores hoy en día. Por suerte solamente ha sido drogada, parece que alguien quería asustarla y vaya susto.

—¡Mierda! Esto es mi culpa.

—¿De qué hablas?

—¿Podemos hablar en privado?

Jeff y Gabriel salieron de la habitación. Fue entonces cuando sacó el frasco de la bolsa de su chaqueta y se la mostro a Jeff.

—No hagas preguntas, solamente dime si esto es esa maldita droga.

Jeff tomó el frasco y lo olió. No tenía un mal olor y se llevó una a la boca, basado en su experiencia, una droga como la que le dieron a Paige debería tener un olor especial, pero éstas eran todo lo contrario, de hecho, tenían un sabor familiar.

—No sé a qué te refieres, Gabriel pero estas son vitaminas C. Puedes ingerirlas o saborearlas. ¿Me puedes explicar qué hacen estás vitaminas en un pastillero de anticonceptivos?

Gabriel estaba más tranquilo. Pues no era él el culpable del estado de Paige.

—Mejor no te lo explico.

Jeff sabía que Gabriel tramaba algo.

—¿Sabe Paige que has cambiado sus pastillas?

—No. Y en verdad pensé que esto era lo que la tenía así.

—Pues no, puedes estar tranquilo. Por otro lado, alguien la ha drogado. Por lo que me dices, ella fue a un café a reunirse con alguien que nunca llegó. Deberías de llevar esto a las autoridades o poner a tu gente a que se encargue de ello.

Y era lo que estaban haciendo, desde que Paige entró al hospital le dio órdenes a Parker que avisara a su agente de seguridad.

—Sí, Parker—Respondió al teléfono—Ella sigue durmiendo... sí, ¿Qué noticias tienes?

—El mesero fue sobornado, dijo que alguien le pagó para que pusiera la droga en el café de Paige...

—Sácale la verdad—Le ordenó apretando los dientes—Así sea que tengas que romperle las piernas, no me importa.

—Lo han hecho y no recuerda nada, era un hombre extraño y disfrazado, pensó que se trataba de una broma, el hijo de puta está diciendo la verdad.

—¿Quieres decir que el que le hizo esto a Paige anda suelto?

—Me temo que sí.

En ese momento Paige abrió los ojos.

—Parker, hablamos después, Paige ha despertado.

Sam se acercó a ella y Paige buscó con los ojos a Gabriel.

—¿Qué ha pasado? —Preguntó en voz baja.

Sam no iba a decirle y tampoco Gabriel, eso causaría que estuviese ansiosa y dejara de ser la mujer que era, para convertirse en una persona viviendo con miedo. Él se encargaría, la protegería como a su vida, y Sam se prometió hacer lo mismo.

—Te desmayaste, parece que no has comido bien.

Paige se quedó viendo a la nada, como si los recuerdos llegaran a ella, recordó que estaba en la habitación de un hotel desnuda y las lágrimas llegaron a su rostro.

—Yo... estaba.

—Seguro lo has soñado—Comenzó Sam—Has estado en mi casa desde que saliste de la tuya, quedamos en eso ¿Recuerdas? Fue cuando te desmayaste.

«Entonces fue un sueño»

El color regresó a su rostro. En cuanto de mejoró, el doctor Jeff le dijo que podía ir a casa. Para ese entonces, todo había sido inspeccionado y la seguridad estaba multiplicada sin ser vista por Paige. Alguien quería hacerle daño a Gabriel, y la única forma que podían hacerlo, era por medio de ella.

Su esposa.

Llegaron a casa, Joan les sirvió la cena a la luz de la luna y las estrellas, habían velas alrededor y era lo más romántico que había hecho por ella. Quería hacerle sentir especial esa noche y que olvidaran las mentiras.

Disfrutaron de una casi silenciosa cena, hasta que Gabriel comenzó a preguntarle dónde le gustaría ir de viaje en cuanto llegara el verano.

—Necesitamos hacer las paces. —susurró en su oído mientras miraban las estrellas y él la abrazaba por detrás.

La llevó hasta su habitación e hicieron las paces como le había susurrado a la luz de la luna.



Mientras Paige estaba en su oficina, todo había vuelto a la normalidad, y al cabo de dos semanas, recibió una llamada extraña directo a su móvil.

—¿Señora Wylde?

—Sí ¿Quién es?

Era la voz de una mujer.

—Le estamos hablando del banco Central de Londres, para pedir autorización sobre la apertura de una nueva cuenta a su nombre. ¿Está de acuerdo?

Paige cayó en la lógica conclusión de que se trataba de Gabriel. En ese momento dos nuevos clientes entraron en compañía de Sam.

—¿Señora Wylde?

—Eh, sí, lo autorizo... me tengo que ir.

—Autorización procesada, Señora Wylde, que tenga un buen día.

—Gracias—Colgó el teléfono y le dedicó una sonrisa a sus clientes para recibirlos.

—Bienvenidos a Rocco Altria.

Hacía dos semanas que todo marchaba bien, pero también hacía dos semanas en las que Paige estaba distante. Después de haber salido del hospital se dio cuenta que no lo había soñado. Pues alguien la había drogado y seguía con la sensación de que alguien la estaba siguiendo. Gabriel comenzó a sospechar de su comportamiento.

Estaba distante como distraída y un poco pensativa. Cada vez que le preguntaba si algo sucedía, estaba la excusa que solamente estaba cansada y que todo eran inventos de él.

Es por eso que ese día Gabriel pidió a sus hombres de confianza que siguieran cada uno de sus movimientos, ya que también, se había rehusado a que Parker la escoltara por todos lados.

Cuando Sam y Paige se despedían fuera de la oficina, Gabriel estaba

esperándola afuera. La tomó por sorpresa pues no sabía que iría por ella ese día al trabajo.

—Nos vemos, Gabriel—Le dijo Sam y él hizo un gesto con la cabeza. Paige se acercó a él y como de costumbre, besó su mejilla.

—Hola.

—Hola—Respondió él en el mismo tono—¿Qué tal tu día?

—Ha ido bien.

Él ladeó la cabeza, de nuevo estaba nerviosa. Pero era la misma sensación de siempre, sentía que alguien la observaba y por más que miraba a su alrededor no era nadie en específico.

Por otro lado, Gabriel había recibido una llamada para el desembolso de una cantidad de dinero bastante alta. Pensó que Paige solamente lo necesitaba y como estaba en el contrato, podía tener uso y acceso a sus cuentas bancarias por lo que no le prestó atención. Dejaría que ella le dijera primero antes de hacer alguna pregunta.

—¿Nos vamos?

Abrió la puerta para ella.

Camino a casa, Paige habló con su padre, temía ir a visitarle, pues no quería que, quienquiera que la anduviese siguiendo diera con el paradero de su padre. Por lo que inventó cualquier excusa para posponer la visita de esa semana y Gabriel sospechó aún más.

—¿Está todo bien? Nunca le mientes a tu padre.

—No le mentí—Evadió.

—Le dijiste que estábamos de viaje y no lo estamos.

Actuaba raro, había olvidado por completo que le había mentido a su padre delante de Gabriel.

En ese momento Gabriel supo que debía actuar cuanto antes. Algo estaba sucediendo y lo iba a descubrir.

Era viernes y Paige salía temprano de casa. Los viernes trabajaba desde casa, por lo que ya bastante era sospechoso. Esa mañana Paige había decidido comprar algo para Gabriel, una de las cláusulas del contrato lo apuntaba. Y le pareció que era una buena idea para hacer las paces de otra manera que no fuera sexo alocado por toda la casa.

Salía de una prestigiosa joyería, pues había comprado un par de gemelos en forma de diamante para él. Paró en un café donde había quedado con Sam y Tillie, cuando un hombre tocó su hombro.

—Abell.

—Antes de que digas algo, quiero disculparme, nuevamente por todo.

—Abel...

Paige no quería problemas y ya bastante los había tenido. Y lo peor es que no tenía idea que mientras ella se sentaba en una de las mesas junto con Abell, Gabriel aparcaba a lo lejos y la estaba observando.

—Solo quiero unos segundos, para despedirme.

—¿Te vas? —Siempre se preocupaba cuando se iba en una misión.

—Me mudaré a Nueva York, he conocido a alguien.

Paige recordó la chica del club.

—No le diste una buena impresión y no solo tú te metiste en problemas esa noche—Ambos sonrieron y esa imagen fueron dagas en el pecho de Gabriel.

—Lo lamento, fue una noche demasiado intensa.

—Lo sé, solamente quería despedirme y disculparme. Te vi entrar aquí, ella trabaja en el edificio de al lado, es secretaria. Le tocó renunciar hoy así que he venido por ella.

—Me da mucho gusto.

Abell la miró un par de minutos, se veía cansada y nerviosa.

—Gabriel... ¿Él te trata bien?

Nunca esperó que nadie alguna vez le hiciera esa pregunta.

—Por supuesto que sí, Abell. Gabriel es un buen hombre. Debes saberlo... y aceptarlo, siempre fue él.

Lo recordó con una sonrisa en su rostro. Se quedó más tranquilo al momento de irse. Y Paige sin esperárselo, la abrazó. El coche de Gabriel arrancó dejando una nube de humo en el aire. Había visto suficiente, no lo necesario para darse cuenta que segundos después la verdadera cita de Paige había llegado, sus amigos.

Cuando Gabriel manejaba a toda velocidad por la ciudad, Max lo llamó.

—¿Qué sucede?

—Gabriel—Suspiró—No va a gustarte nada lo que tengo que contarte.

Eso lo alarmó lo suficiente como para que bajara la velocidad.

—¿Qué sucede?

—Se trata de Paige...

La señora Wylde entraba por la casa y se dirigía al despacho de su esposo con una gran sonrisa y el obsequio que tenía para él, en las manos. Se la había pasado bien, y había sido una pena que Gabriel no hubiese estado ahí.

Tocó la puerta y le sorprendió que al primer tono, Gabriel respondió con una voz ronca que Paige conocía bien.

Abrió la puerta con temor y entró. Gabriel tenía la cara roja, su cabello estaba desaliñado, una copa estaba vacía a su lado y unos papeles frente a él.

—Gabriel.

—Siéntate—Le ordenó.

Pensó que era uno de sus juegos que los llevaría a hacer las paces como a él le gustaba. Pero cuando se sentó se dio cuenta que los papeles que tenía frente a ella, eran la anulación del contrato que tenían.

Gabriel los arrastró hacia ella y puso un bolígrafo en sus manos. Ella no entendía lo que pasaba. ¿Se daría cuenta que había sido drogada?

—¿Qué es esto?

—Sabes lo que es.

Frunció el cejo. No se trataba de una broma. Estaba hablando en serio. Quería que firmara los papeles del divorcio.

—Gabriel no entiendo nada...

—¿Desde cuándo me has estado engañando?

—¿¡Disculpa!?

—Ya me oíste.

Indignada, humillada se puso de pie. No se iría sin escuchar su excusa, sus vagas teorías y lo que siempre Gabriel Wylde hacía... huir.

—Gabriel...

—¡Te he visto! —Le gritó y ella brincó del susto. —¡Te vi con él! ¿Desde cuándo me ven la cara de idiota tú y Abell? Pensé que era él, pero hoy me di cuenta en la forma que le sonreías. ¿Para eso querías tanto dinero?

Paige abrió los ojos como platos, con lágrimas en los ojos se los limpió y lo encaró.

—¿De qué hablas, Gabriel?

Él negó. Recordarlo, repetirlo era doloroso.

—Lo he descubierto todo. No necesito que lo expliques, sólo firma y vete. Parker te llevará a tu casa, a TU casa. Y espero que el dinero les sirva.

No podía creerlo. De verdad no podía respirar. Puso su mano en su boca y sollozó en ella.

—Gabriel...

—Sólo...vete—Masculló él dejando salir una lágrima.

Así de fácil lo había convencido. El contrato se terminaba por infidelidad, aunque no ponía que había robado dinero. Paige no era una ladrona, y aunque no

sabía de qué dinero estaba hablando Gabriel. No le importaba. Firmó los papeles y dejó sobre ellos la caja de regalo que traía para él.

—Adiós Gabriel.

Salió del despacho tirando la puerta. Parker entró y miró a Gabriel. Estaba seguro de una cosa ahora que era libre.

—Síguela.

—Sí señor.



Una semana.

Era lo que había pasado desde que había firmado los papeles del divorcio. Esperaba que Gabriel llegara a su casa a buscarla, Gabriel también esperaba alguna explicación. Pero los dos pensaron lo mismo, que ninguno ni el otro salieron ganadores.

Parker llevaba una semana siguiendo a Paige y se dio cuenta que no era el único, pues Isabella Fears también lo hacía y se dieron cuenta hasta el último día.

Paige visitaba a su padre. No sabía nada del divorcio y tampoco se lo diría, el menos no en esos momentos.

—Este lugar es hermoso.

—Sí lo es, la enfermera me dijo que les cantas a las señoras de aquí todas las noches en la cena ¿Es verdad?

Su padre se sonrojó.

—Hace mucho tiempo que no te escucho cantar, papá.

—Si te quedas a dormir me escucharás.

—¿Y dormir en tu habitación? ¿Así como roncas? ¡Estás loco!

Reían y jugaban juntos, pero como todo padre se daba cuenta que, detrás de esa sonrisa se ocultaba una gran tristeza.

—¿Has peleado con Gabriel?

—Sí, hemos discutido, nada grave—Mintió para no ser tan obvia.

—Lo solucionarán, ese hombre te ama. Eres su roca. Lo sé yo.

—¿Verdad?

Juntos tomados de la mano, caminaron alrededor del pequeño lago. Su padre no siguió haciendo preguntas sobre Gabriel y eso era un alivio. Por otro lado, Paige tenía que irse. Se despidió de su padre cuando éste se sintió cansado y con ganas de ir a la cama.

Cuando Paige se dirigía a recepción, una de las enfermeras la llamó.

—Quisiera hablar con usted, señorita Rayven.

—¿Le sucede algo a mi padre?

La enfermera estaba ansiosa con lo que estaba a punto de decirle, era

nueva, por lo que reportar a los familiares siempre le daba trabajo.

—Su hermana ha estado viniendo le ha dado chocolates, debe saber que está prohibido.

Paige sintió un escalofrío y negó con la cabeza al mismo tiempo que abría la boca.

—Yo no tengo hermanas.

Una fuerte alarma se disparó por toda la clínica. Enfermeras y enfermeros salieron corriendo. Al ver que se dirigían al pasillo de las habitaciones, salió corriendo, esperando que no fuese su padre, pero al ver que enfermeros estaban en su habitación el pánico se desató.

—¡Papá! —Gritó acercándose a él. No respiraba y yacía en el suelo. — Llamen a una ambulancia...

Se le cerraban los ojos.

La caja de cigarrillos estaba vacía. Intentaba pensar, buscar una explicación por qué su matrimonio había acabado. De nuevo. Nada de lo que estaba pasando tenía sentido para Gabriel. Sus noches eran largas, no había logrado dormir los días en lo que Paige ya no estaba con él. Consiguió dormir un par de minutos al sentir su aroma en una de sus almohadas, pero no era suficiente.

La necesitaba a ella.

Pero le había mentido.

Lo había engañado según él.

—¡Mierda! —Tiró la fotografía que descansaba en su escritorio cuando Parker entró por la puerta.

—¿Qué quieres Parker? Dije que quería estar solo.

—Gabriel—El tonó que tenía no era bueno—Se trata del señor Rayven.

Los doctores no decían nada.

Paige llevaba dos horas en la sala de emergencias, el aire le faltaba. Estaba completamente sola. No le había quedado tiempo para avisarle a Sam, era como su hermano y en momentos como esos lo necesitaba.

También a Gabriel, pero él... había pasado a ser historia.

El médico salió y Paige se secó las lágrimas con el dorso de la mano para hablar.

—Señorita Rayven—Pronunció el médico—Lamento mucho decirle que su padre acaba de sufrir un infarto respiratorio.

Las palabras del médico sonaron como eco para Paige, se llevó las manos a la boca y cuando estaba a punto de desmayarse, alguien la sujeto fuertemente.

—Estoy aquí, nena...

Despertó de un solo tirón y lo primero que hizo fue preguntar por su padre. Ella descansaba en una camilla cerca de la cama de su padre mientras él dormía. Estaba fuera de peligro, y mientras Paige estuvo inconsciente, la gente de Gabriel se movía cada vez más llegando al fondo del asunto.

—Dijeron que una hermana mía estaba dándole chocolates—Le dijo a Gabriel, a pesar de estar enfadada con él, no podía negar el hecho de que ahí estaba con ella—¿Quién crees que haya sido?

—No lo sé, Paige. Pero lo averiguaré.

—Por favor, hazlo.

Se levantó de la camilla y se acostó al lado de su padre. Gabriel salió de la habitación para hacer una llamada.

—Creo que ya sé quién está detrás de todo. —Fue lo único que dijo.

Dos días después, Paige estaba instalando a su padre en su apartamento. No había vuelto a ver a Gabriel y eso la decepcionó. Su padre continuaba preguntando por él y Paige lo único que hizo fue echarse a llorar.

—No quiero preocuparte, papá.

—Mi niña, ¿Se han separado de nuevo?

Ella asintió con la cabeza y se echó a llorar en su regazo.

—Eres una Rayven, pero recuerda. La tercera, es la vencida.

Lo de terceras oportunidades, no se veía ni en las películas, mucho menos en los libros. Quería creer que, solamente era tiempo de pasar la página. Se dio cuenta que Gabriel, era eso. El tiempo que pasaba una y otra vez.

El padre de Paige estaba feliz de estar con ella y al mismo tiempo la miraba llorar todas las noches, también había notado algo extraño, unos hábitos que eran familiares para él y que Paige, no los tenía.

Sonrió para sus adentros, esperando que ocurriera el milagro, y de nuevo. Todo era cuestión de tiempo.



Gabriel se estaba volviendo loco con lo que estaba viendo.

—¡Y una mierda! —Gritó, lanzando las fotografías que Max le había traído.

—Isabella ha contratado a alguien para que investigue a Paige y ha dado con su padre. Buscaba la forma de atraerla hacia ella. La siguió hasta que tuvo la oportunidad de que estuviera sola y la drogó. En su computadora tenía acceso a tu cuenta bancaria y a la suya, hizo la transferencia.

Isabella Fears era la única feliz de todo lo que a Paige y a Gabriel les atormentaba. Se despidió de uno de sus amantes de turno y se subió a su BMW. Condujo un par de minutos, y no se percató de que un auto la seguía hasta su apartamento lujoso.

Cuando se bajó del auto, Gabriel estaba esperando por ella, apoyado en su auto. Ella no tenía idea de que le había seguido, de hecho, lo habían hecho desde el día en que se divorció. Y ya de hecho había pasado más de un mes.

Un mes suficiente para atar cabos y descubrir el plan de Isabella Fears.

—Gabriel, qué sorpresa—Lo saludó de beso en la mejilla. ¿Estaba loca? Pero si la última vez que la miró le dijo que no se acercara a su esposa.

—Bella—Masculló como en los viejos tiempos—Esperaba que pudiéramos hablar.

—¿Qué sucede, *Gab*?

Sintió náuseas al escucharla hablarle con ese tono chillón.

—Necesito una amiga, no sé si supiste pero me divorcié de Paige...

—Gab—Fingió dolor—Ven aquí, lo siento mucho. Yo te dije que ella no te convenía, todo era cuestión de tiempo.

Apretó sus puños, no soportaba que ella hablara así de la mujer que amaba.

—¿Puedo entrar?

—Desde luego, necesitas que te consuele, sabes que siempre estaré aquí para ti.

Isabella lo tomó del brazo y juntos se encaminaron para entrar en el apartamento. En la cabeza de Isabella había muchas cosas, comenzaba a pensar que recuperaría a Gabriel, y le estaba saliendo muy fácil teniéndolo a él para ella sola.

Cuando Isabella se acercó a la puerta de su apartamento, la encontró abierta. Pensó que se trataba de un robó.

—Pero qué...

Agentes allanando por todo el lugar. Isabella Fears no sabía lo que estaba pasando, hasta que miró la cara de Gabriel, no parecía sorprendido. Más bien, era como si él estaba detrás de todo.

—Isabella Fears—Un agente se acercó a ella con la orden de allanamiento en la mano e Isabella se la arrebató para corroborar o más bien, darse cuenta que todo lo que veía era real.

Gabriel se cruzó de brazos.

—¿Tú tienes que ver con esto Gabriel?

Él no ocultó ningún sentimiento alguno.

—He estado siguiéndote desde que me divorcié y no me equivoqué—
Comenzó a decirle con espina—Eras tú la que estabas atrás de todo esto.

—Gab, yo no...

—¡No te atreves a malditamente mentirme, Isabella!

Fears comenzó a llorar como una loca histérica, la habían descubierto y no sólo eso. Era su fin.

—Mi gente ha encontrado lo suficiente para acabar contigo. ¿Intento de asesinato? ¿Robo? ¿Secuestro?

El agente sacó sus esposas y Bella estaba perdida. Histérica comenzó a poner resistencia, mientras que Gabriel sentía que un gran peso de pecho se iba. Aunque ahora Isabella ya no se podía acercar a Paige, eso no se la iba a devolver tampoco.

—Señorita Fears, queda usted detenida por el secuestro de la señorita Paige Rayven, también de sustraer la suma de cincuenta millones de dólares de la cuenta del señor Wylde bajo el nombre Paige Rayven...

—¡No! ¡Eso es mentira! ¡Gabriel no me hagas esto!

—También por la falsificación de documentos e intento de asesinato contra el señor Marshall Rayven. Todo lo que diga puede usar utilizado en su contra, tiene derecho a un abogado...

—¿Qué la hace tan especial, Gabriel? —Mascullo Fears.

Gabriel caminó hacia ella, la miró cara a cara y por primera desde hacía mucho

tiempo veía las cosas muy claras.

—No lo sé, quiero pasar todo el resto de mi vida con ella para averiguarlo.

Un mes después...



—¿Estás bien?

Haydi estaba sentada al lado de Gabriel, donde segundos después iba a ser trasladado a la sala de cirugía. Había tomado su decisión de someterse a la cirugía que muchas veces Paige dormida se lo pedía.

Estaba programada y el día había llegado.

—Estoy bien, mamá. No tienes que llorar, tú querías esto también.

—Lo sé, cariño—Le besó su mejilla—Es solamente que me gustaría que Paige estuviera aquí contigo.

Él también lo quería.

Pero no sabía nada de ella. Pidió a sus hombres que dejaran de seguirla, y así ella recuperaría la vida que siempre quiso. Su vida en el ISH, disfrutar de su gata y compartir con sus amigos.

Guardaba una fotografía de la última vez que él mismo la siguió, disfrutaba de un café al aire libre con sus amigos, sonreía, y aunque sus ojos se veían tristes, al menos uno de los dos tenía la fuerza de sonreír.

Ella siempre había sido más fuerte que él.

Las lágrimas de Gabriel rodaron por sus mejillas, rompiendo el corazón de su madre, al recordar a la única mujer que había amado y que amaba con locura. La había perdido y a pesar de que quiso decirle toda la verdad, sabía que no lo perdonaría por no haber creído en ella desde un principio.

—Ni siquiera... me despedí de ella.

—Cariño, no tenías que hacerlo, ustedes son el uno para el otro. Sea lo que sea que haya pasado, lo superarán... la tercera es la que reina.

El doctor entró a la sala, la madre de Gabriel lo besó por toda la cara, sus hermanos estaban ahí, su padre y Max. La sala se sentía vacía sin Paige, pues era una parte importante para Gabriel.

Paige estaba en su apartamento con su padre cuando recibió la llamada de Haydi.

En cuanto le dijo lo que estaba a punto de ocurrir, Paige salió corriendo con su padre al hospital. En cuanto llegaron, se abrazaron todos.

La cirugía era peligrosa, pero era lo único que podía asegurarles de que Gabriel estaría con ellos muchos años más.

Horas después, el doctor Francis entró a la sala y a juzgar por su cara, no traía buenas noticias.

—¿Cómo está mi hijo, Dimitry? —el señor Wylde fue el primero en preguntar.

Él negó con la cabeza.

—Lo siento mucho...

Paige solamente pudo cerrar sus ojos, sintiendo cómo el corazón dejaba de latir y todo quedó en un completo silencio.

Epílogo



Dos semanas después...

Parecía mentira.

Estaba ahí, acostado como si durmiera, realmente eso era lo que hacía.

Dormir.

Eso llevaba haciendo dos semanas, el coma lo había dejado descansar durante dos semanas. La noticia había sido devastadora, pero tenían fe. Paige estaba a su lado y no se despegaba en ningún momento de él.

Durante esas dos semanas había aprendido a ser paciente, y sobre todo a esperar. Cada día, cada hora, cada segundo. Le hablaba.

—Tienes que despertar, Gabriel.

Apretó su mano y le llevó hasta su prominente vientre.

Paige estaba embarazada.

La cirugía después de haber sido un éxito, al final se tuvo que inducir a Gabriel al coma para que pudiera vivir. Era así cómo funcionaba la medicina. Y tras saber los Wylde del embarazo de Paige, tuvieron fe.

—Te necesitamos, Gabriel...

Cerró sus ojos y se quedó dormida en el pecho de Gabriel. Como si hubiese pasado una eternidad, sintió que alguien acariciaba su vientre, pensó que quizá era Haydi, o su padre. Pero cuando sintió una respiración agitada y conocida en su cuello, abrió los ojos.

—¿Gabriel?

Se incorporó para verlo, y él le sonrió, aunque sus ojos estaban muy cansados. ¿Estaba llorando? No lo sabía, lo único que quería hacer era besarle toda la cara. Pues había despertado.

—No sabía que tenía que estar en esta incómoda cama para que me besaras de esa manera, nena.

Ella sollozó resentida.

—No juegues así, Gabriel. Pensé que te habíamos perdido.

—Exageras, nena.

Lo miró a los ojos, se limpió las lágrimas y recordó sus recelosas palabras cuando le dije:

—¿Exagerar? *Todo lo que tenga que ver contigo nunca será exagerado.*

Y lo volvió a abrazar.

—Buena chica.

—Lo lamento tanto, debí buscarte cuando me enteré de todo, pero pensé que estabas mejor sin mí.

—Nunca estaría mejor sin ti, Paige.

Ella recordó algo muy importante. Se sentó en la orilla de la cama y respiró hondo.

—Hay algo que tengo que decirte, Gabriel.

—Dime lo que sea, nena.

—¡Por Dios! tengo que hablarle a tus padres, has despertado.

Él la tomó de la mano para que no se fuera.

—Luego, dime lo que tengas que decirme.

Miró hacia abajo, puso su mano y la de él en el vientre y dijo:

—Estoy embarazada.

Gabriel le dedicó una mirada tierna y llena de ilusión.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —Preguntó confundida.

—Sí, y creo que es mi culpa.

—Por supuesto, genio que es tu culpa.

Se refirió a que sin él no estaría en ese estado.

—Doble culpa.

Ahora era Paige la que fingía no saber nada.

—Explícate, Gabriel.

No era un hombre nervioso, pero lo estaba. Él fue uno de los primeros en darse cuenta que ella estaba embarazada, sabía que era cuestión de tiempo, y por eso había decidido a someterse a la cirugía después de que, el cómplice de su suegro le confesara sobre el embarazo.

—Yo cambié tus pastillas anticonceptivas—Confesó.

El rostro de Paige no decía nada.

—Lo sé—Dijo a fin—Sabía que mis pastillas olían delicioso.

—¿Lo sabías? ¿Y por qué no dijiste nada?

Paige regresó a su pecho y lo abrazó:

—Porque no había nada en el mundo que quería más. Desde aquella noche en la que lo pediste, lo supe. Yo también lo deseé.

—¿No estás enfadada?

—Al principio lo estuve, pero estaba feliz. Aunque eso no te salva de lo que hiciste, te perdono.

Gabriel besó su cabello. Enredó sus dedos en él, extrañaba esa sensación día y noche después de que se fue. Paige todavía tenía que decirle otra confesión.

—Estoy embarazada, Gabriel... de gemelos.

A Gabriel se le pusieron los ojos llorosos. Ya habían perdido un hijo en el pasado y pensó que ésta era la mejor forma de volver a empezar una vida juntos y dejar ese doloroso recuerdo atrás.

—Cásate conmigo, Paige.

Ella se movió para abrazarlo más y recordó:

—Como dice mi padre: *La tercera es la vencida*.

Gabriel se echó a reír y nervioso preguntó:

—¿Eso es un *Sí*?

Paige, guardó silencio, quería provocarlo y ponerlo nervioso. Estaba feliz de que se lo propusiera—de nuevo—. Esta vez no había muchas personas, ni champan, tampoco eran unos chiquillos que se habían fugado juntos. Eran adultos, que habían apostado dos veces por el amor.

—¿Hasta que el tiempo nos separe? —Preguntó divertida.

—No—Dijo Gabriel—Para siempre.

Lo besó en los labios en respuesta.

—Para siempre.

—¿*Eso es un Sí*?

—Sí, un *Sí* para siempre.

FIN



www.krisbuendiaautor.com
Sitio Oficial
©Kris Buendia



Kris Buendia es una escritora hondureña que nació el 26 de Junio de 1991. Estudió Marketing, diseño gráfico, derecho y en la actualidad Psicología. Comenzó a escribir desde que tenía 15 años, pero no fue hasta el 2014 que publicó su primera novela que la llevó a ser Autora #1 BestSeller internacional ese año. Kris escribió para dos editoriales que publicaron dos novelas. Desde entonces, todas sus novelas de larga duración se han convertido en los más vendidos de librerías online. Ahora publica para Editorial Grupo Planeta y Delrai Edizioni en Milán, Italia.

Ha participado en tres antologías junto a grandes escritores con los relatos:
"Esta es la última vez que te quiero"
"Blue Jeans".
"El jefe en mi maleta"

Muy pronto estarán sus libros disponibles en versión Inglés e italiano.

Aunque su sueño nunca haya sido llegar a ser escritora ha descubierto su vocación, pasión por crear historias que hagan soñar, reír y hasta llorar, algo que en sus propias palabras es:

"No escribo para ganarme la vida...Escribo para no perderla"

Autora también de:
INALCANZABLE
BILOGÍA MIS AMORES
TRILOGÍA QUÉDATE CONMIGO
TRILOGÍA UN DULCE ENCUENTRO
ARRÁNCAME EL CORAZÓN
AMARGA INOCENCIA
SAGA LA PROFESIONAL
EL REGALO PERFECTO
ÉSTA ES LA ÚLTIMA VEZ QUE TE QUIERO
BILOGÍA NUNCA ME DEJES

CONFESIÓN
BLUE JEANS
BILOGÍA SEDUCIDA
DIOSES & MONSTRUOS
ARRÁNCAME EL ALMA
ME QUEDARÉ CONTIGO SIEMPRE
LYRA
¡EL AMOR ME HA ESTAFADO!
ALGUIEN MÁS
A+ RELATOS ERÓTICOS DE UN PROFESOR
TRILOGÍA CRIMINAL
DÉJAME Y NO LLORES
NO ME MIRES ASÍ, NENA
TRECE DESTINOS EN UNA MALETA (Antología)
¡SE BUSCA NOVIA! PARA MI EX

^[1] El término director ejecutivo o también director general, director gerente, ejecutivo delegado.

^[2] Hace referencia a algo secreto/silencio "ishh".